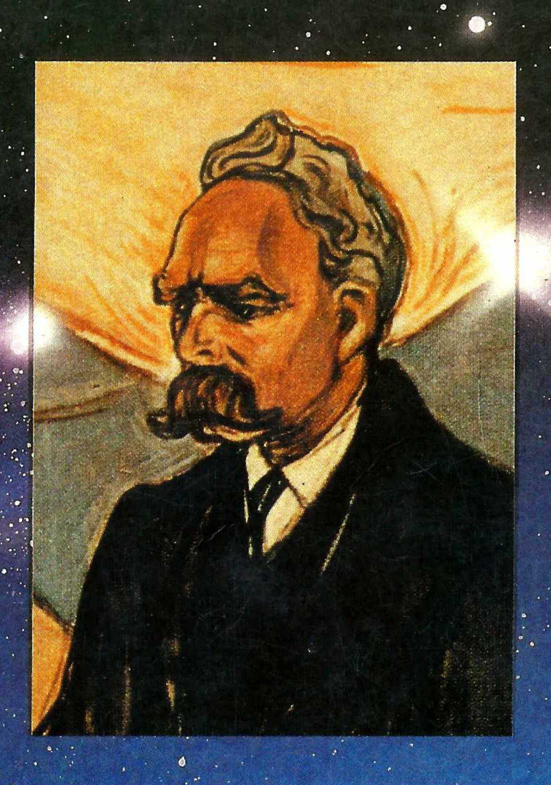
NIETZSCHE

IVO FRENZEL



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFÍAS



NIETZSCHE

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

NIETZSCHE

IVO FRENZEL

Prólogo

MIGUEL MOREY

SALVAT

Versión española de la obra original alemana *Nietzsche*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de Rosa Pilar Blanco.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8161-2.
Depósito Legal: B. 38762-1984.
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Cayfosa. Sta. Perpètua de Mogoda. Barcelona, 1985.
Printed in Spain

Indice

	Página
Prólogo	11
1. La educación de un genio	17
2. La tragedia griega y el espíritu del romanticismo	56
3. Nietzsche en Bayreuth	90
4. La conciencia de la enfermedad	113
5. Hacia los dominios de Zaratustra	133
6. Al borde del precipicio	160
7. El final: Dionisos contra el Crucificado	178
Cronología	185
Testimonios	188
Bibliografía	191



Friedrich Nietzsche (1844-1900)

Friedrich Wilhelm Nietzsche, el hombre que proclamó la «muerte de Dios» y anunció la venida del superhombre, era hijo de un pastor protestante y descendiente de una muy religiosa familia que durante generaciones había defendido fervorosamente sus creencias. Nació en Röcken, Prusia, en 1844. Estudió teología y filología clásica en las Universidades de Bonn y Leipzig. Por aquella época toma contacto con las teorías de Schopenhauer, el pensador que descubrió para Nietzsche la filosofía. En 1868, con sólo veinticuatro años de edad, le fue concedida una cátedra en la Universidad de Basilea. En esta ciudad conoce a Richard Wagner y entre ellos surge una estrecha amistad, que Nietzsche más tarde rompería con la misma vehemencia con que la había iniciado. A esta primera etapa de su vida pertenecen sus obras *El origen de la tragedia*, *Consideraciones inactuales* y la primera parte de *Humano, demasiado humano*. En 1877 abandona la cátedra de Basilea por motivos de salud. Se inicia entonces su época más fecunda (entre 1880 y 1888 escribe *La gaya ciencia*, *Así habló Zaratustra*, *Más allá del bien y del mal*, *Crepúsculo de los ídolos*, *Ecce Homo*, etc.), pese a que su salud iba progresivamente empeorando, al tiempo que se acentuaba su tendencia a buscar la soledad y el aislamiento. Su primer interés por el mundo clásico griego derivó hacia la búsqueda de lo que él llamó el espíritu libre, superior. Su atención se vuelve entonces hacia temas morales y metafísicos, teñidos de un fuerte tono profético. Las humillaciones de que fuera objeto por parte de sus contemporáneos, la dramática e inútil espera de un éxito que no llegaba y el empeoramiento de su siempre delicada salud fueron hundiéndole poco a poco en la demencia. La muerte (Weimar, 1900) le sobrevino cuando su enajenación era ya total.

◀ *Friedrich Wilhelm Nietzsche.*



Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena

Prólogo

Nietzsche, el malentendido

por **Miguel Morey**

«Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido mi nombre al recuerdo de algo gigantesco, de una crisis como jamás la había habido en la tierra, de la más profunda colisión de conciencia, de una decisión tomada, mediante un conjuro, contra *todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido, santificado. Yo no soy un hombre, soy dinamita.»*

F. Nietzsche, Ecce Homo

Que alrededor de la figura de Nietzsche iban a tejerse los más poderosos malentendidos que jamás afectaron a filósofo alguno es algo que el propio Nietzsche presintió frecuentemente y de modo inequívoco. Desde muy temprano tuvo a gala cubrir con su desdén la progresiva soledad en la que se desenvolvían su vida y su trabajo: «¿Nos hemos quejado jamás de que se nos entienda mal, desconozca, confunda, vilipendie y pase por alto? Ese es precisamente nuestro destino...» (La gaya ciencia, *V, 371). El mismo hizo lo imposible por afirmar esa soledad como querida, por ver en ella la marca del carácter forzosamente futuro de su pensamiento, por verse a sí mismo como un pensador póstumo. No ser entendido sería entonces signo del itinerario intempestivo de su pensamiento; sería signo de que su pensamiento había conseguido ir más allá de los tópicos de lo que para un período histórico es pensable –signo, por ello mismo, de hasta qué punto su pensamiento se abría al porvenir, buscaba los lectores del siglo venidero... Llegó a soñar incluso que estaba inventando el futuro. Se consagró así a la tarea de no ser* demasiado *entendido, de no serlo por* demasiada *gente; –hizo de ello un rasgo de su estilo: «Cuando se escribe, no sólo se*

◀ *Nietzsche en los últimos años de su vida, ya gravemente enfermo, en compañía de su madre.*

quiere ser entendido, sino también no *ser entendido. El que uno encuentre ininteligible un libro no es en modo alguno una objeción contra este libro; puede que se lo haya propuesto el autor, deseoso de no ser entendido por todo el mundo»* (La gaya ciencia, *V, 381). Su escritura huirá así de los lectores perezosos, de quienes ante un texto se comportan como soldados que saquean –su estilo se convertirá en embozo contra la rapiña, disimulo y máscara, juego de laberintos del que sólo saldrán victoriosos los lectores verdaderamente pacientes: aquellos provistos de esa capacidad de* rumiar *que Nietzsche aprendió de la filología. Todo lo que, en Nietzsche, puede parecer producto de una exaltada imaginación poética, de una incontinencia lírica, oculta sin embargo un calculado y cada vez más autoconsciente arte de los efectos de pensamiento que quiere provocar en el lector: «No es* ni sensato ni hábil *privar al lector de sus refutaciones más fáciles; es muy sensato y muy hábil, por el contrario, dejarle que formule* por sí mismo *la última palabra de* nuestra *sabiduría (*Decálogo del estilo, *X).*

De la escasa acogida del discurso nietzscheano en los marcos académicos de la filosofía, de las numerosas ampollas gremiales que su pensamiento levantó, es en buena medida responsable esta decisión, su voluntad de aunar pensamiento y estilo. Quiso seleccionar a sus lectores por el trazado de su prosa, y no los halló hasta muy tardíamente en las instituciones universitarias que decidían qué era y qué no era eso llamado filosofía. ¿Cómo otorgar el nombre de filosofía a unos textos que cubren las más variadas formas de estilo: aforismos, poemas, prosa lírica, panfletos... pero que evitan siempre la seriedad del tratado*? ¿Qué garantías ofrece el trabajo de este hombre que, encerrado en un altanero aislamiento, lee cada vez menos y tan sólo piensa? Se ha señalado hasta la saciedad la falta de unidad de su discurso, su falta de sistematicidad (y lo que tal vez sea peor: su absoluto desinterés por hacer que su pensamiento adopte la forma sistemática); se han denunciado en su obras infinitos puntos donde se contradice; se duda seriamente de su rigor conceptual (¡siempre encontramos una metáfora donde debería haber un concepto!); es conocido el escaso alcance de su capacidad deductiva... Por todo ello, Nietzsche tardará en ser leído por los filósofos –tardará en ser acogido en el seno de la filosofía institucional. Habrá que esperar a las lecturas que de su obra realizaron, primero, K. Jaspers (1935) y, luego, M. Heidegger (1936-46, publicadas en 1961), para que se le conceda una cierta carta de ciudadanía, siempre con el marchamo de «autor maldito», sin embargo (y aun así, aun entonces, Nietzsche no encontrará lectores desinteresados, sino intérpretes que hacen, de una determinada*

versión del discurso nietzscheano, premisa para sus propias posiciones filosóficas, ¿nuevos malentendidos?).

Sin embargo, con la publicaición, a cargo de G. Colli y M. Montinari, de la edición crítica de sus obras completas, se nos dibuja hoy de modo inequívoco la presencia de un gran pensador, grande entre los grandes. Es posible que sus textos no coincidan con el canon de obra filosófica que su época establecía, pero lo que es indudable es que Nietzsche es un filósofo; de lo que no cabe duda es de su terca voluntad y absoluta entrega a la tarea de ser filósofo. El mismo Colli, que ha exhumado la totalidad de los papeles de Nietzsche y le ha leído de su puño y letra, ironiza respecto a las críticas a la pretendida ligereza del estilo nietzscheano con estas palabras: «El estilo filosófico de Nietzsche es antitético al de Kant. El primero es el resultado de una fatigosa elaboración, como se puede comprobar mediante los cuadernos de trabajo de Nietzsche. Parte muchas veces de esquemas, de exangües abstracciones: el escritor, con la magia de la palabra, a través de reiterados y obstinados intentos de reanimación, da vida a estos cadáveres. Al final aparece la expresión, como recién salida, limpia y escueta. Kant, al contrario, lleva al papel el trabajoso proceder del intelecto, con todas las desviaciones, incertidumbres, repeticiones y variantes en busca de una mayor claridad del pensamiento, más incluso que de la exposición.» Y añade: «Pero seguir las vías tortuosas del intelecto de un individuo empírico, que le llevan a determinados resultados, tiene escaso interés. El estilo debe borrar el condicionamiento concreto, el procedimiento material del individuo raciocinante. El pensamiento debe presentarse desprendido del modo en que ha sido conquistado, como una realidad en sí misma, sin nada personal.»

Y es que una voluntad de ruptura para con el discurso filosófico tradicional tan decidida como la nietzscheana, no podía darse sin una profunda transformación de las maneras del decir propias de la filosofía. Su fuerza polémica apuntaba a entrar en diálogo con los grandes de la historia del pensamiento, de tú a tú y con una voz propia. No le bastaba contradecirlos en tal o cual aspecto concreto, sustituir un concepto por otro, negar donde ellos afirmaron o alabar lo que ellos denigraron. Ante la vasta crisis en la que se sumía Europa como forma de vida espiritual, ante lo que llamó «nihilismo», trazando de él un análisis lúcido y anticipador, Nietzsche se sintió emplazado frente al envite de una ruptura total con la tradición entera del pensamiento occidental. Se trataba de intentar pensar de otra forma, alumbrar un pensamiento que rompiera los marcos mismos dentro de los cuales el Occidente platónico y cristiano encuadraba eso denominado pensar. E introducir la cuestión

del estilo en relación con el pensamiento, defender la pertinencia de la cuestión estilística en filosofía era una finta para lograrlo. Porque hacer de la pregunta por el estilo la cuestión filosófica por excelencia, hacer del cuidado por el estilo la primera precaución del pensamiento implicaba, de una vez, negar el valor de los análisis en términos dicotómicos: verdadero o falso, bueno o malo, elevar al pensamiento por encima de la mera gestión de las polaridades establecidas. Porque no hay un estilo bueno o un estilo verdadero: no hay una sola manera de pensar que sature toda la verdad, como no hay un solo modo de actuar que pretenda toda la bondad. Hay infinidad de estilos que traducen otras tantas perspectivas («instintivas», dirá Nietzsche) sobre eso que ocurre, sobre la vida. Y la tarea de la filosofía consistirá en evaluar y jerarquizar estas perspectivas: ¿Cuál es el punto de vista más sano, más noble, más favorable a la vida, más afirmativo? ¿Y cuál es el más bajo, el más decadente, el que, con su interpretación, niega todo lo vivo? Así, ante un pensamiento no hay que preguntar por su verdad o su bondad, sino desplegar todo el arte de lo que Nietzsche denominaba «psicología» para establecer a qué tipo corresponde ese pensamiento: ¿Quién puede pensar esto? Porque verdades las hay de todo tipo, nobles y viles: verdades de la enfermedad, de la decadencia, de la estupidez, tanto como verdades de la salud, de la alegría o de la lucidez. Lo que importará no es tanto la verdad de un enunciado cuanto su sentido, desde dónde se puede afirmar tal o cual cosa; a quién o a qué sirve el que se determine de éste u otro modo tal problema... La cuestión del sentido y el valor se coloca entonces por encima del mero asunto de la verdad positiva. Así, introducir la cuestión del estilo en filosofía significará, en definitiva, una defensa del pluralismo contra todo dogmatismo del pensamiento, un magno intento de ruptura con la tradición platónica de pensamiento, que se prolongará multiplicada, a lo largo de veinte siglos de cristianismo, manteniendo la ficción de una dicotomía ontológica entre mundo aparente y mundo real, y de una dicotomía moral entre bien y mal, como único marco válido para cualquier interpretación de la vida. El resultado de este largo error será, para Nietzsche, una civilización asentada sobre el desprecio por la vida: la Europa del nihilismo, y su tarea, «filosofar con el martillo» contra ese pensar decadente, con la mirada puesta en el futuro.

Y sin embargo el futuro no ha liberado definitivamente al pensamiento de Nietzsche de sus ambigüedades. Antes al contrario, añadió a los malentendidos que le acompañaron en vida, otros más graves y póstumos —esa dinamita explotó de mil modos y hoy no puede dejar de acompañar a la obra de Nietzsche el miedo a sus

consecuencias–. En primer lugar están los años de locura que cierran patéticamente su biografía; años de locura que, crítica o clínicamente, serán utilizados para justificar una descalificación de su aventura espiritual: ya sea atribuyendo el origen de su locura a una temprana y mal curada sífilis, con lo que toda su obra no sería sino la manifestación progresiva del avance de su enfermedad; ya sea haciendo de su final la «consecuencia lógica» del intento de pensar fuera de las órbitas de la razón. Y en segundo lugar tenemos el triste pillaje y manipulación de su pensamiento por la barbarie nazi, posibilidad presentida por el propio Nietzsche desde, por lo menos, 1884, lo que le empujaría a distanciarse explícitamente de todo lo alemán en general, y aún más del pangermanismo en particular: «¡Escuchadme! pues yo soy tal y tal. ¡Sobre todo no me confundáis con otros!» (Ecce Homo).

Con todo, el malentendido sigue pesando sobre Nietzsche. Incluso su estilo parece haberse vuelto contra él y son muchos quienes, lectores perezosos o desertores del rigor del concepto, se reconocen en su obra –su estilo no parece permitirle ya seleccionar lectores, mantener ese pathos de la distancia del que hizo un arte. La mayor dificultad de la obra nietzscheana –advertirá Jaspers, bastante antes de que la moda Nietzsche fuera un hecho– estriba en que es demasiado inteligible. E, infortunadamente, es cierto, aunque sólo en apariencia, por supuesto, porque hoy apenas si estamos en condiciones para algo más que adivinar la grandeza de su aventura espiritual. Y ello al tiempo que se hace cada vez más evidente la urgencia por apropiarnos de su saber, la necesidad de medirnos con su pensamiento para probar hasta dónde resiste eso que creemos que es nuestro. Hoy, que apenas si sabemos quién no era Nietzsche, qué no era su filosofía, nos siguen y seguirán aún desafiándonos, con idéntica fuerza de sabiduría a la de los viejos enigmas griegos, las últimas palabras de Ecce Homo, su último texto: «¿Se me ha comprendido?».

1. La educación de un genio

Si la importancia de un filósofo se mide por la influencia que sus obras han ejercido sobre la posteridad, no hay duda de que Friedrich Nietzsche se encuentra a la misma altura que Hegel, Marx, Kierkegaard y Schopenhauer: fue uno de los grandes pensadores que se adelantaron a su tiempo y que sentaron las bases de lo que sería el siglo XX. Pero Nietzsche no llegó a ver en vida el influjo histórico de su obra. Fue después de su muerte cuando sus escritos ganaron fama y sus ideas fructificaron. Si atendemos a este parámetro, la vida de este pensador carece de relevancia: su existencia, relativamente corta (unas pocas décadas), y su obra estuvieron marcadas por la marginalidad, la soledad y la incomprensión. No hubo en su vida acontecimientos espectaculares, ni gozó del reconocimiento de sus contemporáneos. El mismo pareció entreverlo cuando escribió en *Ecce Homo*: «Una cosa es mi persona y otra mis escritos.»

Su obra ha sido sometida a un amplísimo abanico de interpretaciones que va de la adoración ciega a la crítica más despiadada, pero también se ha materializado en análisis muy lúcidos que han desembocado en importantes estudios. A menudo, la problemática filosófica aparece desligada del acontecer vital del filósofo, pero en el caso de Nietzsche está profundamente enraizada y motivada por sus circunstancias personales e íntimas. No existen muchos ejemplos como el suyo, en el que filosofía e ideología se imbriquen tan profundamente con su propio devenir individual; la acendrada subjetividad de sus asertos y pronósticos recuerda la de los fundadores de religiones o la de los profetas. Las obras de Aristóteles, Kant y Hegel se comprenden sin necesidad de apelar a las circunstancias vitales de sus autores. Con Nietzsche el fenómeno es muy diferente: sus escritos remiten siempre de forma inevitable a la personalidad de su autor y al contexto íntimo en que fueron esbozados. Por eso, el conocimiento de las circunstancias vitales de Nietzsche es esencial para entender su sistema, tan dinámico y cambiante. La frase antes citada de *Ecce Homo*, según la cual habría que deslin-

dar al autor de su obra, constituye una de esas confesiones que demuestran qué errores pueden cometer las personas al enjuiciarse a sí mismas. No existen en la historia de Occidente muchos casos como el de Nietzsche: en él vida y obra, personalidad y escritos se imbrican y se funden, y hay que considerarlos en conjunto porque se esclarecen mutuamente.

Las raíces familiares

Los antepasados de Nietzsche, desde hacía generaciones, permanecían fieles al credo luterano, y su hogar no fue una excepción. Su familia era un baluarte del protestantismo: respetada, temerosa de Dios, honrada y provinciana, encarnaba las más rancias virtudes y tradiciones típicas de la rectoría alemana, de las que su retoño más destacado se alejaría tanto y tan enérgicamente en el transcurso de su vida. Su abuelo paterno, Friedrich August Ludwig Nietzsche, fue un hombre entregado al servicio de Dios y llegó a ocupar el cargo de superintendente en la Iglesia protestante; en 1796, cuando el criticismo de Kant y el escepticismo fruto de la Revolución Francesa sembraban la inquietud en Alemania, escribió una obra titulada *Gamaliel o la eterna permanencia del cristianismo; obra destinada a esclarecer y apaciguar la agitación que sufre hoy el mundo teológico*; y otra de 1804 llevaba por título *Contribuciones a la defensa de una ideología razonable sobre la religión, la educación, la obligación de los súbditos y la vida humana*. Lo que el nieto despreciaría y destruiría más tarde era para su abuelo un patrimonio honroso que había que defender. Al morir su esposa, con la que tuvo siete hijos, se casó con una viuda joven procedente también de una familia de ministros protestantes. De este segundo matrimonio nacieron otros tres hijos: Auguste y Rosalie, tías de Nietzsche –que desempeñarían más tarde un papel preponderante en la familia–, y Carl Ludwig, padre del filósofo. Uno de los hijos del primer matrimonio se labró una gran fortuna en Inglaterra y al morir la legó a la familia. Esta circunstancia permitió que Nietzsche viviera en una situación económica desahogada y tuviera siempre cubiertas sus necesidades.

El padre de Nietzsche, nacido en 1813, fue en un principio profesor particular, y luego preceptor de los hijos del duque de Altenburg; más tarde, por medio de Federico Guillermo IV de Prusia, fue nombrado pastor del pueblo de Röcken, situado en Sajonia, muy cerca de Lützen, y allí se trasladó con su familia, compuesta por sus dos hermanas solteras, Auguste –encargada de la casa– y

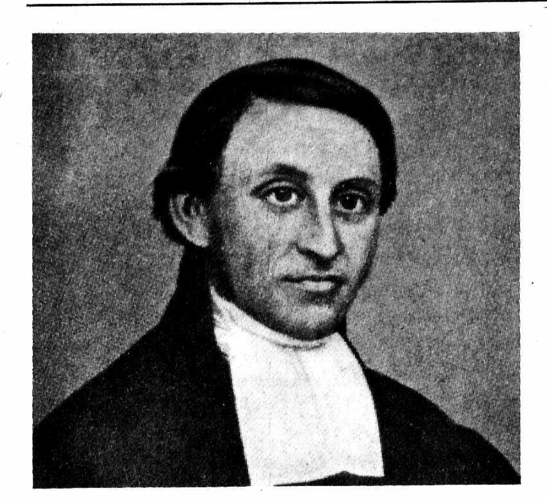


Casa de la familia Nietzsche en Röcken, donde nació Friedrich.

Rosalie –dedicada a promover instituciones benéficas–, y su esposa, que no tuvo más remedio que resignarse a poner su hogar en manos de sus cuñadas. Hija menor del ministro protestante Oehler, residente en el Pobles sajón, se había casado con Carl Ludwig Nietzsche en 1843 a la edad de diecisiete años. El 15 de octubre de 1844, precisamente fecha del cumpleaños del rey de Prusia que tan magnánimo se había mostrado con él, el joven pastor de Röcken tuvo un hijo.

El padre de Nietzsche era un hombre de gran corazón y sensibilidad artística, pero también con una fuerte propensión hacia lo sentimental, según lo revela el sermón que pronunció en el bautizo de su hijo:

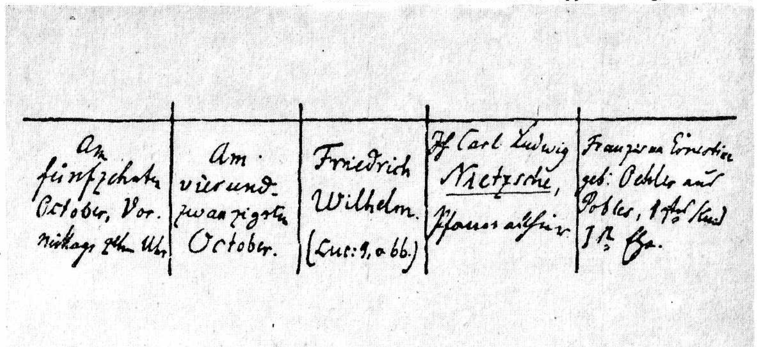
«¡Oh, gozoso mes de octubre! ¡Bienaventurado seas! Tú has sido, a lo largo de mi vida, el mes en que me han sucedido los



Carl Ludwig Nietzsche, padre del filósofo. Murió antes de que el pequeño Friedrich cumpliera cinco años.

Ullstein Bilderdienst, Berlín

Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlín 1942)



Am fünfzehnten October, Vormittags [illegible] Uhr	Am vierundzwanzigsten October.	Friedrich Wilhelm. (Luc: 9, [illegible])	Hr Carl Ludwig Nietzsche, Pfarrer allhier.	Franziska Ernestine geb. Oehler aus Pobles, [illegible]

Inscripción en el registro parroquial del nacimiento y bautizo de Nietzche.

Una vista de la muralla de Naumburgo con la Marientor.

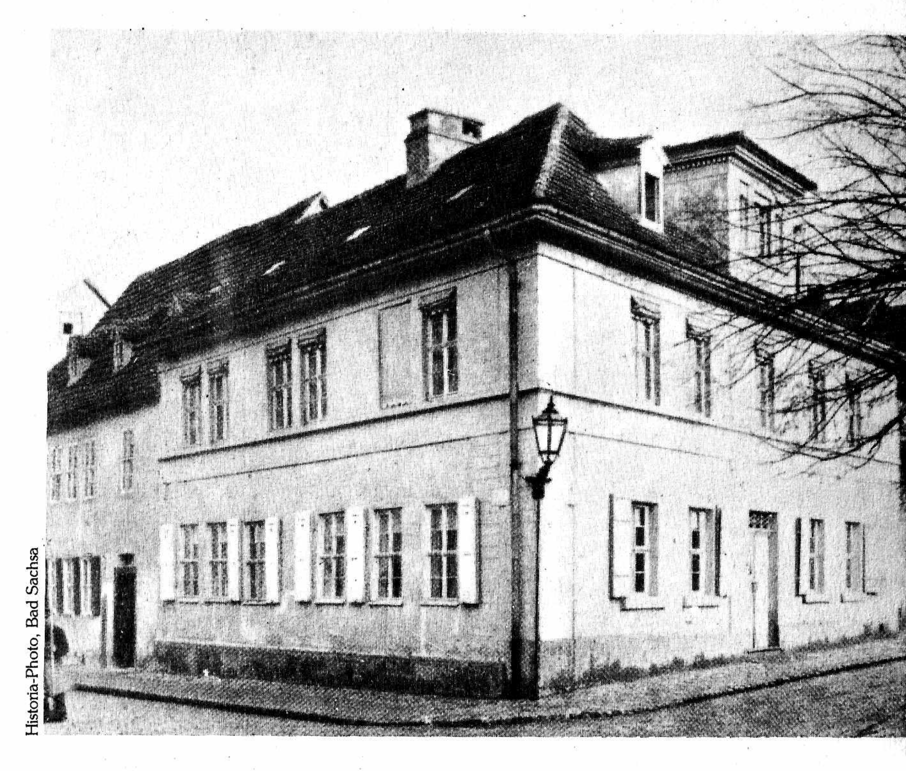


Franziska Oehler, madre de Nietzsche.

La casa de Naumburgo, en el número 18 de la calle Weingarten, donde transcurrió la infancia de Nietzsche desde la muerte de su padre. ▶

acontecimientos más importantes. Pero el de hoy es el mayor de todos, y el más maravilloso, porque es el bautismo de mi hijito. ¡Oh, deliciosa festividad! ¡Oh, inefable obra santa! ¡Oh, momento dichoso! ¡Bendito sea en nombre del Señor! He aquí el grito más profundo de mi corazón: dadme a mi querido hijo para que lo consagre al Señor. Hijo mío, te llamarás Friedrich Wilhelm, en recuerdo de mi real benefactor, en cuyo cumpleaños naciste...»

Friedrich Wilhelm Nietzsche, conocido familiarmente por Fritz, tuvo otros dos hermanos: Elisabeth, nacida en 1846, y Joseph, muerto en 1850 a los dos años de edad, unos pocos meses después que su padre. Este había contraído en agosto de 1848 una enfermedad cerebral, a resultas de una caída, que le llevó a la tumba once meses después. Nietzsche no había cumplido aún cinco años cuando murió su padre. Desde entonces creció en un entorno doméstico regido y rodeado exclusivamente por mujeres: su abuela, sus dos tías, su madre y su hermana. En abril de 1850 abandonaron la casa rectoral de Röcken, y por voluntad de la abuela, la familia se trasladó a Naumburgo, una población a orillas del Saale



Historia-Photo, Bad Sachsa

en la que la anciana señora había vivido antes de su matrimonio y donde tenía su círculo de amigos.

A pesar de las apariencias, la familia mantenía un estilo de vida muy acorde con los tiempos: el padre de Nietzsche tenía aptitudes naturales para la música muy notables; componía, e incluso lograba excelentes improvisaciones al piano. A su abuelo Oehler le gustaban la caza, las cartas, la música y el teatro, que promovía con actores aficionados. En resumen, puede decirse que era una familia orgullosa de sus raíces y peculiaridades, entre las que no faltaba la leyenda: Auguste y Rosalie solían afirmar que entre sus antepasados se contaba un noble conde polaco que había tenido que huir de su patria para salvaguardar sus creencias religiosas. Con este recurso a raíces nobles y extranjeras pretendían elevar a la familia Nietzsche por encima de su entorno campesino y provinciano. Esa afirmación carecía de fundamentos históricos, pero aun así dotó a la familia de una conciencia de singularidad que, desde fecha temprana y para siempre, alcanzó también al joven Fritz y que se pondría de manifiesto en muchos de sus testimonios futuros.

Los años escolares

Nietzsche ha dejado constancia del choque que le supuso trasladarse de la amplia casa rectoral situada en el campo a los estrechos límites del domicilio ciudadano de Naumburgo. Aun cuando no era más que un niño, aceptó con hostilidad este cambio de entorno, y surgieron dificultades que se multiplicaron cuando su abuela le obligó a asistir a la escuela municipal de Naumburgo. En sus relaciones con los que debían ser sus compañeros de juegos, Nietzsche fracasaba una y otra vez, y era incapaz de entablar amistades. Esta situación mejoró en una escuela privada que preparaba a los niños para ingresar en el instituto catedralicio. En ella encontró sus primeros amigos: Wilhelm Pinder y Gustav Krug, hijos ambos de abogados que frecuentaban el círculo de conocidos de su abuela. A los ocho años, Nietzsche ingresó, junto con ellos, en el instituto catedralicio. La vida en el colegio no le resultaba fácil: el aprendizaje de reglas y las numerosas obligaciones a las que debía someterse, en el fondo, le desagradaban. Ya en esta época dio muestras de su gran talento y sensibilidad.

La artificialidad y afectación del círculo familiar de Naumburgo, que conllevaban exigencias religiosas y morales muy elevadas, impidieron que el joven Friedrich Nietzsche participase abiertamente en los juegos despreocupados propios de su edad e hicieron que se dedicase desde fechas muy tempranas a escribir: a los diez años había compuesto un motete y unos cincuenta poemas; en ellos, sin recurrir a modelos, pretendía reflejar la grandiosidad de la naturaleza, e intentaba reducir a metro los temporales y tormentas. En 1858, cuatro años más tarde, con una precocidad sorprendente, comenzó un diario autobiográfico. Esas páginas, escritas por un adolescente de catorce años, son todavía hoy una lectura fascinante: por ellas desfilan descripciones infantiles de la vida hogareña, pero al mismo tiempo dejan entrever esa aguda capacidad para la dialéctica y la autocrítica que definirán al futuro Nietzsche. Así, por ejemplo, cuando describe sus intentos líricos y poéticos de cuatro años atrás: «Mis primeros poemas nacieron en esta época, y en general escenifican fenómenos de la naturaleza. ¿Hay acaso algún corazón juvenil que no se sienta tocado por la grandiosidad, y no desee fijarla en los versos? Aventuras en mares procelosos y tormentas con rayos y truenos fueron mis primeros materiales... Yo no tenía modelos, y apenas sabía cómo imitar a un poeta, así que desgranaba mis versos según mi buen entender. Hubo algunos deplorables, y en general, los poemas acusaban un lenguaje áspero y duro, y sin embargo, prefiero con mucho este primer periodo al

otro que referiré después. Uno de mis principios guía fue siempre escribir un librito para leerlo yo mismo una vez terminado. Todavía hoy conservo este rasgo de vanidad; pero entonces, mis propósitos quedaban reducidos a meros proyectos: sólo en contadas ocasiones intenté ponerlos en práctica. Yo no dominaba los artificios de la rima ni del metro, así que versificaba con demasiada lentitud y componía versos sin rima. Aún conservo alguno de aquellos poemas. En uno de ellos quise describir el carácter efímero de la fortuna, y con tal objeto escenifiqué los ensueños de un caminante que dormitaba en medio de las ruinas de Cartago: Morfeo le mostraba la historia de la ciudad, el cenit y el crepúsculo de su destino, hasta que al final el caminante despertaba. Sí, aún conservo algunos de los poemas de esa época, pero he de reconocer que en ninguno de ellos aleteaba el fulgor de la verdadera poesía.» Y un poco más adelante escribe: «Un poema sin ideas, que se reduzca a amontonar frases e imágenes, es como la manzana que ofrece a los ojos un aspecto sonrosado e impecable, pero que está carcomida por el gusano en su interior. El poema no admite tópicos ni lugares comunes, y su uso reiterado demuestra que su autor es incapaz de crear por sí mismo.»

Estas líneas resultan muy reveladoras porque ponen de manifiesto la autocrítica afectada del niño modelo, educado entre mujeres beatas y vanidosas, y al mismo tiempo una responsabilidad más madura, poco acorde con su edad, visible en esa disculpa narcisista de una *vanidad* que *todavía* conserva. Pero esas observaciones de Nietzsche revelan también su sensibilidad, su creciente espíritu de observación y esa necesidad imperiosa e indómita de crear algo por sí mismo. Igualmente, desde fechas muy tempranas comienza a aflorar uno de los caudales más importantes de la herencia paterna: la música. Mozart, Haydn, Schubert, Mendelssohn, Beethoven, Bach y Haendel se convierten durante el periodo de Naumburgo en los pilares básicos de su formación musical. El adolescente encara con escepticismo la «música del futuro» encarnada en un Berlioz o en un Liszt. Es en el ámbito musical y artístico donde Nietzsche se encuentra a gusto y halla esa felicidad que sólo había logrado gozar durante las vacaciones que pasaba con sus abuelos Oehler en Pobles, lugar mucho menos distinguido que Naumburgo, y por el que Nietzsche y su hermana podían deambular a su antojo, vestidos con las ropas más extravagantes y viejas.

Al margen de estas esporádicas alegrías vacacionales, Nietzsche iba madurando, convirtiéndose en una persona seria y reflexiva, buen conocedor de la Biblia y de piedad muy arraigada. Más tarde escribiría que a los doce años había visto a Dios en toda su

pompa y esplendor. A los progenitores de Wilhelm Pinder y Gustav Krug, sus amigos de Naumburgo, Nietzsche les debe algo que su padre, muerto prematuramente, no había podido darle: su iniciación en la literatura. El padre de Pinder, gran aficionado a la literatura, hizo que el joven Nietzsche se familiarizara con Goethe; el consejero privado Krug, que mantenía una amistad personal con Mendelssohn y otros músicos de la época, además de componer él mismo, parece que fue un gran virtuoso de la música. Nietzsche solía frecuentar ambas casas, y gracias a los padres de sus amigos llegó a adquirir conocimientos de literatura y música muy poco habituales para su edad.

Sus amigos Wilhelm y Gustav y su hermana Elisabeth formaban su círculo de afinidades, cuyo centro lo constituía el propio Nietzsche. Pinder, por mimetismo, llegó también a escribir una especie de autobiografía a los catorce años. De ella sacamos los siguientes extractos que documentan las relaciones del joven Fritz con sus amigos: «Como niño que era, se distraía con innumerables juegos que él mismo se inventaba, lo que pone de manifiesto su espíritu vivaz, imaginativo e independiente. Dirigía todos los juegos y hallaba siempre formas nuevas para ponerlos en práctica...» Y en otro lugar: «Desde los años más tempranos amaba la soledad, y a ella se entregaba para rumiar sus pensamientos; en cierto modo huía de las gentes y buscaba la compañía de la naturaleza, sobre todo si se trataba de parajes grandiosos y bellos.» Su hermana Elisabeth recoge una observación hecha por Nietzsche en la Pascua de 1857, a propósito de las buenas calificaciones escolares obtenidas por ambos: «Cuando Fritz y yo... nos quedamos solos, me preguntó si no me parecía raro que nosotros aprendiésemos con tanta facilidad y supiéramos cosas que otros niños no sabían.»

Las descripciones de Pinder y de su hermana hay que examinarlas con cierta cautela. No obstante, al confrontarlas con la autobiografía de Nietzsche demuestran que ya entonces subyacían en su espíritu juvenil los rasgos característicos de su futuro pensamiento y conducta. Sus primeros escritos de juventud preludian toda la temática del futuro: la conciencia de ser diferente, la soledad, el tema de *Así habló Zaratustra*, la relación intensa con el arte, las dificultades de adaptación, su tendencia a erigirse en jefe de su entorno de simpatizantes, su fina sensibilidad para el lenguaje, e incluso el motivo del caminante que será tan frecuente en el futuro. Todo esto aparece en germen en sus escritos juveniles. En esta época Nietzsche padeció enfermedades muy a menudo, pero su disposición de ánimo le hizo salvar todos los obstáculos, y se distinguió tanto entre sus compañeros de colegio que le fue concedida

Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlín 1942)

Liebe Mamma!
Endlich habe ich wieder einmal Zeit,
Dir auf Deinen lieben Brief zu antworten.
Ich habe auch heute etwas zu erzählen, was
Dich interessieren wird, nämlich den Verlauf
unserer Schillerfeier. Mittwoch, den 9ten
Nov. war Ausschlafetag wie gewöhnlich;
aber nach Mittag um 4 Uhr fand ein
großartiger Aktus statt, zu dem schon
lange Zeit vorher Vorbereitungen getroffen
waren. Zuerst gingen um ½ 4 Uhr alle
Pfortner Damen u. Lehrer, [illegible]
Coetus und um 4 alle Naumburger, die

Carta del joven Nietzsche a su madre, fechada en Pforta, 1859.

una beca para el famoso instituto de Schulpforta. A los catorce años abandonó Naumburgo, y en octubre de 1858 se trasladó a Pforta para continuar allí sus estudios. Este acontecimiento provocó un cambio trascendente en la vida de Nietzsche porque supuso el fin de su infancia, sobre la cual escribió en 1864:

«Tuve unos progenitores excelentes; la muerte de mi padre, tan admirable por todos los conceptos, me privó de su ayuda y

dirección, pero, por otro lado, sembró en mi espíritu el amor por la seriedad y por lo especulativo.

»Su desaparición quizá supuso un inconveniente adicional porque mi evolución no fue supervisada nunca por ojo masculino alguno, de modo que la curiosidad por lo nuevo y el afán de saber me arrastraron hacia los campos culturales más diversos, y en ellos me zambullí sin orden ni concierto, a riesgo de confundir a un espíritu joven apenas salido de la infancia y de poner en peligro las bases de un saber sólido y bien fundamentado. Este periodo de los nueve a los quince años se caracteriza por la pasión del "saber universal", tal como yo solía definirlo; no desatendía, por otro lado, los juegos propios de mi edad, pero los practiqué con un ardor casi doctrinario, y así, por ejemplo, llegué a escribir libritos referentes a casi todos los juegos para entregarlos a mis amigos y que tomasen cumplida nota. A los nueve años, y por una casualidad muy especial, desperté a la música y comencé a componer de inmediato, si es que puede llamarse componer a los esfuerzos apasionados de un niño por trasladar al papel la armonía de los tonos. Cantaba también textos bíblicos con el fantástico acompañamiento del pianoforte, y escribía poemas espantosos, pese a que ponía en ellos todo mi esmero y aplicación. Y por si todo esto fuera poco, hasta dibujaba y pintaba.

»Al llegar a Pforte, me había asomado ya a las aguas profundas de la mayoría de las ciencias y de las artes: a decir verdad, sentía interés por todo, excepto por esa ciencia demasiado abstracta que son las matemáticas, que a mí me aburrían sobremanera. Este vagabundear sin método alguno por todos los campos del saber con el tiempo me produjo disgusto, y me propuse restringir mis propios límites para penetrar más sólida y profundamente en ámbitos más concretos.»

Nietzsche, que era más bien inconstante cuando se trataba de elaborar trabajos arduos y detallados, reconoció esa debilidad suya, atributo complementario de una inteligencia de miras más amplias.

Schulpforta y los maestros que allí tuvo encaminaron todos sus esfuerzos a cimentar esa obligación impuesta por él mismo de la «limitación», y le proporcionaron una sólida formación humanística y filológica.

Nietzsche en 1861. Laboriosidad y disciplina eran los aspectos dominantes de la enseñanza en Schulpforta. ▶



Ullstein Bilderdienst, Berlín

Du Unfaßbarer

Noch einmal eh ich weiterziehe
Und meine Blicke vorwärts sende,
Heb ich vereinsamt meine Hände
Zu dir empor, zu dem ich fliehe,
Dem ich in tiefster Herzenstiefe
Altäre feierlich geweiht,
Daß allezeit
Mich deine Stimme wieder riefe.

Darauf erglühet tiefeingeschrieben
Das Wort: Dem unbekannten (Gotte:) Gotte:
Sein bin ich, ob ich in der Frevler Rotte
Auch bis zur Stunde bin geblieben:
Sein bin ich – und ich fühl' die Schlingen,
Die mich im Kampf darniederziehn
Und, mag ich fliehn,
Mich doch zu seinem Dienste zwingen.

Ich will dich kennen, Unbekannter,
Du tief in meine Seele Greifender,
Mein Leben wie ein Sturm durchschweifender
Du Unfaßbarer, mir Verwandter!
Ich will dich kennen – selbst dir dienen.

«A un Dios desconocido», poema escrito por Nietzsche a comienzos del otoño de 1864.

Schulpforta

La antigua abadía cisterciense de Schulpforta, situada a orillas del Saale y a muy poca distancia de Naumburgo, era toda una institución dentro de la enseñanza por su solera y por el nivel de sus conocimientos. Los esfuerzos pedagógicos se encaminaban a que los casi doscientos alumnos adquirieran una formación clásica sólida y desarrollaran y formaran su personalidad y su carácter. La laboriosidad, la disciplina y una vida auténticamente espartana eran las virtudes básicas de la institución; sus métodos eran severos, pero no opresivos, y sus profesores, muy capacitados, y en algunos casos, personalidades de renombre. Pese a todo, y como ya le había ocurrido durante el duro *intermezzo* de la escuela municipal, Nietzsche tuvo que arrastrar dificultades de adaptación al ambiente, acrecentadas por esa nostalgia que se apodera de la mayoría de los niños al ingresar en un internado. Nietzsche se sumergió en el estudio, y al principio no hizo amistades nuevas. Durante las vacaciones regresaba a su hogar, y allí intentaba siempre recuperar su libertad de pensamiento, desembarazarse de los rígidos corsés intelectuales que le imponían en Pforta. En su casa fundó un club artístico-literario, «Germania», cuyos únicos miembros, además de él, fueron sus viejos amigos Krug y Pinder. Según los estatutos de dicho club, cada uno de sus miembros debía presentar todos los meses un trabajo que se sometería a una crítica conjunta. Hay que reseñar también que con los escasos medios de la asociación se suscribieron a la *Revista de Música*, fenómeno que contribuyó en buena medida a fijar los gustos musicales de Nietzsche: éste, que sólo había prestado atención a los clásicos, descubrió de pronto a Richard Wagner, y con los últimos fondos de «Germania» compraron la partitura para piano de *Tristán e Isolda*.

Un nuevo amigo entró en su vida: Paul Deussen, con el que Nietzsche recibió la confirmación en la Pascua de 1861, y que sería durante muchos años un compañero de viaje en su peregrinaje espiritual. Deussen recuerda ese momento en su obra *Recuerdos de Friedrich Nietzsche*: «Los confirmandos se aproximan al altar de dos en dos, y al llegar, Nietzsche y yo nos arrodillamos juntos como dos amigos íntimos. No se me ha borrado aún de la memoria la religiosidad y ensimismamiento que nos había embargado en las semanas anteriores y que se prolongó durante la confirmación. Deseábamos separarnos para estar a solas con Cristo, y todos nuestros pensamientos, emociones y actos estaban impregnados por la alegría de lo sobrenatural.»

Este fervor cristiano no duró mucho, porque las dudas comen-

zaron a asaltar a Nietzsche; el aprendizaje del sistema lógico y filológico de Pforta le condujo a enfocar, al principio de manera inconsciente, la fe recibida de sus padres con un distanciamiento crítico. Esta transformación de sus puntos de vista no se operó de una manera brusca ni tuvo su origen en vivencias o acontecimientos externos concretos; no hay pruebas de que Nietzsche padeciera dudas religiosas o crisis profundas que provocaran el desmoronamiento de sus creencias. Las dudas sobre el cristianismo y su posterior rechazo sin paliativos fueron consecuencia de una evolución lenta y paulatina, motivada por el bagaje cultural que había adquirido. Nietzche tiene posiblemente razón cuando más adelante definió este proceso como una liberación tranquila e indolora. Esta pérdida de la fe es quizá el acontecimiento más sobresaliente y decisivo de la juventud del filósofo.

Durante este periodo Nietzsche estudió a fondo a los clásicos y al mismo tiempo estuvo vinculado a la poesía romántica. Conocía muy bien a Jean Paul, pero el objeto de su devoción era Hölderlin, poeta casi desconocido en su tiempo. Su *Carta a mi amigo para recomendarle la lectura de mi poeta favorito*, fechada el 19 de octubre de 1861, atestigua muy a las claras el exquisito gusto literario de Nietzsche y su aguda capacidad crítica para discernir la calidad:

«Estos versos –por referirme tan sólo a su forma literaria– que brotan de un espíritu excelso, puro y delicado, estos versos cuya naturalidad y originalidad eclipsan el arte y la elegancia de Platens, estos versos, repito, que fluctúan entre la inspiración más sublime y los sones más delicados de la melancolía, ¿acaso puede calificárseles con otra palabra que no sea la tópica y manoseada de "perfectos"?... Todo esto se refiere exclusivamente a su forma literaria y externa; permíteme ahora añadir unas cuantas palabras sobre la riqueza intelectual de Hölderlin, que a ti te parece confusión y vaguedad. Tu crítica debe referirse a algunos poemas de su época de demencia, y quizá incluso a otros anteriores que revelan la lucha sorda contra la noche de la locura que comienza a abatirse sobre su espíritu, pero la mayor parte de ellos son las perlas más puras y valiosas de nuestra poesía. Te remito a poemas como "Retorno a la patria", "El torrente encadenado", "Puesta de sol", "Cantar de ciego", y te recuerdo las últimas estrofas de la "Fantasía nocturna" que expresan la melancolía y el anhelo de paz más profundos:

»En el cielo nocturno florece una primavera [...]

El poeta alemán Johann Christian Friedrich Hölderlin (1770-1843), por quien Nietzsche sintió auténtica devoción en su juventud.



»En otros poemas, como por ejemplo, "Recuerdo" y "Exilio", el poeta nos eleva hasta las cimas del ideal, y descubrimos y sentimos con él que éste reside en el patriotismo. Queda, por último, una serie muy importante de poemas en los que dice verdades amargas a los alemanes, desgraciadamente con mucho fundamento. En "Hyperion" no ahorra las frases más duras e incisivas contra el "barbarismo" alemán. No obstante, esta aversión por la realidad no está reñida con su acendrado patriotismo, que Hölderlin poseía en alto grado. Pero esto no es óbice para que odiara el carácter jactancioso y filisteo de algunos alemanes.

»...Yo sólo pretendo –y éste es el motivo de mi carta– que estas líneas te impulsen a conocer y a criticar luego sin prejuicios a este poeta, hoy desconocido para la mayor parte de su pueblo.»

Esta carta, escrita por un joven de diecisiete años, delata el lenguaje apasionado y sugestivo del Nietzsche futuro al defender

una causa, descubre a Hölderlin cinco décadas antes que los alemanes, y ante todo y sobre todo, pone de manifiesto la estrecha afinidad de Nietzsche con el poeta de Tubinga: la comprensión de un lenguaje poco común, propio del idealismo romántico, de la crítica a los alemanes provocada por un fervoroso patriotismo, e incluso de las tensiones y problemas derivados de la amenaza de la locura, son elementos que obligan a Nietzsche a salir en defensa de Hölderlin. El mundo del poeta trasluce el propio mundo de Nietzsche. Hölderlin y Jean Paul, y más tarde Schopenhauer y Wagner, demuestran que Nietzsche es un hijo del romanticismo, un autor incomprensible al margen de este movimiento, y al mismo tiempo uno de los que lo culminaron y lo trascendieron.

Durante su último curso en Pforta, Nietzsche ejecutó un concienzudo trabajo sobre Teognis de Mégara, con el que intentaba armonizar y describir la personalidad del autor y su obra. El tema, concebido al principio como un ejercicio escolar más, le fascinó tanto que lo continuó más tarde. Al final de esta etapa escolar, era un alumno aventajado en todas las materias (a excepción de las matemáticas) y especialmente sobresaliente en filología clásica. En octubre de 1864 Nietzsche, Deussen y algunos otros alumnos de Pforta se matricularon en la Universidad de Bonn.

La Universidad: Bonn y Leipzig

Los dos semestres que Nietzsche pasó en Bonn no le resultaron muy fructíferos, aunque hay que reconocer la importancia de su encuentro con el mundo universitario, alrededor del cual giraría durante muchos años su vida. Eligió la Universidad de Bonn por distintas razones, y la principal era la fama internacional de que disfrutaba aquélla en el ámbito de la filología clásica. Friedrich Wilhelm Ritschl y Otto Jahn dirigían su departamento de filología, y de él habían salido una serie de destacados investigadores. Tras la rígida disciplina académica de Pforta, Nietzsche se halló de pronto inmerso en la libertad más absoluta y hermosa: era él quien tenía que decidir por sí mismo la naturaleza de sus estudios. La base intelectual adquirida en Pforta lo impulsaba hacia la filología, pero, además de las materias propias de esta especialidad, se matriculó también en otras asignaturas como Historia del Arte, Historia de la Iglesia, Teología y Política. Cuando ya vislumbraba el final de sus

El joven Nietzsche en 1864, el año de su ingreso en la universidad. ▶



Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena





Fachada de la Universidad de Bonn.

estudios académicos Nietzsche hizo las siguientes reflexiones autobiográficas sobre este periodo inicial, en las que resplandece la lucidez autocrítica de anteriores manifestaciones: «Yo deseaba contrarrestar esa tendencia mía hacia la dispersión, tan predominante hasta entonces. Quería dedicarme a una ciencia que exigiera una reflexión fría y lógica, un trabajo constante y uniforme que desembocara en resultados no inmediatos. Creí que todas estas condiciones las satisfacía la filología, especialidad al alcance de la mano para un alumno de Pforta.»

Nietzsche se propone una empresa problemática, arriesgada: defenderse con el escudo de la filología de su fuerte propensión caracterológica hacia lo romántico. Fracasaría en el intento, porque, más tarde, la tarea filológica que por su rigor se había autoimpuesto iba a producir el efecto contrario.

Consciente de sus escasas aptitudes para las relaciones humanas, Nietzsche albergaba, al iniciar sus estudios, este deseo de fría serenidad filológica, y se propuso conocer y entender mejor el mundo y las personas, vistos sólo hasta ese momento a través de los libros. Esta y no otra es la razón de que ingresara en «Franconia», una corporación de estudiantes. Este paso requería una explicación frente a sí mismo y frente a su familia. Las asociaciones estudiantiles habían perdido ya su perfil político, otrora determinante, y por entonces prevalecía sobre todo su carácter social y mundano. El 24-25 de octubre Nietzsche, desde Bonn, escribía casi disculpándose a su madre y a su hermana:

«Bien, ya os veo sacudir la cabeza una y otra vez y proferir exclamaciones de asombro. Ciertamente comprendo que mi actitud puede causaros extrañeza, pero no os lo tomo a mal. Al mismo tiempo que yo, se han adherido a "Franconia" siete nuevos miembros, y excepto dos, todos son bien conocidos en Bonn y algunos están ya en el cuarto semestre. Voy a citaros a algunos de ellos, porque estoy seguro de que os resultarán conocidos: Deussen, Stöckert, Haushalter, Töpelmann, Stedefeldt, Schleussner, Michael, y por supuesto, yo mismo.

»Como es natural, he meditado a fondo este paso, y me ha parecido casi necesario a la vista de mi naturaleza. Somos casi todos adictos a la filología y amantes de la música. En general, en "Franconia" reina un ambiente interesante, y los miembros más antiguos me han causado una muy grata impresión.»
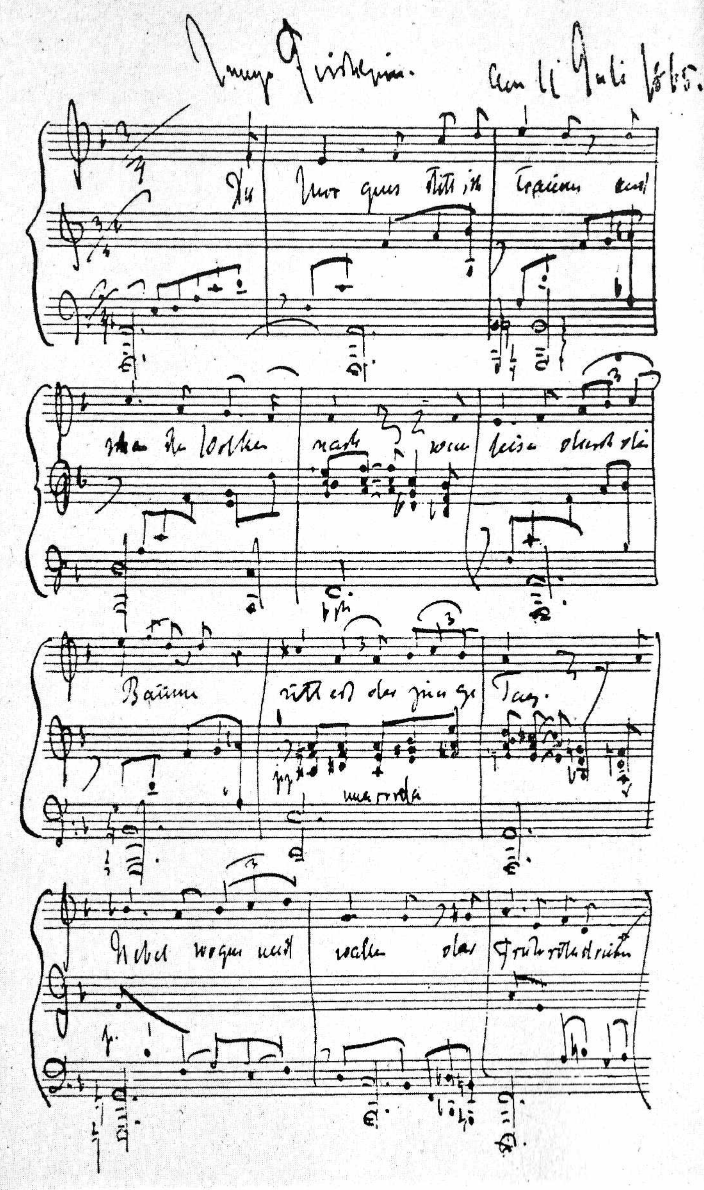
El giro *ambiente interesante*, desacostumbrado en Nietzsche por su mediocridad, deja traslucir una cierta desazón y revela su

inseguridad al dar ese paso teniendo en cuenta su naturaleza. De hecho, las actividades superficiales de la asociación más que atraerle le repelían y le provocaban cierto hastío, aunque al principio celebró con agrado las fiestas, bailes y amistades femeninas que allí conoció. Nietzsche hizo incluso pinitos en esgrima y participó en algún duelo. Sin embargo, no causa sorpresa que al año siguiente, con unas líneas llenas de cortesía y formalismo, abandonase «Franconia». Como en su época de colegial, tampoco ahora le satisfacían a la larga las distracciones del común de la gente. En el futuro, cuando sea profesor de la Universidad de Basilea, iniciará otra vez una experiencia semejante. Las descripciones que hace de su participación en el gran festival musical de Colonia, de varios días de duración, demuestran que a pesar de que participó en él con un «entusiasmo inigualable», sumergiéndose en ese ambiente festivo de cantos y bebida, la vida social y los actos multitudinarios le desagradaban en el fondo. A punto de acabar su primer semestre en Bonn, escribe Nietzsche a su familia: «Aquí, en los círculos estudiantiles, se me considera una autoridad en música y un tipo un tanto extravagante. Pese a mi aire socarrón, gozo de cierta popularidad y tengo fama de satírico. Esta opinión que de mí tienen los demás os resultará interesante, pero he de deciros que no la comparto, que tampoco soy feliz, que es cierto que soy un poco veleidoso y que me agrada, a veces, atormentarme, no sólo a mí mismo, sino también a los demás.»

Son palabras escritas por un joven insatisfecho consigo mismo. Ni siquiera el vínculo de la música estrechaba los lazos de Nietzsche con otros miembros de «Franconia». En las canciones producto de la bebida, sólo hallaba un placer pasajero. Durante el primer semestre musicó poemas de Chamisso y Petöfi con un estilo muy influido por Schumann.

En el terreno académico, las cosas no le iban mejor. Las clases de teología fomentaban sus dudas crecientes sobre el cristianismo. Siendo un colegial, Nietzsche había leído, para gran consternación de su familia, la *Vida de Jesús* de Strauss. Sus influencias perduraron, y Nietzsche comenzó a criticar las fuentes del Antiguo Testamento. Por otro lado, las rivalidades y disputas entre sus profesores Ritschl y Jahn, que habían alcanzado una resonancia escandalosa en el ámbito académico, perturbaban gravemente sus estudios de filología clásica. Nietzsche, en consecuencia, tomó la determinación de trasladarse a Leipzig para comenzar el tercer semestre, y el hecho de que a Ritschl le ofrecieran una cátedra en Leipzig contribuyó a su salida de Bonn, ciudad que le había sido muy poco propicia.

En Bonn Nietzsche había fracasado en su intento de llevar la



Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlín 1942)

El filólogo Friedrich Wilhelm Ritschl.

◀ *Composición musical de Nietzsche sobre su poema «La joven pescadora» (11 de julio de 1865).*



Historisches Bildarchiv Lolo Handke, Bad Berneck

Fachada de la Universidad de Leipzig.



Ullstein Bilderdienst, Berlín

vida despreocupada de un universitario «normal». En Leipzig, sin embargo, se recluyó en sí mismo y concentró todas sus energías en los estudios, encontrando al fin su propio estilo de vida. Pese a su natural reservado y orgulloso, pronto ganó fama como filólogo por algunos trabajos de mérito dirigidos por su profesor Ritschl. Cuando éste le sugirió, en privado, la formación de una asociación filológica, Nietzsche dio su aprobación, y de nuevo salieron a flote, dentro de la universidad, los anhelos adolescentes que había manifestado al adherirse a «Germania». Pronto contó Nietzsche con un reducido círculo de adeptos. A principios de 1866 hizo su primera disertación en público con motivo de una nueva edición de los poemas de Teognis de Mégara. El éxito de sus conferencias le animó a mostrar a su maestro su antiguo trabajo sobre Teognis, de quien no recibió más que alabanzas; Ritschl le aconsejó retocar el manuscrito y publicarlo.

«Tras esta entrevista –escribiría Nietzsche– mi vanidad y mi persona entera ascendieron hasta el séptimo cielo. A mediodía, mientras paseaba con un grupo de amigos hacia Gohlis (hacía un tiempo soleado y agradable), pugnaban por salir de mis labios un raudal de palabras sobre mi buena suerte. Al fin, sentados en una fonda ante un café y unos pasteles, no pude contenerme más y conté a mis asombrados amigos lo que me había ocurrido. Durante un cierto tiempo deambulé de un lado a otro como presa del éxtasis. Así, con el aguijón de la alabanza, me convertí en un filólogo y abrigué esperanzas de progresar en mi carrera.»

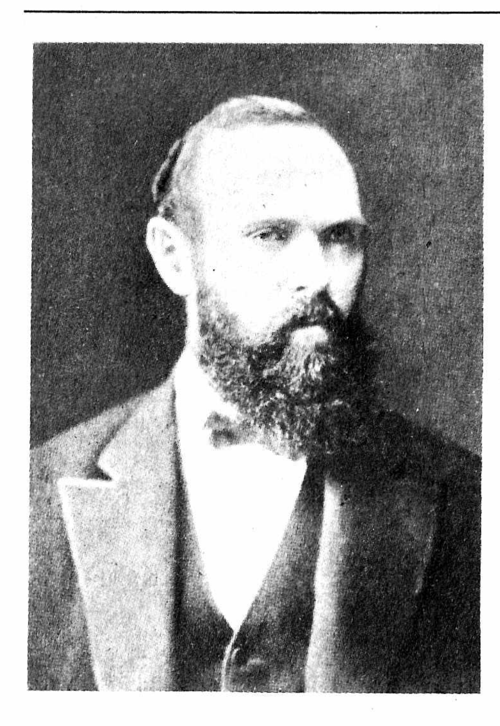
Tras el año perdido en Bonn, a Nietzsche le cupo la suerte de hallar un profesor que, además de ser una autoridad en la materia, le impulsaba a estudiar. Aceptó su dirección, sobre todo porque Ritschl era un profesional reconocido con una aguda capacidad para comprender el arte, fenómeno visible en cualquiera de sus trabajos especializados. Fue este rasgo de su maestro el que más agradó al ahora joven filólogo, y a él debe básicamente su formación intelectual. Otra de las disertaciones de Nietzsche versó sobre la catalogación de las obras de Aristóteles y supuso un valioso estudio crítico de las fuentes. Por sugerencia de Ritschl, la universidad convocó un concurso sobre este tema, y el premio fue para el trabajo de Nietzsche. A raíz de concedérsele tal galardón, el trabajo se publicó en varios números de *Rheinisches Museum*. No tardaron en difundirse en la misma revista otras investigaciones suyas, como los estudios sobre Teognis y el manuscrito sobre la *Oda a Dánae*, de Simónides. El nombre de Nietzsche comenzó a correr de boca

en boca en los círculos especializados. Cuando en 1869, sin acabar aún sus estudios y de nuevo a instancias de Ritschl, le fue ofrecida una cátedra en Basilea, se había ganado ya una sólida reputación intelectual.

La obra sobre Teognis no fructificó sólo en el campo de la filología. Nietzsche, al estudiar a este poeta griego, comenzó a introyectar de algún modo su aristocratismo. He aquí una de las frases de Teognis: «De los nobles aprenderás cosas nobles, pero si te mezclas con los inferiores, perderás incluso tu propia mentalidad.» Esta sentencia refleja una concepción del siglo –VI, pero cuando Nietzsche la asume, se convierte en un preludio de *Así habló Zaratustra* y de su concepción del superhombre. Es lícito suponer, en estas circunstancias, que las investigaciones sobre Teognis y su laureado trabajo sobre Aristóteles –que forzosamente debió conducir a Nietzsche a Diógenes Laercio– despertaron en él el gusto por la filosofía, o por lo menos le predispusieron a abordar problemas filosóficos. Con todo, el encuentro decisivo con la filosofía tuvo lugar durante el primer semestre de Leipzig y estuvo enmarcado por la lectura de las obras de Arthur Schopenhauer. Ritschl y la filología le encaminaban a culminar su carrera y practicar una profesión en la que Nietzsche era feliz a ratos, pero que le resultaba siempre muy laboriosa. Schopenhauer, sin embargo, despertó y dio alas al genio que llevaba dentro. Visto desde una óptica desapasionada e imparcial, este despertar arrastró a Nietzsche a un sistema ideológico personal basado en una comprensión todavía muy inmadura e ingenua del pensamiento de Schopenhauer.

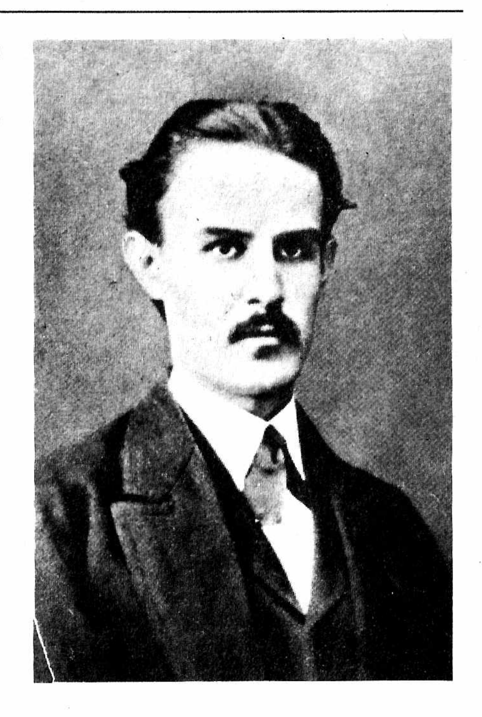
Para Nietzsche, Wagner representaba la vanguardia musical, y Schopenhauer, la concepción del mundo más acorde con su tiempo. Por entonces, y exceptuando a Platón, no conocía a ninguno de los grandes filósofos. Su descubrimiento de Schopenhauer no fue el producto de investigaciones rigurosas y serias, sino de sus circunstancias personales derivadas de su propia naturaleza. Había intentado domeñar su carácter, proclive al romanticismo, con la filología, y ahora éste se vengaba de toda esa represión, porque tras la lectura de Schopenhauer afloró con mucha más fuerza y vehemencia:

«Por aquel entonces, preso de algunas experiencias decepcionantes y dolorosas, me encontraba solo, sin amarras, sin un principio guía, sin esperanzas, sin un solo recuerdo amable. Del alba al crepúsculo me esforzaba por construir mi propia vida. Esta es la razón de que rompiera los últimos lazos que me ataban a mi pasado de Bonn; corté todos los vínculos entre mi persona y aquella aso-



Carl von Gersdorff, amigo de Nietzsche y, como él, gran admirador de Schopenhauer.

ciación. En la feliz soledad de mi casa logré encontrarme a mí mismo, y sólo salía de ella para reunirme con mis amigos Mushacke y Von Gersdorff, que albergaban los mismos propósitos que yo. Imagínese usted el efecto que, en semejante situación, podía causar la lectura de la obra capital de Schopenhauer. Un día, por azar, hallé en la librería del viejo Rohn ese libro, y como poseído lo tomé entre las manos y lo hojeé. De pronto un extraño espíritu me susurró al oído: "Llévatelo a casa". Lo compré, contrariando mi costumbre de no adquirir libros a la ligera. Apenas llegué a casa, me precipité sobre el sofá con ese tesoro recién adquirido y dejé que actuara sobre mí ese genio enérgico y melancólico. Cada una de sus líneas hablaba a gritos de renuncia, negación, resignación. El fue el espejo en el que descubrí reflejada la espantosa grandiosidad del mundo, de la vida y de mi propio espíritu, la claridad deslumbrante y desinteresada del arte; en él descubrí la enfermedad y el remedio, el destierro y el refugio, el cielo y el infierno. La necesidad imperiosa de autoconocerme, de desmenuzarme a mí mismo, me invadió con fuerza avasalladora; testigos de aquel cambio radical son las hojas de mi diario, llenas de inquietud, melancolía, de auto-



Erwing Rohde mantuvo una estrecha amistad con Nietzsche, que se prolongaría hasta el derrumbamiento final del filósofo.

rrecriminaciones inútiles, de esperanzas en la transformación y perfección del ser humano. Yo procuraba y me esforzaba por despreciarme a mí mismo, era amargo, injusto y desenfrenado en el odio dirigido contra mí. No faltaron tampoco los castigos de tipo físico; así, por ejemplo, durante dos semanas me impuse la obligación de acostarme a las dos de la madrugada y de levantarme a las seis. Presa de la excitación nerviosa, quién sabe a dónde me habría conducido mi locura de no haber actuado a tiempo los atractivos frívolos de la vida y la necesidad de dedicarme a un estudio metódico y regular.»

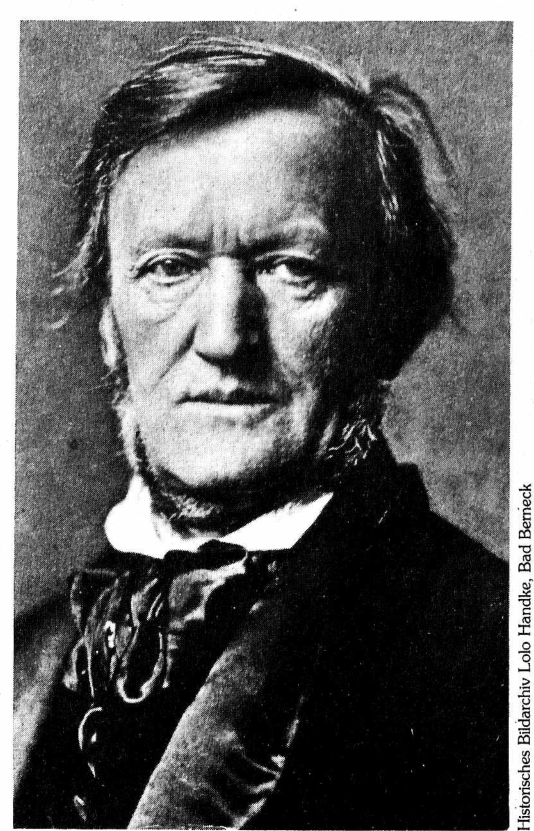
Los atractivos frívolos de la vida eran de lo más inocente y fugaz: el amor. Nietzsche, en efecto, se había enamorado de Hedwig Raabe, una actriz que durante el verano de 1866 había actuado en Leipzig, y de cuyo arte quedó prendado. Falto de la valentía necesaria para entrar en contacto con ella, Nietzsche le profesaba un amor platónico y silencioso, y le manifestó su pasión con unas cuantas canciones a las que él mismo puso música, enviándoselas a la dama de sus sueños con una dedicatoria llena de exaltación.



Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena

Esta experiencia demuestra y ejemplifica la relación que Nietzsche mantuvo siempre con las mujeres, una relación caracterizada por la inhibición, el distanciamiento y la falta de compromiso. Mucha más trascendencia tuvo para él otro acontecimiento: el inicio de la amistad con Erwin Rohde, que se prolongaría casi hasta el derrumbamiento final de Nietzsche. En Rohde halló un amigo que no se le rendía ni se le subordinaba, sino que de alguna manera era su igual. Rohde, un hamburgués un año más joven que Nietzsche, había estudiado en Bonn, había asistido al festival musical de Colonia y había seguido también a Ritschl hasta Leipzig. Probablemente





Historisches Bildarchiv Lolo Handke, Bad Berneck

Richard Wagner.

La «Asociación filológica» de Leipzig. De los tres que están sentados, Nietzsche es el de la izquierda; Rohde, el de la derecha.

ambos amigos se conocían ya desde Bonn, pero la amistad se consolidó en Leipzig. En la brillantez filológica de Rohde, en su temperamento y en su desaforado amor por la polémica, Nietzsche halló un digno rival. Cuanto más intimaban, más se aislaban del entorno. Nietzsche ha descrito perfectamente el nacimiento de su amistad:

«En una de sus cartas, Rohde me decía que nosotros habíamos pasado el último semestre igual que si viviéramos en una isla desierta. Su interpretación es rigurosamente cierta, y yo me di perfec-

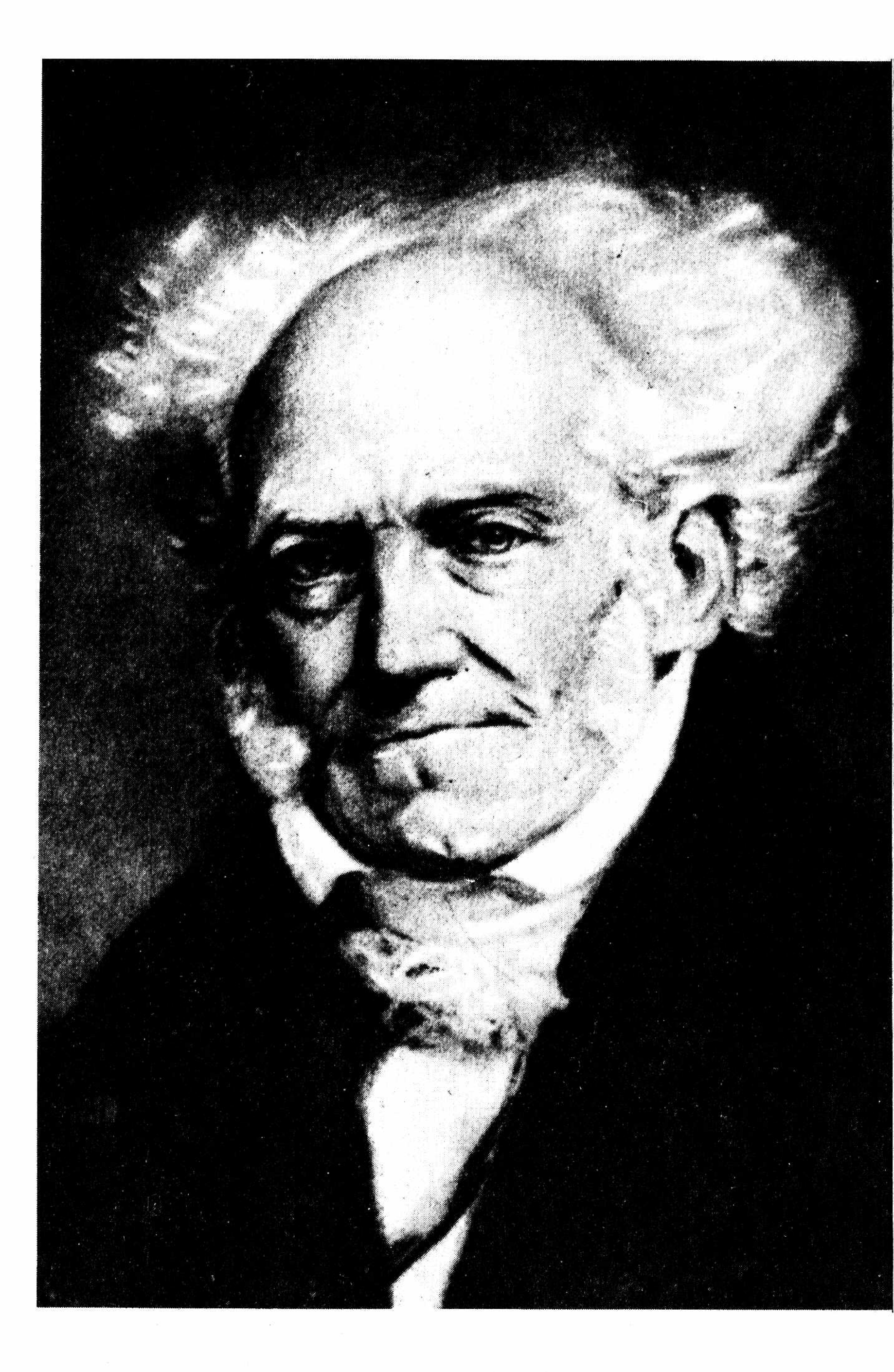
ta cuenta de ello al finalizar el semestre. Sin pretenderlo, nos dejábamos llevar por nuestras apetencias, y pasábamos juntos la mayor parte del día. No trabajábamos demasiado en el sentido trivial del término, y sin embargo, los días que pasábamos en común nos parecían extremadamente fructíferos. Esta ha sido, hasta la fecha, la única vez en que he experimentado que una amistad en proceso de consolidación se asentaba sobre bases ético-filosóficas. En general, las amistades nacen por afinidades en los estudios. Sin embargo, nuestros ámbitos científicos apenas tenían cosas en común, y únicamente coincidíamos en la ironía burlona con que encarábamos los métodos y frivolidades de la filosofía. A menudo andábamos a la greña porque nuestras opiniones sobre muchos temas no coincidían; pero a medida que profundizábamos en la conversación, la disonancia de pareceres se debilitaba hasta desaparecer, y al final quedaba un acorde suave y sereno para los oídos.»

Hacia el final de la época de Leipzig, Nietzsche emprendió en compañía de Rohde una excursión a Meiningen para asistir a un festival de los wagnerianos. Wagner y Schopenhauer eran por entonces dos exponentes de ese mundo tardorromántico que tanto habría de influir en la personalidad de Nietzsche.

En el otoño de 1868, Nietzsche se encontró por primera vez con Richard Wagner en Leipzig. Tiempo atrás, había conocido a Ottilie Brockhaus, hermana de aquél y esposa del orientalista Hermann Brockhaus. Desde entonces, Nietzsche frecuentaba su casa, y una noche coincidió con Wagner, que había ido a visitar a su hermana. Luego escribió a Rohde a propósito de este encuentro:

«Antes y después de la cena, Wagner tocó los pasajes más importantes de los *Maestros cantores*, imitando con aire desenvuelto las distintas voces. Es un hombre vital y apasionado hasta extremos inconcebibles; habla muy deprisa, y con su gracejo natural ameniza reuniones restringidas como esta que te estoy describiendo. Yo mantuve con él una larga discusión sobre Schopenhauer. ¡Ah! Comprenderás qué profunda satisfacción me produjo oírle hablar de él con un apasionamiento indescriptible, y agradecerle que fuera el único filósofo que había reconocido la esencia de la música. Luego, Wagner me preguntó qué concepto tenían de él los profesores, se burló del congreso de los filósofos celebrado en Praga y habló de los "lacayos de la filosofía". A continuación nos leyó

El filósofo Arthur Schopenhauer. ▶



un fragmento de la autobiografía que está escribiendo, en la que recoge una escena sobre su vida de estudiante en Leipzig, tan divertida que no puedo recordarla sin echarme a reír; escribe con extraordinaria soltura y agudeza.»

Nietzsche, que admiraba a Schopenhauer desde hacía muchos años, interpretó la ardorosa defensa que de él hizo Wagner como una afortunada confirmación de que estaba en el buen camino. Como filólogo, debía de estar muy familiarizado con Platón y Aristóteles; sin embargo, no fueron éstos quienes avivaron su pasión por la filosofía, sino Schopenhauer.

Schopenhauer poseía una cualidad poco habitual entre los filósofos alemanes: era un escritor de altos vuelos. A primera vista, su mundo ideológico es mucho más accesible que, por ejemplo, los intrincados análisis de Kant y su escuela. Schopenhauer, en un sentido radicalmente diferente del de Kant, acentuaba la incapacidad de la razón humana para conocer la verdadera esencia de las cosas. La razón es, para él, a lo sumo el vehículo con cuya ayuda el hombre puede alcanzar las metas que, por propia voluntad, se impone. Pero la vida en cuanto tal carece de valor afirmativo: el hombre sólo puede liberarse renunciando a sus propios impulsos, a la actuación ciega de su omnipresente voluntad. El egoísmo es una actitud connatural al hombre y determina también su conducta moral. Por ello, la compasión es una variante del egoísmo. El hombre es capaz de conseguir su autoliberación de dos maneras: por medio del quehacer moral, renunciando a su voluntad, y a través de la contemplación de la belleza. Para Schopenhauer, el arte adquiere un valor absoluto, y entre todas las artes, la música disfruta de una posición privilegiada y única porque es expresión directa de lo real y de la esencia de las cosas. La música no ofrece conceptos ni conocimientos, pero cuando suena libera al hombre del espacio, del tiempo, de la casualidad y de todas las ataduras temporales. Mas la vivencia de lo bello no es constante ni duradera, y por tanto no puede liberar al hombre definitivamente del dolor y de las necesidades inherentes a la vida; y tampoco se logra esa liberación desarrollando una moralidad en favor de los demás. El único camino para escapar de la infelicidad radical de la existencia humana pasa por el ascetismo individual, por la más completa renuncia, por la extinción de la voluntad propia. Este pesimismo tiene al mismo tiempo un fondo irracional y amoral, porque desconfía de la posibilidad de conocer y actuar según la razón, y porque tampoco abriga esperanza alguna en la moral, ya sea de tinte socrático o cristiano.

A Nietzsche este pesimismo le atraía con fuerza irresistible porque compaginaba muy bien con su tendencia a la soledad y porque los aspectos estéticos de este sistema respondían a sus propias exigencias. Y de nuevo, como ya le había ocurrido en el pasado con «Germania», no vaciló en hacer proselitismo entre sus amigos para convertirlos en seguidores de Schopenhauer: su hermana Elisabeth y sus compañeros de estudios Mushacke, Von Gersdorff y Deussen se contaron entre los conversos. Schopenhauer calificaba de filisteas a las personas normales, y prestó más atención al genio que precisamente por ser diferente se desvinculaba de la realidad social y afrontaba sin ayuda la relación con la naturaleza. Esta concepción debió reafirmar al joven Nietzsche. Arrastrado por el entusiasmo que despertaban en él las ideas de Schopenhauer, llegó incluso a interpretar –erróneamente– la *Historia del materialismo* de Lange como una apología del sistema de Schopenhauer. Esta obra básica de Lange había visto la luz en 1866 y fue un preludio del neokantismo. Nietzsche, en una carta a Von Gersdorff, dijo de ella:

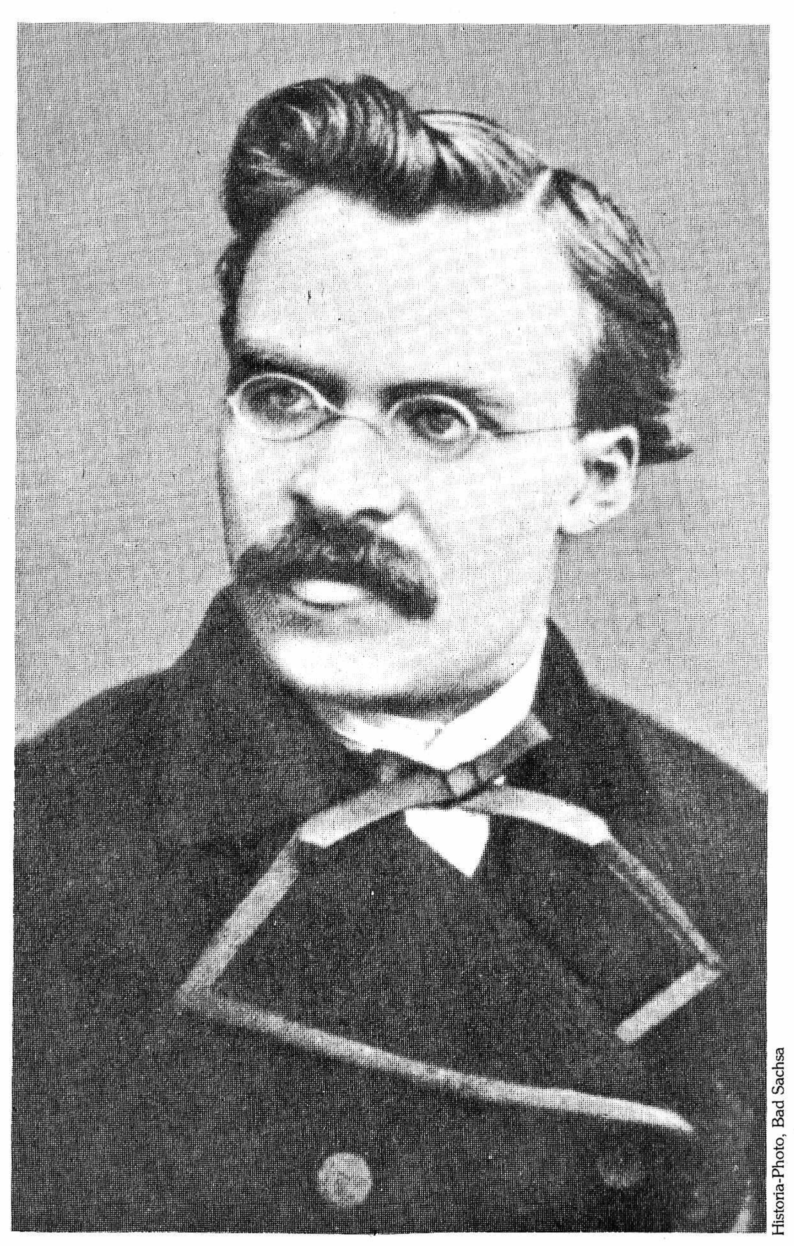
«1. El mundo sensible es producto de nuestra organización interna.

»2. Los órganos de nuestros sentidos (corporales) sólo nos proporcionan del mundo fenoménico imágenes de objetos que desconocemos.

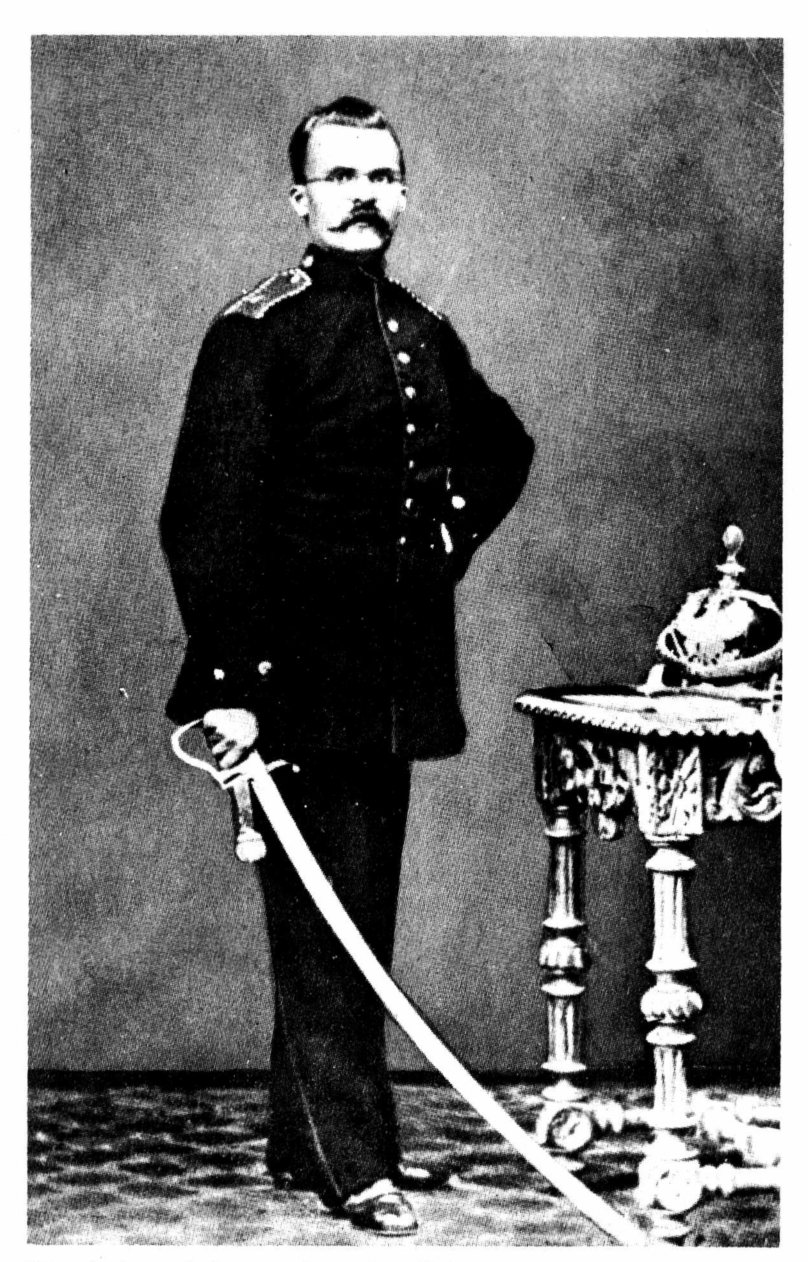
»3. Por tanto, nuestra verdadera organización permanece para nosotros tan desconocida como las cosas objetivas: invariablemente, sólo tenemos ante nosotros el producto de ambas.

»... La verdadera esencia de las cosas, es decir, la cosa en sí, nos es desconocida, pero además, el concepto que de ellas tenemos es simplemente producto de un antagonismo condicionado por nuestra organización, antagonismo del que desconocemos si tiene algún significado fuera de nuestra experiencia. Lange deduce de todo ello que hay que dejar a los filósofos absoluta libertad, en el supuesto de que nos lleven a alguna parte. El arte es libre e independiente incluso del ámbito conceptual. ¿Quién se atrevería a modificar un pasaje de Beethoven o a tachar de imperfecta una *Madonna* de Rafael? ¿Te das cuenta? Nuestro Schopenhauer resiste incluso esta crítica rigurosa, y todavía será más grande cuando construya su edificio filosófico. Sí, para mí Schopenhauer es la culminación de la filosofía.»

En este pasaje falsea el criticismo racional de Lange: en él Nietzsche entroniza a la filosofía en el hueco que ha dejado libre la religión, destruida al contacto con la realidad de la ciencia.


Historia-Photo, Bad Sachsa

Nietzsche en 1867.



Nietzsche fotografiado con uniforme de artillería.

El servicio militar

Durante el periodo de Leipzig se desarrollan algunos acontecimientos que conviene reseñar. Mushacke se traslada a Berlín y Von Gersdorff a Nuremberg para hacer su servicio militar; Nietzsche estrecha sus lazos con Rohde; una epidemia de cólera se abate sobre Leipzig, a consecuencia de la cual los estudios de Nietzsche sufren una gran perturbación. En otoño de 1867 se presentó como voluntario para hacer su servicio militar, solicitando uno de los regimientos con guarnición en Berlín, pero su intento resultó vano; al final fue destinado a un destacamento de artillería montada estacionado en Naumburgo, con la ventaja adicional de vivir en su casa. La vida en las milicias le satisfizo sólo a medias, aunque se esforzó por sobrellevar con decencia los inevitables entrenamientos. A Rohde le escribía:

«Ha llegado el momento de que mi filosofía me sirva para algo práctico. En ningún instante me he sentido hasta ahora humillado, pero a menudo me sonrío igual que si estuviera asistiendo a un espectáculo fabuloso. Algunas veces, escondido bajo el vientre de un caballo, murmuro: "Schopenhauer, ayúdame"; y cuando regreso a casa agotado y empapado de sudor, me detengo unos instantes observando mi mesa de estudio, y así me tranquilizo, o bien abro las *Parerga* que, junto con las obras de Byron, son actualmente mis lecturas favoritas.»

Sin embargo, su entrenamiento militar se interrumpió bruscamente como consecuencia de un accidente que le sobrevino montando a caballo, a resultas del cual sufrió una herida en el pecho. Como su curación se dilataba, obtuvo la baja del servicio por enfermedad y el licenciamiento anticipado. Hay una fotografía de esta época que muestra a Nietzsche vestido de uniforme y con el sable desenvainado: la pose responde a los convencionalismos típicos y tópicos sobre recuerdos semejantes. Es la imagen de un intelectual disfrazado. Nietzsche aprovechó su licencia por enfermedad para profundizar en la filología, y en otoño de 1868 volvió a Leipzig con una base sólida para afrontar su último semestre. Estaba a punto de terminar su carrera, seguía disfrutando del favor de Ritschl y creía que le esperaba un brillante futuro académico. Nietzsche no abrigaba al respecto, según confesó a Rohde, «esperanzas ilimitadas»; él simplemente esperaba de su carrera una mayor libertad para dedicarse sin cortapisas a sus propios estudios y una situación de independencia tanto política como social.

Catedrático en Basilea

Las esperanzas de Nietzsche no resultaron vanas y se cumplieron antes de lo que cabía esperar. En el invierno de 1868-69, mientras planeaba con Rohde un viaje a París, Ritschl le propuso como catedrático supernumerario de filología clásica en la Universidad de Basilea. La oferta le llega en un momento en que Nietzsche cuestiona su dedicación a la filología, e inmerso en una crisis notoria califica a sus maestros, en unas cartas a su amigo, de «engendros de filósofos» que con «los buches llenos» y «los ojos ciegos» realizan un «trabajo de zapa». A Nietzsche vuelven a rondarle los fantasmas del filisteo. Todavía subsiste en él ese estado anímico cuando escribe a Rohde aquella famosa carta, en la que intenta animar a su amigo tras el fallido viaje a París: «Desde luego somos los bufones del destino: no hace todavía una semana, yo pensaba escribirte proponiéndote estudiar juntos química y arrumbar la filología en el desván de los trastos inútiles. Y ahora he aquí que ese demonio llamado "fortuna" me tienta con una cátedra de filología.»

Nietzsche no resistió la tentación: en febrero de 1869, sin haberse doctorado aún, aceptó el nombramiento. Acto seguido la Universidad de Leipzig, aduciendo como mérito sus publicaciones y sin necesidad de examen previo, le confirió el título de doctor, prescindiendo también de las formalidades habituales en su nombramiento como catedrático de una universidad. Así pues, a los veinticuatro años y medio finaliza la fase formativa de Nietzsche, quien, sin pasar por ninguna etapa intermedia, accede a una cátedra como supernumerario, y al año siguiente se convierte en catedrático numerario. El 28 de mayo de 1869 el joven catedrático dictó su conferencia inaugural en Basilea sobre Homero y la filología clásica.

2. La tragedia griega y el espíritu del romanticismo

La vida de Nietzsche podría dividirse muy bien en periodos de diez años: entre su ingreso en Schulpforta y el último semestre de Leipzig –cuando ya se sentía un profesor en ciernes– transcurren diez años dedicados a su formación; fue profesor en Basilea durante otros diez; tras abandonar la docencia en 1879, emprende la creación de sus obras capitales, que le llevará una década justa; la última fase de su vida, caracterizada por la enfermedad mental, dura poco más de un decenio. La periodización es bien visible; y sin embargo, por asombroso que esto pueda parecer, semejante división se apoya únicamente en esquemas externos. Clarifica, pero no explica, sobre todo porque la vida de Nietzsche fue un proceso dinámico e inquieto, una senda flanqueada por estados anímicos opuestos, un desgarramiento constante entre dos polos, entre la felicidad más embriagadora y el distanciamiento más escéptico y racional reflejado en la ironía crítica con que juzgaba a personas y situaciones. Su vida en Basilea y su primera obra filosófica de envergadura, escrita durante los primeros años de actividad docente, muestran esos rasgos de su personalidad y de su actuación con especial nitidez. Vivencias y comportamientos ya patentizados en etapas anteriores se repetirán al iniciarse la época de Basilea.

Basilea, ese tradicional centro de irradiación de la cultura alemana en Europa, recibió al joven catedrático con los brazos abiertos. Sus colegas y las familias principales asentadas desde antiguo en la ciudad se mostraban muy solícitos con él. A Nietzsche, en un principio, le agradaron las reiteradas invitaciones y el ajetreo social lleno de corrección que aquéllas conllevaban; asistía con asiduidad a saraos y hasta se hizo enviar desde Naumburgo un frac nuevo. Pero no tardará en hacer acto de presencia una peculiaridad suya puesta ya de manifiesto en anteriores ocasiones: la dificultad de adaptación. La vida que llevan las gentes de su entorno no acaba

La catedral de Basilea. ▶

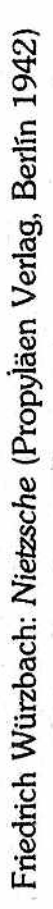
Ullstein Bilderdienst, Berlin

de satisfacerle, y así, en una carta a Ritschl, se burla de los «paisanos» de Basilea. Nietzsche mira con indiferencia a la mayor parte de sus colegas, y el trajín social termina por hastiarlo. Añora a su amigo Rohde, al que echa de menos por encima de todo lo demás. Resurgen en su espíritu las dudas sobre la filología, como antes las de la religión. Además, en sus actividades docentes se siente inseguro e incomprendido, y compensa esta vivencia de un entorno hostil con el convencimiento íntimo de ser, de alguna manera, un elegido y de estar llamado a desempeñar un destino excepcional. Todos estos sentimientos encontrados se reflejan en la extensa misiva (fines de enero-15 de febrero de 1870) que envía a Rohde:

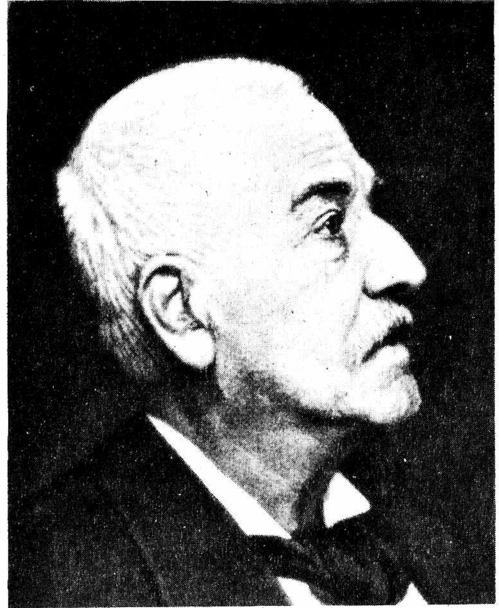
«No puedes imaginarte cuánto te echo de menos... Aquí no tengo a nadie a quien confiar el lado bueno y el malo de mi vida, y esto es para mí una sensación nueva. Por si fuera poco, tampoco simpatizo con ninguno de mis colegas... Acabo de obtener el doctorado, y este hecho supone para mí la confesión más vergonzosa de ignorancia. La profesión de filólogo cada vez se aleja más de cualquier aspiración crítica, fuera de los horizontes del helenismo. Dudo incluso de si devendré algún día en un auténtico filólogo. Si la casualidad no me ayuda, no lo lograré de ninguna otra forma. El motivo es que, por desgracia, carezco de modelos, y me veo a mí mismo acercándome a pasos agigantados al abismo de la pedantería... ¡Qué no daría yo por vivir juntos los dos!... He dado una conferencia sobre "Sócrates y la tragedia" que ha provocado un gran revuelo, amén de interpretaciones equivocadas, pero me ha servido para estrechar aún más si cabe los lazos con mis amigos de Tribschen. Espero que mi suerte cambie: hasta Richard Wagner me ha sugerido de la forma más enternecedora el destino que considera más apropiado para mí... Ciencia, arte y filosofía forman un amasijo tan informe en mi interior que puede que algún día engendre monstruos.»

Estas líneas, por el estado de ánimo que traslucen y que denotan objetivamente, tipifican el dilema de Nietzsche: su conciencia de vivir al margen del mundo, de ser un marginado, y al mismo tiempo, el convencimiento íntimo de ser un elegido. Nietzsche intentó atraer a Rohde a Basilea para que ocupara su cátedra, mientras él mismo optaba a la cátedra de filosofía, pero tales esfuerzos fracasaron porque Rohde se trasladó a Kiel y Nietzsche tuvo que seguir dedicándose a la filología. No obstante, hubo aspectos positivos, como la aparición de nuevas amistades: Franz Overbeck, un joven catedrático de Historia de la Iglesia que había llegado a Basilea a





Franz Overbeck, uno de los nuevos amigos de Nietzsche en Basilea.



Süddeutscher Verlag, Bild-Archiv, Munich

Jacob Burckhardt, colega de Nietzsche en la Universidad de Basilea.

comienzos de 1870, y con el que Nietzsche alquiló una vivienda; Romundt, catedrático supernumerario y gran admirador de Schopenhauer, con quien entabló una progresiva intimidad; y finalmente –y ésta fue la relación más importante– con uno de sus colegas de más edad de Basilea: Jacob Burckhardt, catedrático de Historia del Arte, veintiséis años mayor que él, y por quien sintió gran consideración y respeto. En 1870, Burckhardt había dado un ciclo de conferencias que luego se harían famosas bajo el título «Reflexiones sobre la Historia Universal». Nietzsche consideraba a Burckhardt un «hombre de rara inteligencia». Ambos, que eran más bien de carácter huraño y reservado frente a su entorno, descubrieron sus sim-


Ullstein Bilderdienst, Berlin

Cosima Wagner.

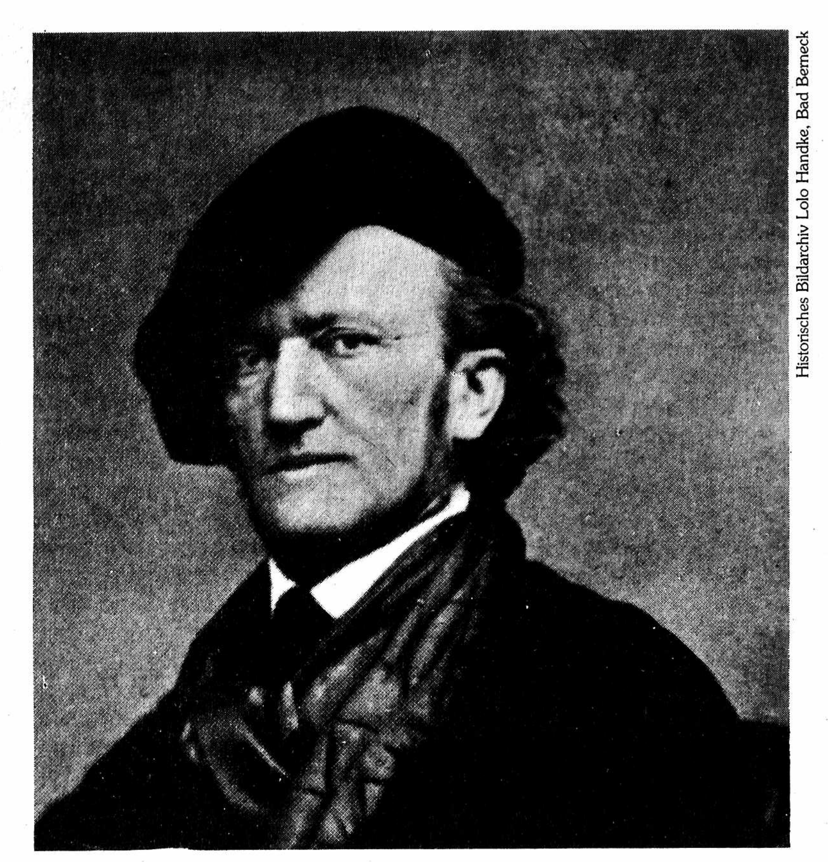


◀ La casa de Wagner en Tribschen, cerca de Lucerna.

patías mutuas al darse cuenta de que profesaban idénticas opiniones estéticas e ideas similares sobre la antigüedad clásica. Pero la relación entre ambos no pasó de ser una respetuosa amistad entre colegas.

La amistad con Wagner

El principal amigo de Nietzsche durante esta época fue Richard Wagner. El músico era treinta y un años mayor que él y residía por entonces en Tribschen, cerca de Lucerna. A Nietzsche le faltó tiempo para renovar sus lazos de amistad con él, y ya en mayo de 1869 fue invitado a visitar el hogar que Cosima dirigía al margen de todo convencionalismo. Cosima von Bülow, esposa de un director de orquesta amigo de Wagner e hija de Liszt, no había contraído aún matrimonio con el músico. Este, al morir su primera esposa en 1866, se había trasladado de Munich a Suiza, huyendo, como de costumbre, de una difícil situación económica, política y social. Co-


Historisches Bildarchiv Lolo Handke, Bad Berneck

Richard Wagner en 1867. La amistad del músico con Nietzsche se encontraba en su mejor momento.

sima le siguió con Daniela y Blandine von Bülow, hijas de su anterior matrimonio, y con Isolda, habida con Wagner. En 1867 le nació a la pareja un nuevo retoño, su hija Eva, y dos años más tarde, un hijo, Siegfried.

A Wagner y Cosima el joven erudito les complacía; la confianza era mutua, y Nietzsche pronto se convirtió en uno de los asiduos de la familia, el huésped que era recibido con mayores muestras de agrado, hasta el punto de que siempre tenía dos habitaciones preparadas para que las usase a su antojo. Nietzsche, por otro lado, acudía a Tribschen siempre que le era posible. Además de estar cerca del genio de la música que tanto admiraba, se encontraba

muy a gusto en ese ambiente familiar poco convencional. El, que desde sus días escolares no se había recatado en pregonar su admiración por la obra de Wagner, sentía ahora un entusiasmo ilimitado por la faceta humana del músico:

«He encontrado a una persona que encarna, mejor que ninguna otra, lo que Schopenhauer denomina "el genio", un hombre singular cuyo interior trasluce esa filosofía. Me refiero, claro está, a Richard Wagner, sobre quien no debes creer ninguno de los juicios u opiniones que se vierten en la prensa ni en los escritos de los especialistas. No hay nadie que le conozca a fondo, y por tanto nadie puede juzgarle, porque los demás viven con los pies sobre la tierra y él está fuera de ella. En él reina un idealismo tan absoluto, una humanidad tan enraizada y conmovedora y una vitalidad tan sublime, que a su lado me siento al borde de lo divino. He pasado innumerables días en su finca situada junto al lago de los Cuatro Cantones, y sin embargo, no deja de producirme asombro su naturaleza siempre nueva e inagotable.»

Nietzsche, deslumbrado por la magia de esta amistad, hallaba quizá por primera vez desde su infancia algo parecido a un hogar. No había vislumbrado aún el lado oculto de la personalidad de Wagner: su carácter dominante, su egoísmo, su carencia de escrúpulos, su manía derrochadora. En 1888, poco antes de su desmoronamiento final, Nietzsche recordará esa relación en las páginas de *Ecce Homo*: «... No quisiera olvidar a ningún precio los días de Tribschen, esos días de confianza, de alegría, de sublimes coincidencias, días de arraigada intimidad... No me importa en absoluto lo que otros piensen de Wagner, porque ni una sola nube oscureció nuestro cielo.» Esta suerte de contar con un hogar le duró a Nietzsche hasta abril de 1872, es decir, casi tres años. Después de esta fecha, Wagner se trasladó a Bayreuth, y en dicha localidad le visitó el filósofo para asistir a la colocación de la primera piedra del coliseo del festival. Esta relación entre ambos sólo se interrumpió en una ocasión: de agosto a octubre de 1870, a causa del alistamiento de Nietzsche como enfermero voluntario en la guerra franco-prusiana. Como residía en Basilea, se había convertido en ciudadano suizo, y las autoridades cantonales impidieron su participación activa en el ejército prusiano. Pero al igual que le había sucedido durante su servicio militar, su contribución terminó prematuramente por enfermedad. En efecto, mientras acompañaba a un transporte de heridos, contrajo disentería y difteria. Su restablecimiento fue lento, y regresó a Basilea enfocando con gran escepticismo una



causa como la guerra y la hegemonía de Prusia, por la que hasta entonces había sentido tanta simpatía. Reemprendió sus actividades docentes y sus trabajos de investigación. Se le reconocía su competencia, y era apreciado como profesor, de forma que la universidad le agradeció que en 1872 rechazase una oferta para trasladarse a Greifswald, pese a que aumentaban su salario de tres mil a cuatro mil francos.

A los veinticinco años Nietzsche había conseguido en su carrera todo lo que se podía desear: era un investigador joven y respetado, cuyos juicios y teorías se tomaban muy en serio; sus alumnos le consideraban un profesor excelente; había conquistado la cátedra a una edad que pocos lo conseguían, y con ella, el escalafón más alto de su carrera; disponía de todos los medios para llevar una vida independiente, y tenía verdaderos amigos. Pero él, que tenía un extraordinario talento, consideraba en su fuero interno que este cúmulo de circunstancias felices sólo eran un paso previo hacia su autorrealización. La seguridad de una cómoda existencia burguesa con obligaciones relativamente reducidas ampliaba su libertad de acción para dedicar su ocio a la investigación, a la labor de crear esa serie de obras que le colocarían en extrema oposición a cualquier convencionalismo burgués, científico y filosófico. No fue el medio quien lo convirtió en un rebelde solitario ni en un profeta iracundo: nada ni nadie le empujó para que asumiera ese papel. Fue él mismo quien eligió su camino, su reacción frente a la ciencia y a la sociedad de su tiempo. El solamente. No hubo ningún otro condicionamiento que no fuera el de su propia naturaleza. Nietzsche llevaba en su interior la fuerza creadora del genio.

El origen de la tragedia

En 1871 Nietzsche publicó en Basilea, en edición pagada de su propio bolsillo, una obra titulada *Sócrates y la tragedia griega*, que más tarde, tras numerosas adiciones, se convertiría en su obra *El origen de la tragedia o Helenismo y pesimismo*, editada a principios de 1872, y que dos años más tarde conocería una segunda edición revisada y aumentada, a la que en 1886 añadiría un nuevo prólogo titulado «Ensayo de autocrítica». Todos estos datos esclarecen un poco la posición clave que esta obra ocupa. Con *El origen*

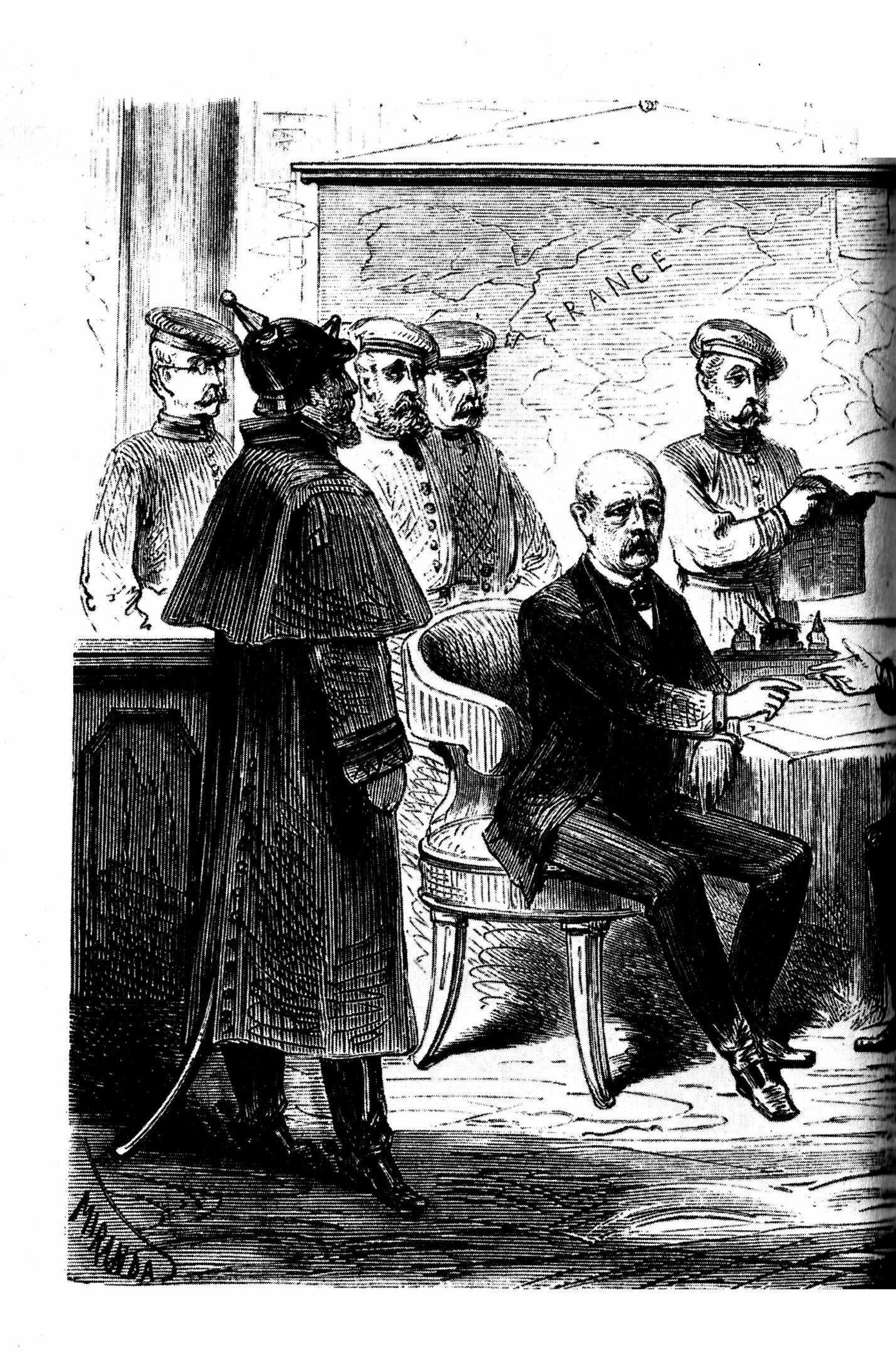
◀ *Los turbulentos tiempos de la guerra franco-prusiana incidieron en la obra de Nietzsche.* Batalla de Gravelotte. *Biblioteca Nacional, París.*

de la tragedia Nietzsche rompe todos los moldes tradicionales de la filología clásica, con gran escándalo por parte de sus colegas que esperaban grandes cosas de él, e inicia su andadura como filósofo, como profeta de una nueva concepción del mundo. En esta obra esboza por vez primera los conceptos y las líneas maestras de su futuro pensamiento, que profesará hasta sus últimas creaciones, cuando trabaja ya en el círculo temático de *La voluntad de poder*. Cierto es que en 1886 adopta un distanciamiento crítico: «Hoy me parece un libro inaceptable, mal escrito, soporífero, penoso, lleno de frases apasionadas e incoherentes, empalagoso aquí y allá hasta lo feminoide, falto de equilibrio, sin un deseo consciente de clarificación...», pero defiende su posición con el mismo acaloramiento que antes, y además de reiterar su estima por Wagner, sólo lamenta su cobardía ante el lenguaje: «¡Qué lástima que no me haya atrevido yo a expresar como un poeta lo que entonces tenía que decir! Quizás lo hubiese logrado.» Por último, las primeras líneas de *Ensayo de autocrítica* revelan los vínculos que *El origen de la tragedia* guarda con la vida precedente de Nietzsche:

«Si se me preguntase el motivo de escribir este libro problemático yo diría que fue una cuestión de primer orden y muy atrayente, y al mismo tiempo, una cuestión profundamente personal; prueba de ello es la época en que surgió, y a pesar de la cual surgió: la turbulenta época de la guerra franco-prusiana de 1870-71. Mientras el fragor de la batalla de Wörth atronaba Europa, el aficionado a sutilezas y enigmas a quien cupo en suerte la paternidad de este libro, escondido en algún rincón de los Alpes, sutil y enigmático, y en consecuencia, preocupado y despreocupado a la vez, escribía sus ideas sobre los griegos que habían de constituir el núcleo de este libro extraño y poco accesible al que está dedicado este tardío prólogo (o epílogo). Algunas semanas más tarde aún permanecía entre los muros de Metz, sin haberse liberado todavía del interrogante de la presunta "serenidad" de los griegos y de su arte; hasta que por fin, en aquel mes de extrema tensión, mientras en Versalles se negociaba la paz, alcanzó también la paz consigo mismo, y restablecido de una lenta enfermedad contraída en campaña, sintió nacer desde el fondo de su pensamiento *El origen de la tragedia del espíritu de la música*. ¿De la música? ¿Música y tragedia? ¿Griegos y música de tragedia? ¿Los griegos y la obra de arte del pesimismo? ¿Pero cómo? ¿Por qué los griegos, la raza más perfecta, bella,

Murallas de Metz (Alsacia). ▶




FRANCE



Bismarck y Faure negocian la paz en Versalles.

envidiada y vital de cuantas la precedieron, por qué ellos precisamente necesitaban la tragedia, y más aún, el arte? ¿Cuál es la razón del arte griego?... Se adivina en qué lugar se situaba el gran interrogante del valor de la existencia. ¿Es necesariamente el pesimismo el signo de la decadencia, de la desilusión, del fracaso, de la fatiga y debilitamiento de los instintos?... ¿Existe un pesimismo de los fuertes? ¿Una inclinación a lo duro, a lo horrible, a lo malvado, a la incertidumbre de la existencia, provocada por la plenitud vital, por el desbordamiento de la existencia? ¿Existe acaso un padecimiento en esta misma plenitud? ¿No hay una valentía temeraria en esa mirada aguda que apetece lo terrible como un enemigo, un digno enemigo, con el que probar su fuerza?»

Las últimas líneas redactadas por Nietzsche en su madurez son ideología alemana; más tarde serán ensalzadas por Spengler como la esencia «fáustica» del alemán y prolongarán su vigencia en las ideas del fascismo y en el sistema filosófico inaugurado por Heidegger. Por lo demás, este prólogo demuestra cómo en su seno se entretejen todos los elementos conceptuales de Nietzsche: sus investigaciones sobre los griegos, su predilección por la música, su estima apasionada por Schopenhauer... De esta mescolanza entre profesión y afición teñida de un fuerte subjetivismo surge la ideología de Nietzsche, su concepción del mundo, que habría de desempeñar un papel capital en la historia futura de las ideas.

El origen de la tragedia, en apariencia al menos, se ocupa de una serie de cuestiones y problemas diferentes. El proyecto filológico de Nietzsche consistía en analizar la génesis y evolución de la tragedia griega a partir de la danza coral ritual del culto a Dionisos, precisamente para probar su tesis de que la tragedia era la fusión de dos formas diferentes de vida. Esta tarea supone un intento de reinterpretar la antigüedad clásica. Además, con esa obra, Nietzsche pretendía justificar y propagar la música de Richard Wagner; por último, en ella se enfrenta por primera vez con lo que él denomina el *espíritu socrático* y le opone una concepción de la existencia y de la historia que en el futuro definirá siempre como *dionisíaca.*

Nietzsche analiza en un principio la dicotomía conceptual entre *lo apolíneo* y *lo dionisíaco*. Estos dos términos ejercerán una función clave en todo su pensamiento. En cierto modo, podrían ser calificados de categorías básicas de su filosofía, en sí misma asistemática. El comienzo de Nietzsche es típicamente schopenhaueria-

Apolo. Templo de Zeus en Olimpia. ▶

Walter Heyer

no: «La apariencia de belleza del mundo del ensueño, en cuya creación cada hombre es un artista completo, es la condición previa de todo el arte plástico...»

En el mundo de la estética del ensueño Apolo desempeña un gran papel:

«Los griegos representaron en su dios Apolo esta dichosa necesidad del ensueño: Apolo, dios de cualquier fuerza creativa, es, al mismo tiempo, el dios augur. El, desde su origen, es el "resplandeciente", la divinidad de la luz, y reina también sobre la apariencia plena de belleza del mundo interior de la fantasía. La verdad más elevada, la perfección de estas situaciones abiertamente opuestas a la realidad cotidiana, difícilmente inteligible, y en fin, la conciencia profunda de la naturaleza saludable y positiva del sueño y del ensueño, son analogías simbólicas de la facultad de adivinación y de las artes en general, por las cuales la vida se hace posible y digna de ser vivida. No debe faltar tampoco en la imagen de Apolo esa línea sutil que la visión del ensueño no debe rebasar, so pena de producir un efecto patológico, pues entonces la apariencia produciría el efecto engañoso de burda realidad: es decir, la mesura, la libertad en las emociones más impetuosas, la serenidad llena de sabiduría del dios de las formas. Con arreglo a su origen, su ojo tiene que ser "resplandeciente como el sol"; aun cuando esté encolerizado y mire con disgusto, el fuego sagrado del resplandor de la belleza no se borra de él. Y así podríamos aplicar a Apolo, en un sentido excéntrico, lo que Schopenhauer afirma del hombre envuelto en el velo de Maya (*El mundo como voluntad y representación,* I): "Igual que un marinero sentado en su bote se enfrenta al mar embravecido que, desatado, levanta y deja caer, con gran fragor, montañas de olas, confiando en su frágil embarcación, así el hombre individual permanece sereno, en medio de un mundo de sufrimientos, apoyado con confianza en el *principium individuationis.*" Sí, se diría que la confianza inamovible en este *principium* y la tranquilidad y serenidad de estar empapado de él reciben en Apolo su expresión más sublime, y hasta cabría calificar a Apolo de maravillosa encarnación en un dios del principio de individuación, en cuyos gestos y miradas nos habla toda la alegría y sabiduría de la "apariencia", al mismo tiempo que su belleza.»

Pero, en medio de la serena claridad de la apariencia de la belleza brota de repente otro momento irracional, cuando las formas de conocimiento de los fenómenos desconciertan o equivocan al hombre, provocando en él un horror espantoso:

«Si a este horror le añadimos el éxtasis lleno de delicias que asciende desde lo más íntimo del hombre por la ruptura del *principium individuationis*, entonces comenzamos a ver la esencia de lo dionisíaco, que comprenderemos mejor por la analogía de la embriaguez. Gracias al influjo de bebidas narcóticas, de las que hablan todos los hombres y pueblos primitivos, o bien gracias a la proximidad cada vez más pujante de la primavera que infunde alegría en la naturaleza, se despierta ese sentido emocional de lo dionisíaco, cuya pujanza disminuye la subjetividad hasta que el individuo se olvida por completo de sí mismo. En la Edad Media alemana, grupos cada vez más numerosos iban de pueblo en pueblo cantando y bailando impelidos por ese ímpetu dionisíaco: en esas danzas de San Juan y de San Vito reconocemos los coros báquicos de los griegos, cuyos orígenes se remontan, pasando por Asia Menor, a Babilonia y a las orgías saduceas. Hay personas que, por falta de experiencia o por estupidez, se apartan de tales manifestaciones como si fueran "enfermedades contagiosas", y creyéndose sanos, se mofan de ellas o las atacan. Tales desgraciados no pueden imaginarse la palidez cadavérica que reviste su "salud" cuando pasa a su lado el torbellino de la vida ardiente de la exaltación dionisíaca.

»Bajo la magia de lo dionisíaco no sólo se opera de nuevo la unión del hombre con el hombre: hasta la naturaleza enajenada, hostil o sojuzgada, celebra otra vez la fiesta de reconciliación con su hijo pródigo, el hombre. La tierra ofrece voluntariamente sus dones, y las fieras de las selvas y de los desiertos se acercan pacíficas y sumisas. El carro de Dionisos aparece cubierto de flores y guirnaldas, y panteras y tigres tiran de él uncidos a su yugo. Transformemos en un cuadro el "Himno a la alegría" de Beethoven y, dando rienda suelta a la imaginación, observemos a millones de seres prosternándose en el polvo llenos de horror: tal es la forma de acercarse a lo dionisíaco. Entonces el esclavo es libre, se rompen todas las cadenas que la pobreza, la arbitrariedad o la "moda atrevida" han establecido entre los hombres. Entonces, con el evangelio de la armonía universal, cada cual se siente no sólo unido a su prójimo, reconciliado, fundido con él, sino uno, como si se hubiera desgarrado el velo de Maya y, hecho girones, revolotease ante la misteriosa "unidad primigenia". Cantando y bailando, el hombre se siente miembro de una comunidad superior: se ha olvidado de andar y de hablar y, danzando, está a punto de elevarse por los aires. Sus gestos denotan esa magia. Al igual que ahora los animales hablan y la tierra produce leche y miel, así también en el hombre resuena algo sobrenatural: el hombre se siente dios y camina con el arrobamiento y el entusiasmo de los dioses en su sueño. El hom-

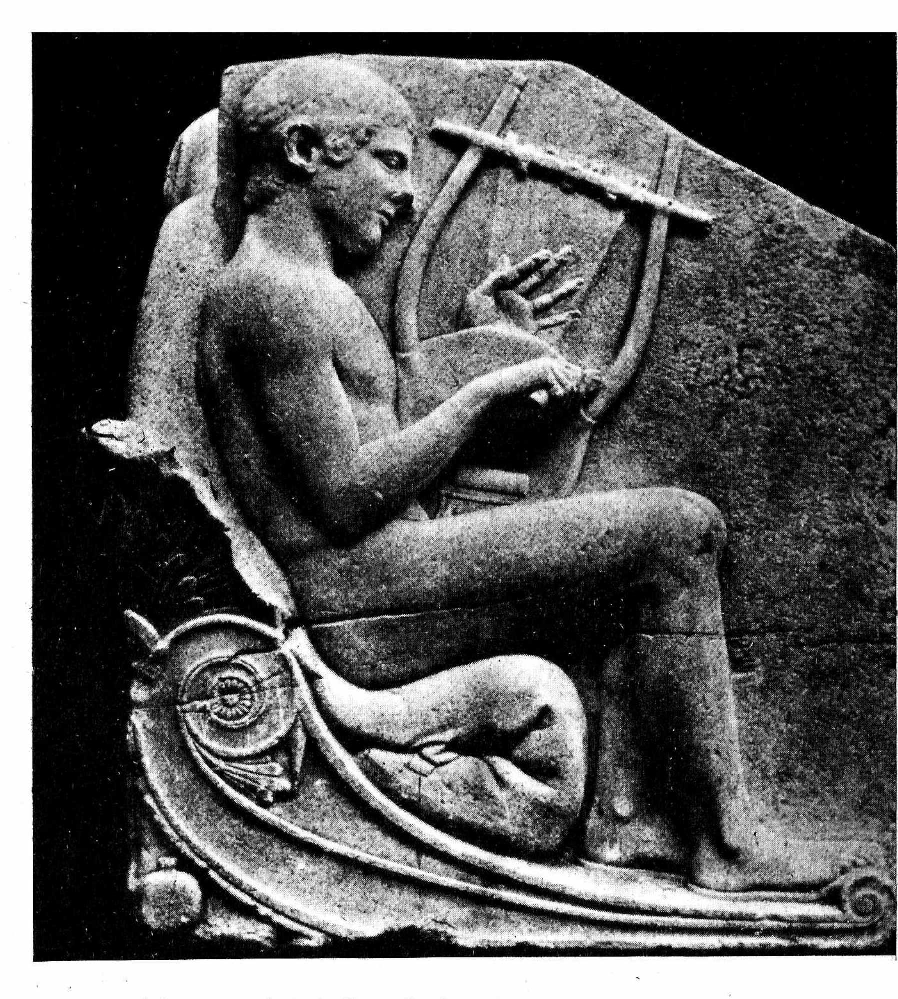
bre, de artista ha pasado a ser una obra de arte: aquí bajo el estremecimiento de la embriaguez se manifiesta la potencia artística de toda la naturaleza, por la honda y placentera satisfacción de la "unidad primigenia". La arcilla más noble, el mármol más precioso, el hombre es entonces modelado y tallado, y en medio del sonido del cincel del artista de mundos dionisíacos se oye el grito de los misterios eleusinos: "¿Os arrodilláis, millones de seres? Mundo, ¿presientes al creador?"»

La dicotomía apolíneo-dionisíaco deriva de la experiencia estética, y expresa poderes artísticos. Pero, casi al punto, Nietzsche puntualiza que se trata de fuerzas que irrumpen desde la misma naturaleza, «sin intervención del artista humano», es decir, fuerzas irracionales; inexplicables e injustificables. Si en el arte apolíneo se

Trono Ludovisi. Detalle de joven tocando la lira. Museum of Fine Arts, Boston. ▶

Dionisos. Vaso griego (hacia –500).





encarna el principio de la belleza, lo dionisíaco no crea por sí mismo formas bellas: se trata más bien de un impulso ciego, irresistible que busca materializarse, expresarse, es el motor del proceso creador.

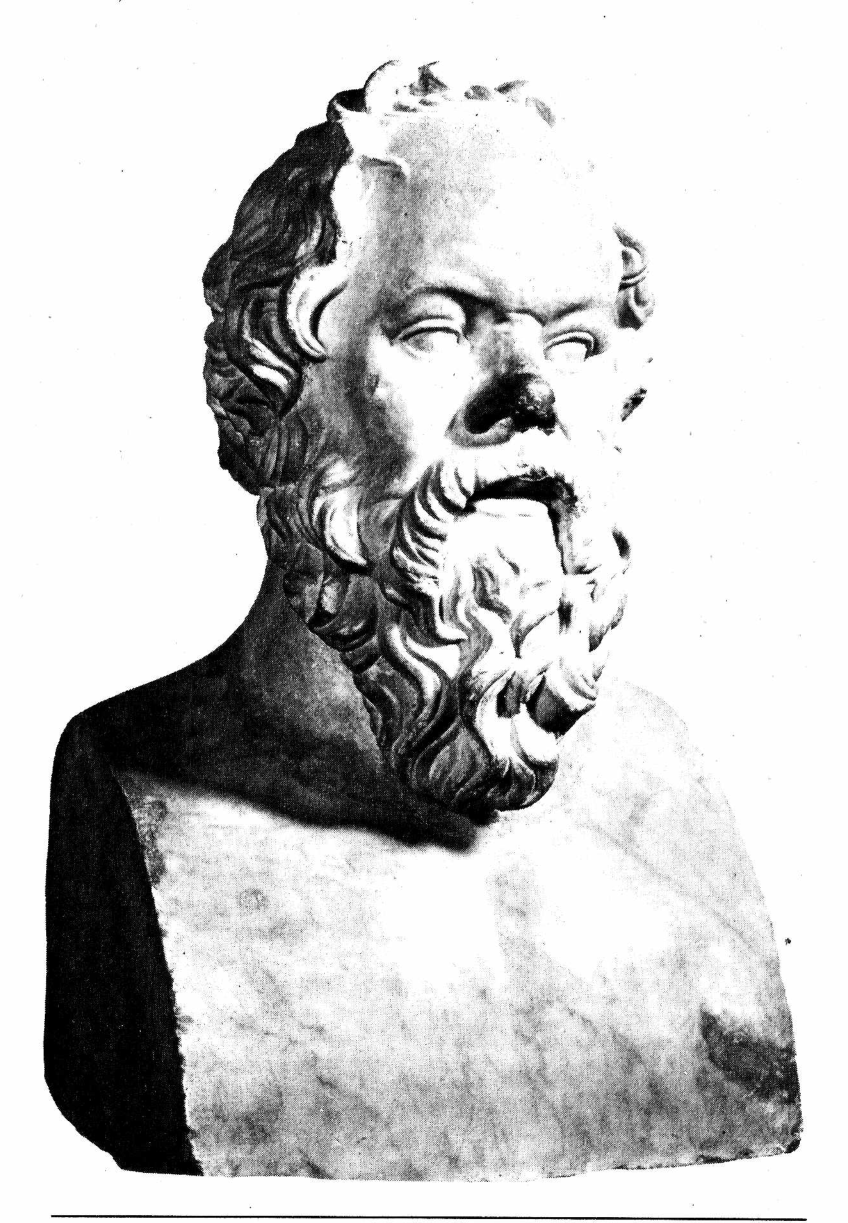
Nietzsche afirma que en la cultura griega primitiva se habían establecido dos formas artísticas ligadas a estos principios diferentes, pero que al fin se fundieron entre sí en la tragedia ática. En el arte helénico, el éxtasis dionisíaco se asoció con determinadas formas apolíneas, y asi salió de su postración. Nietzsche considera que la tragedia griega surgió del coro dionisíaco. Esa danza coral extática quiere decir: la música es el origen del *mythos* clásico. Pero

cuando el *mythos* se representa en el teatro, se convierte en un juego trágico. La experiencia primitiva de lo trágico, de lo místico, se encarna en una forma apolínea.

Pero precisamente cuando la tragedia ática llega al máximo florecimiento, surge, según Nietzsche, su mayor enemigo, que finalmente la aniquilaría: el espíritu crítico del racionalismo filosófico griego, que por su racionalismo y escepticismo no fue capaz de implantar el sentimiento por la asunción del horror y del misterio de la tragedia. Con Eurípedes la tragedia está ya adulterada, y sobre él mismo se abate la sombra de Sócrates. La aporía socrática y la metodología de ella derivada, el espíritu del puro análisis problemático, son, en opinión de Nietzsche, enemigos mortales de la cultura.

«La tragedia griega no terminó como todos los demás géneros artísticos de la Antigüedad, sino que se autoinmoló, a causa de un conflicto insoluble, es decir, trágico, mientras que las demás expiraron, a una edad avanzada, de muerte más bella y serena. Si es propio de un estado natural feliz despedir la vida sin lucha y dejando tras de sí una hermosa descendencia, entonces hay que reconocer que al final de aquellos géneros artísticos de la Antigüedad son fiel reflejo de ese estado natural feliz: desaparecen lentamente mirando con ojos agónicos a su hermosa descendencia, mientras levantan su cabeza con impaciencia y valentía. La muerte de la tragedia griega, al contrario, dejó un vacío enorme, universal y profundamente sentido. En tiempos de Tiberio hubo navegantes griegos que escucharon en una isla solitaria un grito estremecedor: "El gran Pan ha muerto!" Pues de la misma manera resonaba entonces a lo largo y ancho del mundo helénico este quejido lastimero y doloroso: "¡La tragedia ha muerto!..." Dionisos había caído ya de la escena trágica, y precisamente por amor de una fuerza demoníaca que hablaba por boca de Eurípedes. En cierto sentido, Eurípedes no era más que una simple máscara: la divinidad que hablaba por él no era Dionisos, ni Apolo, sino un demonio recién nacido llamado Sócrates. Surge un nuevo antagonismo entre lo dionisíaco y lo socrático, y a sus manos pereció la obra de arte de la tragedia griega.»

Nietzsche, sin embargo, albergaba la convicción de que la cultura occidental, eclipsada a causa de Sócrates y convertida en una huera superficialidad determinada por una concepción científica del mundo, sería redimida por un arte nuevo: la música –simbolizada, por supuesto, por Richard Wagner– sería capaz de revivir de nuevo el *mythos* trágico. Confiaba en que la música lograría disolver la



Sócrates. Museo del Louvre, París.



Internationale Bilder Agentur, Zurich

Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, el filósofo alemán que polemizó con Nietzsche en torno a la valoración de la ciencia en la antigüedad.

vanidad intelectual, la estrechez de miras y las supersticiones del cristianismo, y conduciría al hombre a una existencia nueva. Así, en el capítulo 24 de *El origen de la tragedia* Nietzsche dirige por primera vez sus invectivas contra la Iglesia cristiana, califica a los sacerdotes y acólitos de «duendes malignos», y acaba considerando al cristianismo una creación más del espíritu socrático. Mientras que lo trágico mueve a compasión a los cristianos, y a un hombre no cristiano como Schopenhauer le lleva a concebir su idea de la renuncia, en Nietzsche la conciencia trágica suscita alegría y júbilo por sentir la fuerza de esas pulsiones primitivas hacia el éxtasis primitivo dionisíaco, hacia el caos informe como suelo abonado para la emergencia de lo creativo. El mundo carece de justificación moral, y sólo puede ser comprendido desde un punto de vista estético: como expresión del poder de Dionisos. En este punto, la filosofía de Nietzsche se hermana con las teorías artísticas de Wagner.

La derrota

A Wagner le faltó tiempo para escribir a Nietzsche: «¡No he leído nada más bello que su libro!» Y el 18 de enero de 1872, apenas dos semanas después de su publicación, le confiaba Cosima: «Usted ha conjurado en su libro espíritus que yo pensaba que sólo podía conjurar nuestro maestro.» Hans von Bülow, primer marido de Cosima, y sus amigos Rohde, Von Gersdorff, Burckhardt y Overbeck también aplaudieron la obra de Nietzsche.

Sus colegas, no obstante, no compartían semejante aprobación. Los círculos intelectuales guardaron una prudente reserva y un gélido silencio, pues de alguna forma asumían la obra de Nietzsche como un ataque contra ellos, y así lo percibiría, sin tardar mucho, el joven catedrático, que el 30 de enero, en una carta a Ritschl, intenta romper el muro de silencio:

«Estimado señor consejero privado: espero que no se molestará usted si le digo, con absoluta franqueza, que me asombra no haber escuchado de sus labios la más mínima palabra amable sobre el libro que acabo de publicar, sobre todo porque se trata de una especie de manifiesto, y desde luego, invita a todo menos al silencio. Probablemente el asombrado será usted, respetado maestro, si continúa leyendo: yo creía que de encontrar usted algo prometedor en su vida sería este libro, prometedor para el conocimiento que tenemos de la Antigüedad, prometedor para el espíritu alemán, aun cuando ciertos individuos tuvieran que perecer por ello.»

Ritschl, sin embargo, antes de cumplirse un mes de su aparición, había anotado en su diario: «Libro de Nietzsche *El origen de la tragedia* (= ingeniosa perogrullada).» La *Litterarische Centralblatt* se negó a publicar la recensión de la obra hecha por Rohde. Finalmente, en mayo se editó un polémico escrito de treinta y dos páginas de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff titulado *Filosofía del futuro. Réplica a «El origen de la tragedia» de Friedrich Nietzsche.* Wilamowitz, que con el tiempo llegaría a ser uno de los filósofos más conocidos de Alemania, contaba por entonces veinticuatro años, había sido educado también en Schulpforta y acababa de doctorarse en Berlín. Wilamowitz, en su réplica, salía en defensa de la ciencia de la Antigüedad que Nietzsche contemplaba con tanta ironía:

«En mi opinión, una de las ideas básicas es la evolución regular del mundo, tanto en su vertiente vital como intelectual: miro con

agradecimiento a los grandes espíritus que le han arrancado al mundo sus secretos, posibilitando un progreso paulatino; intento acercarme con admiración a la fuente luminosa de la eterna belleza que irradia el arte, distinto según los diferentes modos de manifestación; y en la ciencia, a la que consagro mi vida, me esfuerzo por seguir los pasos de aquellos que hicieron posible la libertad de mi pensamiento, basada en una sumisión voluntaria: y he aquí que esa obra niega un progreso de miles de años, que aniquila las conquistas de la filosofía y de la religión para entregarse al pesimismo y al abandono que nos llaman con voz agridulce desde el vacío; esta obra hace añicos las imágenes divinas de la poesía y el arte que pueblan nuestro cielo para entregarse a la adoración de un ídolo de barro, la imagen de Richard Wagner.»

Pero Wilamowitz no arremetía sólo contra las ideas filosóficas de Nietzsche, sino también contra sus teorías filológicas, llegando hasta el extremo de afirmar que Nietzsche no estaba al tanto de las últimas investigaciones en su especialidad: no había leído ni entendido a Gottfried Hermann, ni a Karl Lachmann ni a Winckelmann; había confundido muchos datos, desestimado la historia y situado erróneamente textos posthoméricos en la época prehomérica.

Esto supone una derrota para Nietzsche. De nada sirvió que Rohde le aconsejase que conservara su dignidad e ignorase el panfleto; tampoco que Wagner, en una carta publicada en el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, saliese en defensa suya, porque el compositor no podía atacar con argumentos decisivos una crítica científica. Por tal motivo Rohde escribió una réplica erudita bajo el título de «Seudofilología» que apareció en el mes de octubre de 1872. Para defender a su amigo, Rohde atacaba frontalmente a Wilamowitz, tildándole de ignorante y mentiroso y reprochándole además su falta de respeto y su escasa comprensión de los propósitos de Nietzsche. Wilamowitz le respondió a comienzos de 1873 aduciendo que, en el fondo, Rohde le daba la razón y que su trabajo tan sólo demostraba la estrecha amistad que le unía a Nietzsche.

Así terminó la polémica, al menos en apariencia. Nietzsche enseguida se dio cuenta de que la victoria no había caído de su parte, porque los especialistas se adherían a los puntos básicos de Wilamowitz. Las consecuencias que ello tuvo para él no se hicieron esperar: de un plumazo, su reputación de filólogo quedó aniquilada, y hasta los mismos estudiantes se ausentaron de sus clases durante el semestre de 1872-73. Nietzsche observó entonces: «He dado un curso sobre retórica griega y romana sumido en la más

profunda pesadumbre, porque sólo han asistido dos oyentes: un germanista y un jurista.» Al cabo de cierto tiempo, los estudiantes retornaron a sus clases, pero Nietzsche ya no volvió a recuperar nunca su antigua fama como científico. Así lo confesaría él mismo en algunas ocasiones con gran dolor por su parte; diez años más tarde escribirá: «Zaratustra ya no es un sabio».

Ya se había editado *El origen de la tragedia*, aunque no se había desatado la tormenta de críticas descritas en el pasaje precedente, cuando la actividad de Nietzsche en Basilea alcanzó un último apogeo. Entre el 16 de enero y el 23 de marzo de 1872, invitado por la Asociación de Académicos, dio cinco conferencias «Sobre el futuro de nuestros centros docentes», que hay que resaltar por dos razones. La primera, de orden formal: Nietzsche, en *El origen de la tragedia*, había utilizado un estilo retorcido, a menudo oscuro, más propio de un oráculo; sin embargo, en estas conferencias ensaya –bien es verdad que con escaso acierto– la forma del diálogo platónico. Un filósofo –no hay que forzar la imaginación demasiado para ver en él a Schopenhauer– y su joven acompañante –posiblemente el propio Nietzsche– conversan sentados en un banco de la calle Roland, a orillas del Rin. Otros dos jóvenes asisten como testigos mudos a la conversación: uno de ellos simboliza a Nietzsche y el otro recoge rasgos de Krug, Pinder, Deussen y Rohde. Los jóvenes silenciosos se han acercado hasta el Rin para celebrar el aniversario de una sociedad de la que no se cita el nombre, pero cualquiera que esté familiarizado con la biografía de Nietzsche inmediatamente reconoce en ella a «Germania». Por su parte, el filósofo y su discípulo esperan a otro filósofo mucho más importante que no aparecerá. El diálogo se desarrolla en este marco cercano al Rin, descrito en esta ocasión con sus mejores galas folklóricas, y en él se debate el tema de «la cultura», que en realidad supone un ataque frontal contra los institutos y universidades alemanes. Nietzsche contaba por entonces veintisiete años, y seguía siendo, por tanto, un catedrático muy joven; eligió esta forma de exposición –que nunca volvería a emplear– probablemente para enmascarar su propia crítica al revestirla de la autoridad de otro personaje más experimentado y maduro, porque de otra forma sus colegas de más edad se hubieran sentido mucho más ofendidos cuando se les tachaba de triviales y pedantes. El otro punto interesante es que, en estas conferencias, Nietzsche critica en público y por primera vez la cultura alemana y traza un bosquejo del espíritu alemán, que acredita al filólogo de Basilea como un precursor de ese nacionalismo que en nuestro siglo desempeñaría un papel de tan infausto recuerdo.

En cuanto a la forma literaria de estas conferencias, los únicos elementos interesantes –prescindiendo de que el diálogo no es una necesidad interna del texto, sino más bien un pretexto táctico– se reducen a los materiales utilizados en su confección, que fueron recogidos todos ellos de las experiencias personales vividas por Nietzsche hasta esa fecha: los participantes en el diálogo son su ídolo Schopenhauer, sus amigos, y por supuesto, él mismo; el instituto de humanidades objeto de crítica es quizá Schulpforta, y la situación de la escena junto al Rin señala claramente a Bonn, ciudad en la que Nietzsche se había sentido muy infeliz.

En cuanto al contenido, estas conferencias suponen un paso adelante con respecto a *El origen de la tragedia*, y cabe considerarlas una concreción parcial que la última recogía de pasada. El origen de la tragedia era un ataque a Sócrates, y por tanto al espíritu del racionalismo. En las conferencias «Sobre el futuro de nuestros centros docentes» Nietzsche ataca los síntomas palpables de racionalismo que afloraban en su tiempo, es decir, las rígidas concepciones de la ciencia y la intensa especialización que esto conlleva. Pero su crítica apunta también contra otro fenómeno: contra el periodismo como forma de comunicación de la creciente sociedad industrial de su época.

«La división del trabajo en la ciencia persigue, en la práctica, el mismo objetivo que todas las religiones con plena conciencia: la limitación de la cultura, más aún, su aniquilamiento. Pero ese deseo que para algunas religiones es justificado y coherente con su origen y su historia, puede provocar la combustión espontánea de la misma ciencia... En el periodismo... confluyen ambas tendencias: en él se dan la mano la ampliación y la disminución de la cultura; el periódico sustituye a la cultura, y el que se las da de erudito y de culto, se suele apoyar en esa pegajosa capa intermedia que ensambla entre sí todas las formas de vida, todas las situaciones, todas las artes, todas las ciencias, de manera tan firme y digna de confianza como suele serlo el papel de los periódicos. El periódico resume las intenciones culturales del presente, y el periodista ha pasado a ser el servidor, el genio, el libertador y el caudillo de la actualidad.»

Cada uno de los comentaristas de Nietzsche realza aquí un matiz particular. La discusión sobre la cultura se centra –incluso hoy– en los peligros de la excesiva especialización, que amenaza con restringir la interrelación entre las distintas ramas del saber a campos excesivamente particularizados; en este sentido, es indudable que intuyó con extraordinaria nitidez los riesgos del racionalis-



Caricatura aparecida en el Rheinische Zeitung *sobre la libertad de prensa en Alemania.*

mo, al privarse a sí mismo de sus propios frutos; Nietzsche se adelantó en muchos decenios a las críticas que se hacen actualmente a la manipulación cultural, que desemboca en una falsa erudición sin pies ni cabeza. De todos modos, Nietzsche avanzaba una respuesta, un hipotético *positivum*, que en el futuro habría de influir muy negativamente en la ideología alemana: su concepción del espíritu alemán, que insuflaría nueva vida en el cuerpo enfermo de su tiempo y posibilitaría la emergencia de un caudillo carismático. Si bien en *El origen de la tragedia* su teoría de que la cultura alemana, simbolizada sobre todo por la obra de Richard Wagner, podría superar la condición entonces predominante de la barbarie socrática para alcanzar una nueva época de lo apolíneo-dionisíaco, en su

segunda conferencia, sin embargo, Nietzsche propugna encarar la miseria cultural con mayor franqueza:

«Debemos confiar más firmemente en el espíritu alemán, en ese espíritu que se manifestó en la Reforma alemana, en la música alemana; en ese espíritu que ha demostrado en la inusitada valentía y rigor de la filosofía y en ese heroísmo no ha mucho probado de nuestros soldados; esa fuerza de oposición a toda apariencia, de la que cabe esperar también una victoria sobre esa seudocultura tan en boga de la "actualidad". Luchar por introducir la verdadera escuela fuente de cultura e insuflar, especialmente en los institutos, a las nuevas generaciones el espíritu de lo que es verdaderamente alemán: he aquí la tarea que esperamos desarrollen en el futuro los centros de enseñanza. En ella la denominada cultura clásica tendrá por fin su base natural y su único punto de partida.»

Nietzsche ataca también a Hegel, y lucha contra la tendencia progresiva del Estado a fomentar la cultura, porque supone un control paulatino y excesivo de las instituciones de enseñanza. El distanciamiento creciente de Nietzsche frente al Estado alemán-prusiano, derivado de Versalles, le permite ejercitar su poderosa clarividencia y abominar del «Estado como guía de la cultura». Pero, al igual que el futuro nacionalsocialismo, no presta oídos a la necesidad de una sociedad pluralista. Las ideas elitistas de Spengler, George y Jünger, pese a su diversidad, hunden sus raíces en este tronco común:

«Toda cultura comienza con lo contrario de lo que ahora con tono laudatorio se llama libertad académica, con la obediencia, con la subordinación, con la disciplina, con la servidumbre. Y del mismo modo que los grandes caudillos necesitan de sus acaudillados, así éstos necesitan de aquéllos: la jerarquización de los espíritus se basa, en este punto, en una predisposición recíproca, sí, en una especie de armonía preestablecida.»

Esta concepción muestra una ideología romántica rudimentaria. Le falta la idea del pueblo que entraría en juego contra el Estado y su cultura. Pero hay un elemento nuevo en la ideología de Nietzsche con respecto a las ideas expresadas en *El origen de la tragedia*: el desplazamiento del acento de su argumentación desde el plano estético a otro más histórico y actual; gana importancia el hombre inmerso en la historia, en el campo visual de Nietzsche entra el hombre excepcional para competir con el artista insigne. En

G. W. F. Hegel.



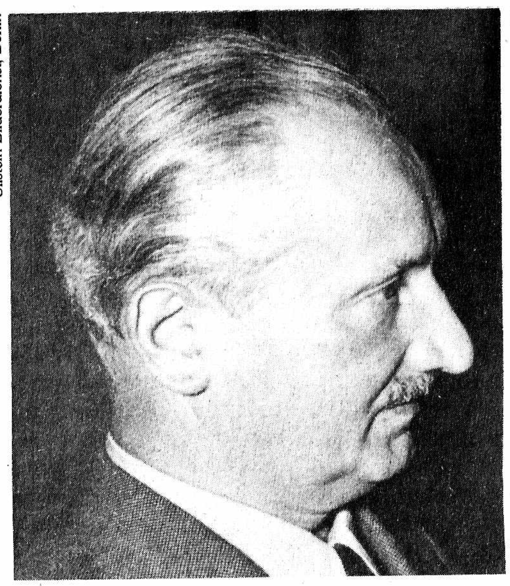
Archiv für Kunst und Geschichte, Berlin

este punto la influencia de Burckhardt debió desempeñar un papel decisivo. Nietzsche había asistido a sus conferencias «Sobre la grandeza histórica» y a menudo había discutido su contenido con su autor. Pero la concepción del bueno y antiguo espíritu alemán que representa la esperanza de emergencia de una nueva cultura trágica es tan provinciana como el origen de Nietzsche.

Sus conferencias tuvieron un gran éxito, y a la burguesía culta de Basilea le gustó, tanto en su forma como en su contenido, la trama ideológica de esta filosofía de la cultura. En aquellos mismos días estaba en el aire el asunto de la contratación de Greifswald, así que Nietzsche prefirió quedarse en Basilea. La primavera era el periodo más afortunado de su carrera docente.

Poco después llegaron los reveses, motivados, como ya se ha apuntado, por la desfavorable acogida de su libro; reveses que, si bien mermaron su crédito como filólogo, no lograron doblegar sus opiniones. El origen de la tragedia era una andanada contra Sócrates y el camino de la ciencia que se iniciaba con él; en consecuencia, el modelo ideal de la cultura griega había que buscarlo en la

Ullstein Bilderdienst, Berlin

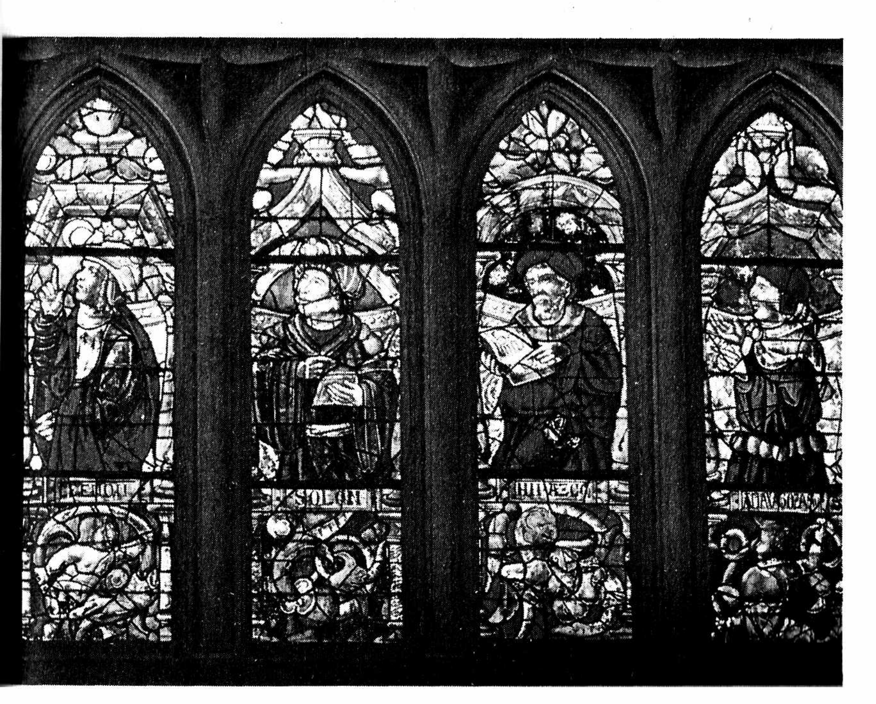


Martin Heidegger.

Solón, Pitágoras, Anaxágoras, Zenón, Heráclito y Tales de Mileto. Vidriera de la catedral de Toledo.

tragedia ática primitiva, y en general, en los filósofos presocráticos. Este es el motivo por el que Nietzsche dio reiteradas conferencias y cursos sobre los filósofos anteriores a Platón en los años 1872, 1873 y 1876, a las que acudieron diez asistentes por término medio. Puede decirse que la vuelta de Martin Heidegger, en su madurez, a los presocráticos, tiene en Nietzsche un precedente directo, y que, en general, su obra se apoya en Nietzsche normalmente con argumentos convincentes y en unas dimensiones quizá hasta ahora no apreciadas en su verdadera magnitud.

En sus primeros tiempos como filósofo, Nietzsche se ocupa de Tales, Anaximandro, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Empédocles y Demócrito, estudiándolos desde una perspectiva ahistórica, aunque legítima desde el punto de vista filosófico: sitúa a estos pensadores por encima de las limitaciones de la historia y del devenir de las ideas y los reúne en una especie de tertulia, como si fueran una elite escogida y excelsa del pueblo de los griegos y de sus descendientes en el reino del espíritu puro. «Otros pueblos –constata Nietzsche– tienen santos; los griegos, sabios. Se ha dicho, y con razón, que un pueblo no se caracteriza sólo por sus grandes hombres, sino por la fuerza con que los reconoce y honra. En otras





Moneda con la figura del filósofo griego Empédocles. Museo Británico, Londres.

épocas el filósofo ha sido un peregrino solitario, producto del azar, que se deslizaba sigilosamente a través de un entorno hostil o se abría paso a puñetazos. Unicamente entre los griegos no es accidental el filósofo.» Nietzsche cree, pues, que la investigación de los textos presocráticos revela más datos sobre el helenismo que el estudio de su historia: «Si interpretáramos correctamente la vida del pueblo griego, sólo en sus genios más excelsos hallaríamos esa imagen reflejada, resplandeciente y de vivos colores.»

Esta idea es una pretensión engañosa, debido al carácter fragmentario de la transmisión de las obras de los presocráticos, de las que sólo se conservan fragmentos y aun éstos suelen estar falseados por interpolaciones posteriores. El fragmento más extenso de los que se conservan es el *Poema didáctico sobre la Naturaleza* de Empédocles, y tiene trescientos cincuenta versos. Integro debió de abarcar unos dos mil versos. No supone un desdoro de las valiosas aportaciones de la filología en este terreno afirmar que los fragmentos de los presocráticos inducen con más fuerza que los testimonios de otros filósofos a interpretar y especular en el más puro sentido de la palabra. Gracias a este hecho, los presocráticos conformaron de alguna forma la conciencia de Nietzsche. El no trataba de reconstruir el pensamiento de dichos filósofos con exactitud –desde el

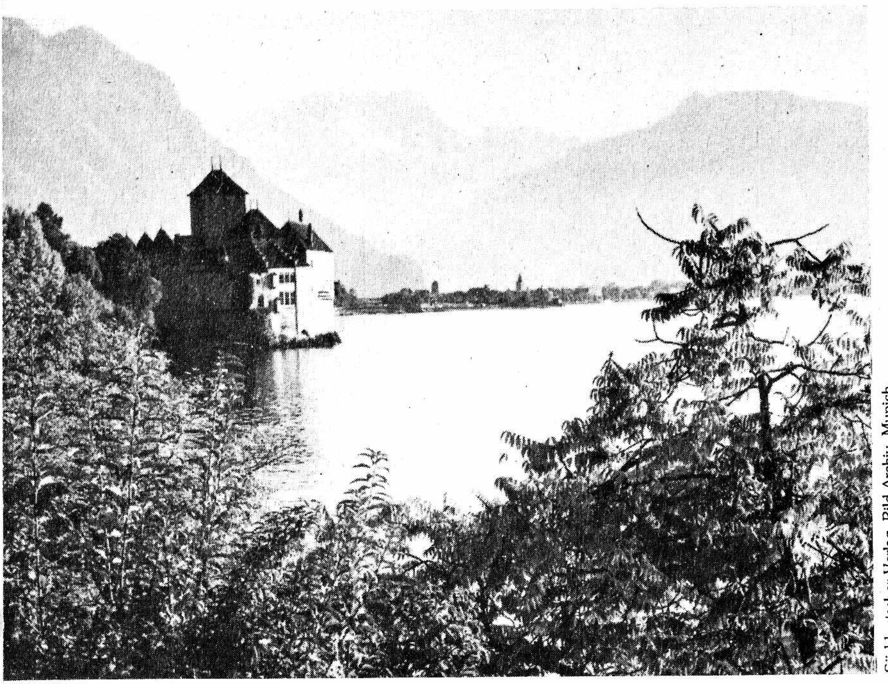
punto de vista filológico– y certeza –desde el punto de vista histórico–, sino de utilizarlo como palanca para sus propias ideas. Esta opción es legítima, sobre todo en un pensador que consideraba a la filosofía como una ciencia no demostrable. Mucho más, en consecuencia, para Nietzsche, para quien la objetividad e imparcialidad del científico se reducía a estúpida pedantería. La filosofía, en cuanto ideología o concepto del mundo, es subjetivismo, puesto que en ella las vivencias individuales y su realización práctica priman siempre frente al entramado teórico de la razón. Esto arroja nueva luz sobre el problema de la verdad objetiva y constituye una consecuencia lógica que Nietzsche escriba en 1873 un pequeño ensayo *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral* en el que observa:

«Así pues, ¿qué es la verdad? Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos; con otras palabras, una suma de relaciones humanas que, acrecentadas, transmitidas y adornadas por la poética y la retórica, y a consecuencia del largo uso, aparecen a los ojos del pueblo como inalterables, canónicas y obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que son metáforas que han perdido ese carácter, monedas que han perdido su valor y ya no pueden ser consideradas como tales, sino como simple metal.»

Nietzsche revela en este pasaje una duplicidad habitual en él: al igual que Marx cuando con su aguda penetración relaciona el sistema ideológico con la situación, Nietzsche apunta aquí ideas que en nuestro siglo desempeñarán un papel decisivo en el enfoque del problema del conocimiento por parte de la sociología y la filosofía. Pero al mismo tiempo, con rigurosa consecuencia, entiende la verdad como una convención ilusoria, e incluso la califica en sentido moral de mentira necesaria. Nietzsche se cerró a sí mismo y al hombre la posibilidad de una verdad «en sí». Este posicionamiento es fruto de su subjetivismo ideológico, y así lo aceptaron los filósofos posteriores que se remiten a él. Sin tener en cuenta sus graves consecuencias, una actitud semejante es comprensible si la analizamos como una reacción frente a la creencia banal en el progreso científico durante el siglo XIX, manifestación, en esa época, de un racionalismo fosilizado que se había revestido de un optimismo ciego. Pero Nietzsche no se proponía en absoluto seguir las modas imperantes en su tiempo en el campo filosófico.

3. Nietzsche en Bayreuth

Si se pondera la importancia del año 1872 en la vida de Nietzsche no es porque sucedan en su transcurso cambios espectaculares o acontecimientos personales sobresalientes: su rasgo esencial consiste en ser una fase de transición, llena de inquietud; en él coinciden una serie de circunstancias que fomentan la propensión del filósofo a derrochar sus propias energías y que quebrantan su débil constitución física. Es el último año del que se podrá hablar de un Nietzsche sano («desde 1873, de una forma u otra, Nietzsche estará enfermo», K. Jaspers). Sus dolores de cabeza, habituales



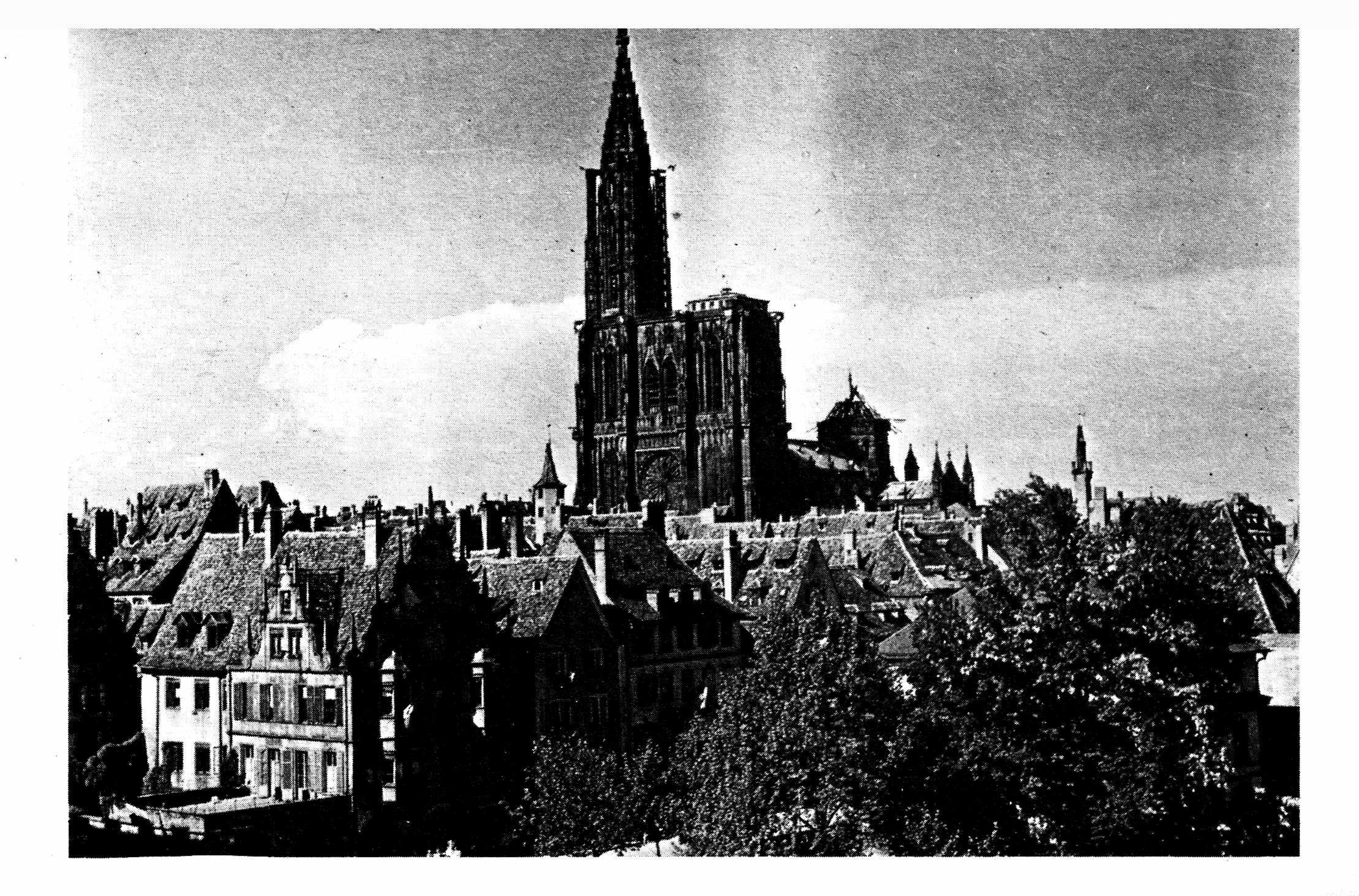
Süddeutscher Verlag, Bild-Archiv, Munich

desde la infancia, parecen soportables; las molestias oculares y los padecimientos de estómago que le sobrevienen como consecuencia de la disentería contraída en la guerra se mantienen dentro de ciertos límites. Este año de 1872 es también el del triunfo y del fracaso de Nietzsche como catedrático. En primavera, los Wagner abandonan Tribschen y se trasladan a Bayreuth. De pronto, el hogar de sus amigos, en el que había sido tan feliz, se aleja y se convierte en un motivo para el constante vagabundeo de Nietzsche en los días que le dejan libres sus obligaciones docentes. A principios de abril examinaba por primera vez la conveniencia de abandonar su cátedra de Basilea para entregarse por entero a la idea de trasladarse a Bayreuth y dar allí ciclos de conferencias. En Pascua se reúne con su viejo amigo Pinder y un médico de Basilea llamado Immermann en el lago de Ginebra, y allí compone la *Meditación de Manfred*. Entre el 25 y el 27 de abril visita por última vez Tribschen, tras la marcha de Wagner, para ayudar a Cosima a empaquetar libros, cartas y manuscritos. Durante el verano, Nietzsche dicta dos cursos: el ya mencionado sobre los presocráticos y otro sobre las coéforas de Esquilo, y asiste al cursillo de Burckhardt que se abre el

◀ *El lago de Ginebra.*



Malwida von Meysenbug, la amiga de Nietzsche a través de la cual el filósofo conocería a Lou Andreas Salomé.



6 de mayo sobre la «Historia de la cultura griega». El 22 de mayo, presencia en Bayreuth la colocación de la primera piedra del coliseo del festival, y por la noche oye en concierto la *Novena Sinfonía* de Beethoven. Von Gersdorff y Rohde asisten también al acontecimiento. Es en esta ciudad donde Nietzsche conoce a Malwida von Meysenbug, a cuya hospitalidad se acogerá en otoño de 1876 en Sorrento, cuando se encuentre con Wagner por última vez. Elisabeth, la hermana de Nietzsche, pasó el verano en Basilea. A fines de junio, Nietzsche se traslada a Munich junto con Carl von Gersdorff y Malwida von Meysenbug para oír el *Tristán* dirigido por Bülow, y constata, maravillado: «Me ha proporcionado usted la vivencia artística más sublime de mi vida.» En la misma carta, envía a Bülow su obra *Manfred*, que éste juzga de forma muy crítica. Nietzsche le contesta, con una cordialidad y ecuanimidad asombrosas en él, agradeciéndoselo. A finales de julio recibe en Basilea la visita de Deussen, y un mes después, la de Malwida von Meysenbug y unos amigos franceses. En octubre fracasa su proyectado viaje por Italia; regresa desde Bérgamo preso de una antipatía repentina hacia ese país. En noviembre se reúne con el matrimonio Wagner en Estrasburgo. Pasa las vacaciones navideñas en Naumburgo con su madre y su hermana, y cultiva la música en compañía de Gustav Krug, su antiguo amigo del colegio; viaja a Weimar para asistir al estreno de *Lohengrin*, y visita a Ritschl en Leipzig. Durante estos meses comienza a manifestarse su desequilibrio nervioso originado por la crítica adversa de los filólogos a su obra *El origen de la tragedia*.

Su vida se caracteriza, pues, por el vagabundeo y la inquietud, por los viajes de aquí para allá para visitar el reducido círculo de sus amigos de siempre, y por la dedicación a tareas intelectuales. Pero Nietzsche no es un investigador minucioso, un esforzado trabajador de la ciencia, sino un espíritu intuitivo e inquieto.

En los años posteriores, Nietzsche, de ser un especialista en filología clásica, pasa a convertirse en un crítico de su tiempo. No hay duda de que este compromiso le atrajo siempre. Ya en su carta a Hölderlin, siendo adolescente, vislumbramos una crítica a los alemanes, y con el correr de los años, el escepticismo sustituirá a su veneración juvenil de la causa prusiana. Sus críticas a la situación de su país eran únicamente el reflejo de su enraizado amor a lo que él llamaba, en tono laudatorio, el *espíritu alemán*, y que en su

◄ *Vista de la ciudad de Estrasburgo, con el imponente edificio de la catedral al fondo. En 1872, Nietzsche se reunió en esta ciudad con Cosima y Richard Wagner.*

opinión se evidenciaba especialmente en la música desde Bach hasta Wagner. Pero, si bien hasta 1872 se dedicaba fundamentalmente a las investigaciones propias de su especialidad y las críticas a su tiempo eran una excepción, a partir de esa fecha la situación se invierte. Quizá su aislamiento como investigador a partir de 1872 aceleró ese cambio. Desde esa fecha cabe afirmar que Nietzsche renuncia a seguir defendiendo sus convicciones en el terreno de la filología clásica, y elige otro camino. El grave quebrantamiento de su salud bien pudo contribuir a su decisión de cambiar de rumbo. La enfermedad se convierte desde entonces en su incómodo compañero de viaje. Entre los años 1873 y 1876 salieron de su pluma sus *Consideraciones inactuales*, cuatro escritos que se publicaron de forma individual y sucesiva y a los que no cabe situar entre las obras capitales de Nietzsche, aunque llevan en su interior el germen del cambio, de la nueva orientación de su autor, y cuya importancia deriva del contexto personal y vital en que fueron esbozados. En esta época se modifica también la relación de Nietzsche con el compositor Richard Wagner, que conduciría, a la larga, a la ruptura entre ambos.

La primera de las *Consideraciones inactuales* se titula *David Strauss, creyente y escritor*, y se abre con un párrafo que incluso hoy conserva su frescura y su vigencia:

«En Alemania, la opinión pública reprime cualquier intento de hablar sobre las consecuencias negativas y perniciosas de la guerra, sobre todo de aquella guerra que ha terminado en victoria; y, sin embargo, se escucha de buena gana a los escritores que alaban a la opinión pública como lo más importante y que rivalizan entre sí por ver quién entona más loas a la guerra y quién de ellos influye más poderosamente en la moralidad, en la cultura y en el arte. Pese a quien pese, hay que proclamar que nada hay tan peligroso como una victoria, porque la naturaleza humana resiste esta última peor que la derrota; diré más: aparentemente es más fácil lograr la victoria que asumirla de manera que no resulte de ella una grave derrota. De todas las perniciosas secuelas que conlleva la última guerra con Francia, quizá la peor sea el error de la opinión pública y de sus adalides de que la cultura alemana ha resultado vencedora también en esa lucha, y que, por tanto, debería ser homenajeada y coronada con las guirnaldas apropiadas para un acontecimiento y un éxito tan memorables. Semejante locura es altamente nociva: no precisamente por su condición de locura –sabido es que existen otros errores saludables y muy beneficiosos– sino por su capacidad para transformar nuestra victoria en una completa derrota consistente en



David F. Strauss, el escritor que fue objeto de una de las Consideraciones inactuales *de Nietzsche.*

Ullstein Bilderdienst, Berlin

el debilitamiento y, posiblemente, en la total aniquilación del espíritu alemán en aras del "Imperio alemán".»

Ideas y argumentaciones como ésta fundamentan la importancia de Nietzsche en su faceta de pensador político. Las motivaciones resultan casi indiferentes. En el caso concreto que nos ocupa, el estímulo se lo proporcionó un pastor protestante, David Strauss, que luchó por defender sus propias convicciones sobre la fe cristiana, y con el cual Nietzsche contrajo importantes deudas en su juventud. La obra *La vida de Jesús*, escrita por Strauss a los veintisiete años, levantó una gran polvareda. Posteriormente abandonó la teología, pero retornó a ella con una nueva versión de su obra de juventud titulada *La vida de Jesús adaptada para el pueblo alemán*. Lo que entusiasmó a Nietzsche de Strauss fue su crítica destructiva del cristianismo, y sin embargo, ahora le atacaba porque ofrecía



Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena

otra religión de recambio: en su obra tardía el teólogo se declara ferviente partidario de una alegría y un optimismo vital basados en la ciencia de su tiempo. Strauss creía que el mundo era lógico y bueno; semejante opinión no podía por menos que irritar a Nietzsche, y si además se añade el escaso afecto que aquél sentía por Wagner, entenderemos por qué el disgusto de Nietzsche se transformó en cólera furibunda. Esta *Consideración inactual*, del mismo modo que la siguiente, es la primera respuesta del filósofo alemán a la confianza ciega y narcisista en el progreso de su época, y no tiene mayor relevancia en la historia de las ideas. La filosofía vital de Nietzsche, de corte dionisíaco, antimoral y hostil contra cualquier racionalismo, apunta también contra la línea de flotación del racionalismo y toda la tradición del humanismo europeo.

La segunda de sus *Consideraciones inactuales* apareció casi a renglón seguido bajo el título *Sobre las ventajas e inconvenientes de la Historia* (1874). La crítica feroz de Nietzsche salpica ya a Hegel y a Eduard von Hartmann (al que llama «bribón de bribones»), pero a grandes rasgos hila más fino en sus análisis que en su ataque contra Strauss. Nietzsche diferencia tres tipos de historia: la épica, la anticuaria y la crítica, según él las denomina. Las tres tienen sus peculiares ventajas e inconvenientes. La historia desde el punto de vista épico inflama e inspira, pero en cuanto que es una historia de héroes, su mensaje sólo tiene valor para los poderosos de este mundo, o para los que aspiran a la grandeza. Pero, ¿acaso es posible la grandeza hoy en día? Esto la historia ya no nos lo revela. Sin embargo, quizá podamos sacar alguna ventaja del examen de la historia «anticuaria». Mas la veneración puramente pasional y conservadora del pasado puede originar hostilidad contra la vida. En efecto, la historia no debe detenerse en una contemplación del pasado llena de respeto, sino también romperlo y desmenuzarlo para poder descifrarlo, y ahí reside su función crítica, puesto que todo cuanto nace, debe de perecer algún día. «Por ello sería mejor que no naciera nada.» La práctica crítica de esta historia conlleva igualmente una deficiencia: «El hombre, en cuanto resultado de muchas generaciones, va acumulando también sus extravíos, pasiones y errores, y aun delitos; liberarse completamente de este lazo es imposible.» La solución de Nietzsche implica una recomendación a una minoría, a una elite futura, a una primera generación, de la que se ocupa cada vez más intensamente:

◀ *«Friedrich el inactual», reza al pie de esta fotografía de Nietzsche.*

«¡Dadme primero vida y yo os daré después una cultura! Tal es el grito de cada uno de los individuos aislados de esta primera generación, y ellos se reconocerán entre sí por este grito. Pero ¿quién les dará la vida?

»Ni un dios ni hombre alguno: su propia juventud; si la desencadenáis, habréis dejado libre la vida; una vida que estaba escondida, encarcelada, pero en modo alguno marchita o muerta. ¡Interrogaos a vosotros mismos!

»Sin embargo, esa vida sin cadenas está enferma y debe ser curada. Padece numerosos males, además del recuerdo de sus ataduras; sufre –y éste es el punto que nos interesa sobre todo– la enfermedad de la historia. El exceso de historia ha anquilosado la plasticidad de la vida, que ya no sabe alimentarse del pasado para mantener su fuerza. El mal que la corroe es terrible, y no obstante, si la juventud no dispusiera de ese don visionario de la naturaleza, nadie sabría que eso es un mal y que se ha perdido el paraíso de la salud. Pero la misma juventud posee ese don de adivinar con ayuda de los eficaces instintos de la naturaleza cómo reconquistar ese paraíso. Sí, ella conoce los jugos vulnerarios y los medicamentos apropiados contra la enfermedad histórica, contra el exceso de lo histórico: pero ¿cómo se llaman?

»Que nadie se asombre porque son nombres de venenos: los antídotos contra lo histórico son lo ahistórico y lo suprahistórico.»

Nietzsche define como *ahistórico* la capacidad de olvido; *suprahistórico* es mirar a lo eterno, al arte y a la religión, tal como Nietzsche los entendía. Quien de este modo pueda desembarazarse de la presión del pasado y potenciar una segunda naturaleza que confíe en sí misma, podrá consolarse al comprender que su primera naturaleza fue una vez segunda, es decir, un producto diluido en la historia. El remedio de Nietzsche peca de impreciso y nebuloso. Su protesta contra la educación histórica del hombre de su tiempo, contra la obligatoriedad impuesta desde la juventud de analizarlo todo haciendo historia, parece muy elaborada, pero la solución que Nietzsche propone es absolutamente inaplicable. Por ello en la tercera de sus *Consideraciones inactuales* se vio obligado a ofrecer un ejemplo de una personalidad fuerte y unitaria, puesto que en las circunstancias de entonces su existencia era perfectamente posible. Así, en la primavera y verano de 1874 ultima *Schopenhauer, educador*. En este escrito, su autor todavía se declara discípulo y admirador de Schopenhauer, pese a que debía de estar a punto de separarse casi por completo de la filosofía de este pensador. Para Nietzsche, el principal atractivo de Schopenhauer residía en su per-

sonalidad de filósofo, tal como él la entendía: Schopenhauer se caracterizaba por su sinceridad, su alegría y su constancia. Frente al optimismo ingenuo de un Strauss, Nietzsche le opone la «alegría verdadera y divertida», la serenidad de un hombre que, consciente de la miseria del mundo, había sabido encontrarse a sí mismo. A Nietzsche le faltaba esa alegría y constancia: es lógico, por tanto, que idealizase a Schopenhauer en su escrito. Por lo demás, éste le da pie para reiterar de nuevo su predilección por la interpretación heroica de la historia: «El hombre heroico mira con la misma indiferencia su bienestar y su malestar, sus virtudes y sus vicios, y en general, al medir las cosas por su medida no espera nada en particular y quiere examinarlas todas hasta ese fondo sin esperanza.» No obstante, Nietzsche albergaba la subrepticia esperanza de que el que persigue la falsedad y sigue la pista de la mentira, al final hallará ese fondo salvador de una experiencia vital positiva. No aclara ni concreta más la posibilidad de semejante experiencia vital. Sus comentaristas resaltan en este punto la cercanía de Nietzsche a las ideas que subyacen en la «experiencia existencial» de Kierkegaard o Jaspers.

El distanciamiento de Wagner

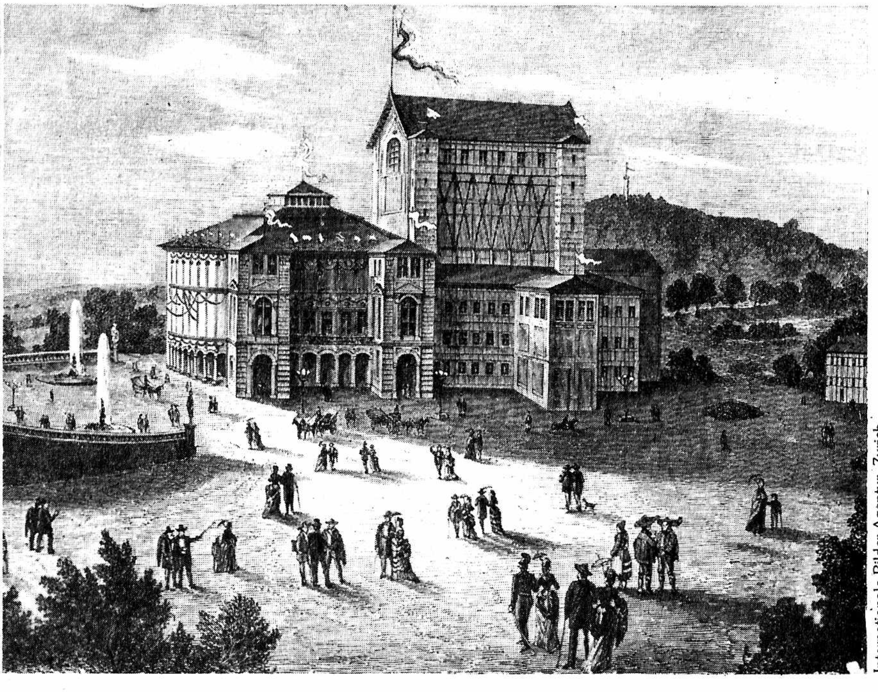
La cuarta de las *Consideraciones inactuales*, titulada *Richard Wagner en Bayreuth*, revela el profundo cambio que se ha operado en Nietzsche, y al mismo tiempo, su solución de compromiso al no patentizarlo y alabar públicamente a Wagner como si nada hubiera pasado. Sin embargo, Nietzsche ya enfocaba desde un distanciamiento crítico el arte wagneriano. Como ya es habitual en él, sus circunstancias personales ejercen un influjo directo en la transformación de su pensamiento. Tras la marcha de Wagner a Bayreuth, y como consecuencia de la distancia, la familiaridad e intimidad con los Wagner disminuyó. En mayo de 1872, Nietzsche presenció la ceremonia de la colocación de la primera piedra del teatro del festival de Bayreuth –como ya se ha dejado apuntado– y a finales de otoño se reunió con el matrimonio Wagner en Estrasburgo. Sin embargo, en las vacaciones navideñas de ese mismo año, Nietzsche rechaza una invitación del músico, lo que contraría a éste bastante. Esta reacción de Wagner hiere la sensibilidad de Nietzsche, y en las vacaciones de Pascua intenta paliar su anterior conducta visitando a los Wagner junto con su amigo Rohde. Allí se da cuenta de que la intimidad de Suiza ha desaparecido. Nietzsche confiaba en discutir con los Wagner la obra que estaba a punto de

finalizar sobre *La filosofía en la época trágica de los griegos*, pero las conversaciones giraban en torno a las preocupaciones que acuciaban a Wagner: la falta de fondos para construir el teatro de Bayreuth y el escaso interés que por él demostraba la opinión pública. Nietzsche se mostró profundamente decepcionado por el desinterés del maestro hacia la filosofía griega antigua, y sobre todo porque vio a un Wagner completamente desconocido: ya no era ese poeta vital, ese músico con el que compartía en el exilio sus alegrías espirituales; no, Wagner se había convertido de repente en una persona que dedicaba todas sus fuerzas a llevar a cabo lo que él consideraba que era la obra de su vida. Esta apreciación desconcertó a Nietzsche, que demuestra su inseguridad y su desconcierto en las líneas que dirige a Wagner el 18 de abril de 1873:

«Respetado maestro: continuamente me asalta el recuerdo de los días de Bayreuth, y las numerosas enseñanzas y experiencias

Richard Wagner en la época de su ruptura con Nietzsche. ▶

Teatro del festival de Bayreuth.



Internationale Bilder Agentur, Zurich



Süddeutscher Verlag, Bild-Archiv, Munich

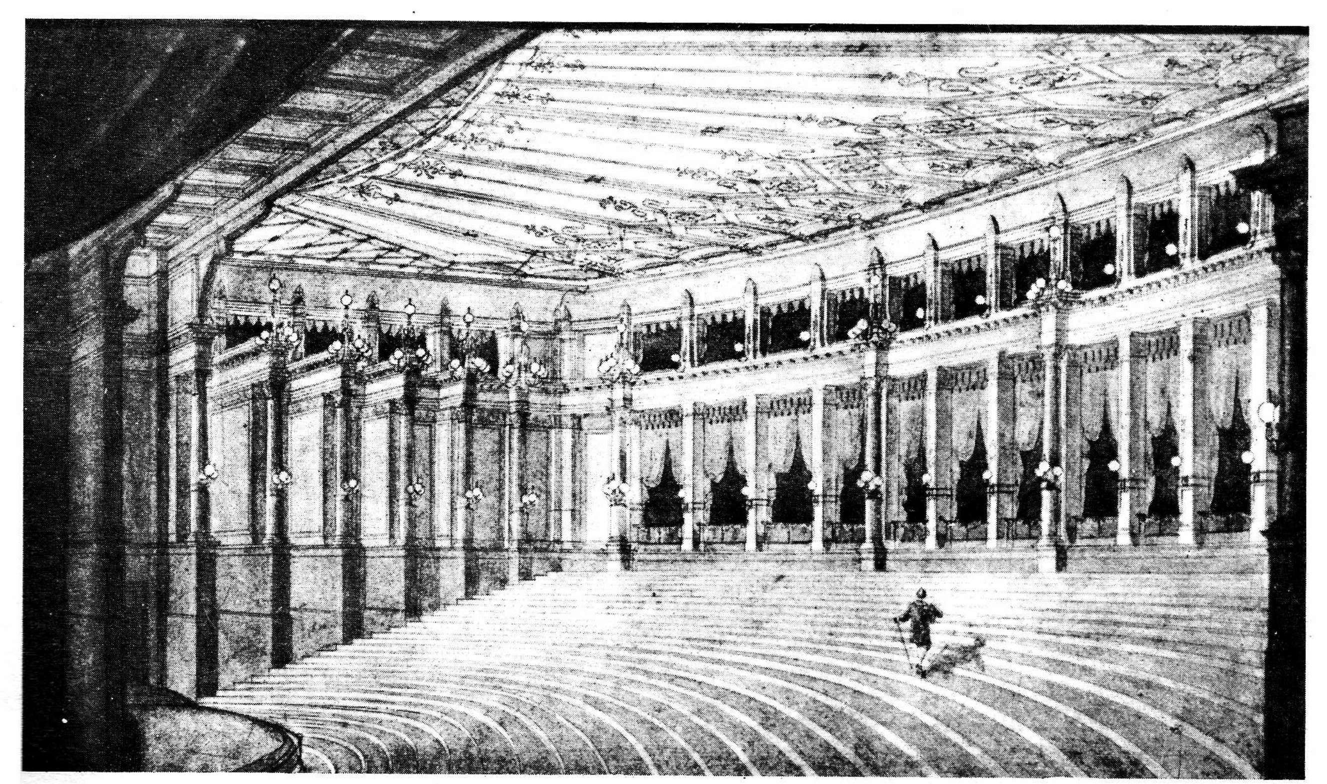
vividas en tan corto espacio de tiempo me abruman cada vez más. Comprendo perfectamente que no se mostrará muy satisfecho con mi estancia, pero esto ya no tiene remedio. Reconozco que yo me doy cuenta de las cosas demasiado tarde; ahora, recordando el pasado, surgen sensaciones y pensamientos nuevos que deseo grabar a fuego en mi memoria. Sé muy bien, queridísimo maestro, que una visita como la mía no debe de resultarle muy agradable que digamos, e incluso sería insoportable en algunos momentos. Con frecuencia me decía a mí mismo que era libre e independiente, al menos en apariencia, pero en vano. En fin, le ruego me considere uno de sus discípulos que espera con la pluma en la mano y el

cuaderno ante sí... He de reconocerlo: cada día que pasa aumenta mi melancolía al darme perfecta cuenta de cuánto me agradaría ayudarle de alguna manera, poder serle útil en algo, pero soy completamente incapaz de ello, y si niquiera puedo aportar mi granito de arena para que usted se distraiga y se alegre.»

Esta carta podría compararse a la de un amante que apenas puede disimular sus celos. Sin embargo, está escrita en un momento en que la dependencia y servilismo de Nietzsche frente a Wagner no es tan grande como aparenta. Unas semanas antes, había confesado a Von Gersdorff que permanecía fiel al compositor «en todo lo esencial, pero que protegía celosamente su libertad en puntos accesorios de menor importancia y en una relativa abstinencia de una convivencia personal más frecuente que me resulta necesaria y que yo definiría casi como "sanitaria"». Estas líneas revelan perfectamente el deterioro de las relaciones entre Nietzsche y Wagner. La admiración del filósofo por el compositor colisionó con la tendencia del primero a no subordinarse, o lo que es lo mismo, a asumir el papel preponderante en cualquier relación interpersonal, incluyendo la amistad. Quizás fueron esos sentimientos de rivalidad los que abrieron los ojos a Nietzsche, los que le forzaron a cambiar su punto de vista con respecto a Wagner y a afrontar con mayor libertad crítica su obra. Estos sentimientos provocaron la transformación, inconsciente al principio pero incontenible, de un cariño exaltado y apasionado en un afecto ambivalente de amor-odio. Quizá contribuyó también a dicho proceso el amor-odio del músico frustrado que fue Nietzsche: debieron de ser numerosos factores imponderables de este tipo los que entraron en juego en el proceso.

No obstante, la amistad no parecía estar seriamente amenazada. En mayo de 1873 escribió a Wagner, con ocasión de su sesenta cumpleaños, una carta muy afectuosa. El otoño brindó a Nietzsche una buena oportunidad para ayudar a su amigo: el comité del teatro del festival le encargó la redacción de un manifiesto para inducir al pueblo a iniciar una suscripción pública. Nietzsche escribió un panfleto inadecuado, la *Exhortación a los alemanes*, en la que lanzaba furibundas invectivas contra los que habían acogido con indiferencia el arte de Richard Wagner. En la asamblea de los delegados de los círculos wagnerianos, celebrada en Bayreuth del 30 de octubre al 3 de noviembre, Wagner fue el primero que rechazó la *Exhortación*, y al final fue sustituida por otra proclama mucho más

Detalle del interior del teatro del festival. ▶



Archiv für Kunst und Geschichte, Berlin

suave de otro autor. El intento de Nietzsche de prestar ayuda a la construcción del coliseo que atravesaba serias dificultades, fracasó. En el verano de 1876, precisamente antes de iniciarse el primer festival en Bayreuth, volvería a salir en defensa de Wagner con la cuarta de sus *Consideraciones inactuales.*

En 1875, Nietzsche había redactado ya los ocho primeros capítulos de la cuarta de sus *Consideraciones inactuales*; en octubre de ese mismo año interrumpió el trabajo, y lo reanudó cuando se convenció de que el festival iba por fin a realizarse, terminándolo en la primavera de 1876. *Richard Wagner en Bayreuth* proporciona más información sobre la evolución del filósofo alemán que sobre Wagner. En este trabajo descubrimos a un Nietzsche ciertamente convencido de la grandeza del arte wagneriano, pero su admiración es mesurada y comedida, le falta la exaltación y el entusiasmo de otros tiempos. Comprende de pronto que el fenómeno Wagner es susceptible de análisis, y examina sucesivamente al hombre, al músico y al escritor. En los capítulos iniciales, Nietzsche traza un certero perfil psicológico de Wagner, analiza su importancia, sus dificultades y su osada lucha. Traza el esbozo de la gran personalidad del músico en el que no falta el parangón con la antigüedad clásica, ni los ataques a la mente racionalista, y que ejerce una influencia negativa en la esfera intelectual. Tras criticar el estado nefasto de la cultura de su tiempo, en el sexto y séptimo capítulos hay pasajes altamente laudatorios, que parecen beber en las fuentes de *El origen de la tragedia* y retratan y celebran a Wagner como dramaturgo ditirámbico. Pero también alude a la *misteriosa rivalidad* a la que una personalidad semejante empuja al observador. *Wagner en Bayreuth* se inició bajo la impresión personal de que una amenaza se cernía sobre los trabajos de Bayreuth, pero al llegar a los últimos capítulos, Nietzsche tiene ya la certeza de la inminente inauguración del festival. Sin embargo, en el transcurso de la redacción la hipótesis incial ha sufrido cambios, y quizá radique aquí el motivo de que este escrito dé la impresión de ser, en conjunto, deslavazado y contradictorio. En este intervalo de tiempo, Nietzsche había perdido su fe en Wagner, y éste es un factor de más peso: la débil apología que hace del compositor es un velo sutil para ocultar la crítica que aflora en los últimos capítulos del ensayo. Por ejemplo, cuando afirma: «Nadie que investigue sobre Wagner, ese poeta y escultor de la lengua, debería olvidar que ni uno solo de los dramas wagnerianos está destinado a ser leído, y en consecuencia, los requisitos que se les exigen a los dramas recitados en aquéllos estorban.»

Con este párrafo, Nietzsche quiere decir simplemente que el

lenguaje de Wagner es deficiente. Lo compara con Demóstenes: «...la terrible seriedad del lenguaje y la violencia en el golpe final» serían rasgos comunes al orador y al compositor; pero en esa comparación, pese a sus ecos heroizantes, predomina la crítica. Wagner carecía de esa alegría desatada que Nietzsche atribuía a Schopenhauer y que le era tan grata. Más adelante dice que el Wagner escritor revelaba esa violencia propia del hombre valiente que, tras amputarle la mano derecha, pelea con la izquierda: «Cuando escribe se manifiesta siempre como un ser enfermo porque le falta la adecuación del estilo, el ejemplo claro y definitivo, y éste a veces es un defecto insuperable.» Por último, Nietzsche pregunta «qué significará Wagner para este pueblo», y responde al final del ensayo: «Algo inaceptable para nosotros, es decir, no el profeta del futuro, como a primera vista podría parecer, sino el intérprete y glorificador del pasado.» Con este juicio –Wagner no es un profeta, un visionario, del futuro– Nietzsche, en vísperas del primer festival de Bayreuth, rompe muchos lazos con Wagner, y reivindica para sí mismo el don profético. Este trabajo, que en apariencia es un homenaje a Wagner, trasluce en realidad su actitud de ruptura con muchas de sus ataduras, entre ellas la concepción reflejada en *El origen de la tragedia* de que el arte podía liberalizar la vida. Su pensamiento se ha transformado: el artista ditirámbico ya no ocupa la cúspide, el arte sólo es capaz de ofrecer una imagen muy simplificada de la complejidad de la vida.

Nietzsche redacta, pues, la última de las *Consideraciones inactuales* en medio de un distanciamiento personal creciente respecto de Wagner. Las primeras decepciones en la amistad habían tenido lugar en 1873: en enero el músico se muestra enfadado por el alejamiento de Nietzsche, y en abril es este último quien se deprime por su visita a Bayreuth. En otoño fue rechazada su *Exhortación*. A principios del verano de 1874 rehúsa una invitación llena de cariño de los Wagner, y prefiere viajar a un pueblo de los Alpes para concluir su obra sobre Schopenhauer. En agosto, Nietzsche y su hermana, con gran alegría por parte de Richard y Cosima, se presentan en Bayreuth, pero el filósofo se mostró muy reservado, y además parecía esforzarse por irritar a Wagner. El 8 y 9 de junio Nietzsche había escuchado a Brahms en Basilea y había comprado la partitura para piano de la *Marcha triunfal*. No dudó en llevársela a Bayreuth para provocar a Wagner, que sentía una profunda aversión por la música de Brahms. Y Wagner estalló: «Me di perfecta cuenta de lo que Nietzsche quería decir: Mira, éste es uno de los que pueden hacer grandes cosas. Bien, pues una noche exploté ¡y de qué manera!» Así fue como dos personas de susceptibilidad


Süddeutscher Verlag, Bild-Archiv, Munich

Nietzsche sabía que Wagner sentía auténtica aversión por la música de Brahms (en la imagen), y lo utilizó para provocar una ruptura que hacía tiempo se venía gestando.

extrema riñeron. Su reacción, sin embargo, fue muy diferente: la cólera de Wagner desapareció enseguida, pero Nietzsche mantuvo abierta esa herida durante mucho tiempo. Después de esta desgraciada visita, éste no regresaría a Bayreuth hasta julio de 1876, con motivo de los preparativos del festival; es decir, estuvo dos años sin ver a Wagner.

El matrimonio Wagner, por su parte, no escatimó esfuerzos en pro de su amigo. Además de saludar con grandes alabanzas su ensayo *Schopenhauer, educador*, no cesaron de preocuparse por su bienestar. Pero por entonces Nietzsche recorría caminos muy diferentes, y no tenía la menor intención de cerrar sus *Consideraciones inactuales* con un panegírico a Wagner. Había comenzado a esbozar un manuscrito titulado *Nosotros, los filólogos*, en el que reformulaba pensamientos ya conocidos sobre el helenismo y la educación. Su interés decayó pronto, y esta obra quedó inconclusa. Este fenómeno constituye un signo más de la evolución, de la inseguridad y de la crisis interna de Nietzsche. Durante el otoño, mantuvo una intensa relación con un grupo de compañeros jóvenes de Basilea que le sacó de la monotonía. Al terminar el año pasa por momentos de depresión. Wagner intenta sacarle del marasmo

aconsejándole, en una carta que desprende cariño y amistad, que imprima nuevos rumbos a su vida:

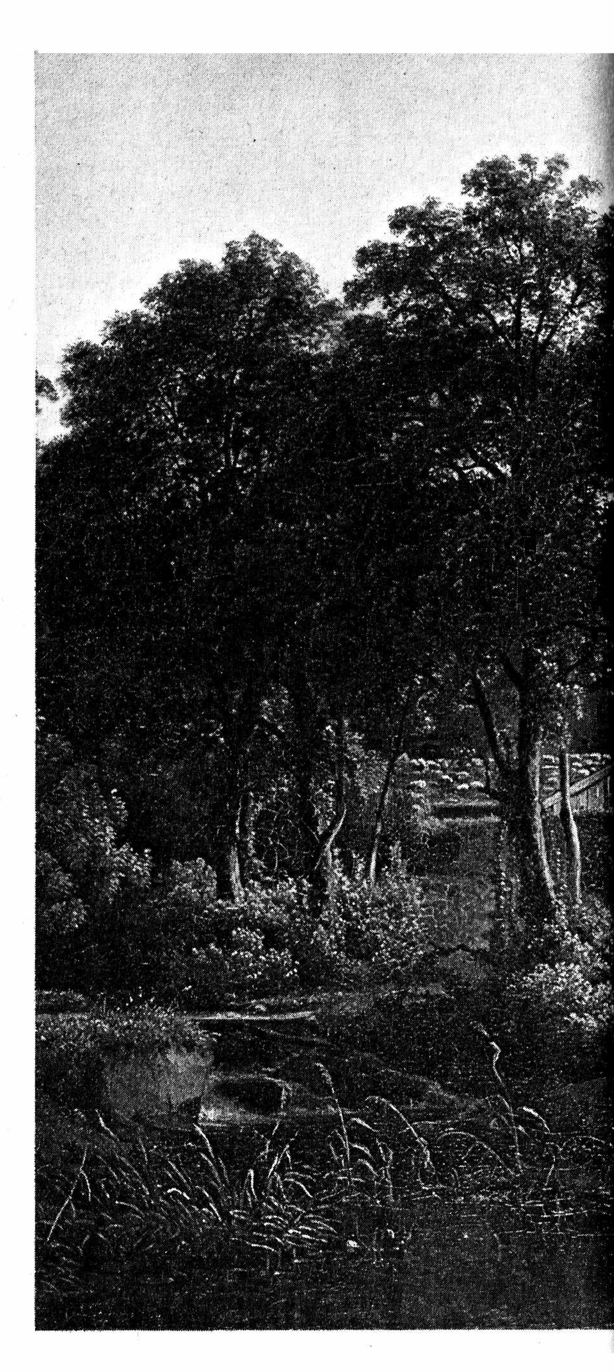
«Su carta nos ha hecho preocuparnos más por usted si cabe. Mi esposa le escribirá uno de estos días con más detenimiento, porque yo sólo dispongo en este momento de unos pocos minutos que querría dedicarle –quizá con disgusto por su parte– para referirle algo de lo que hemos hablado sobre usted. Creo que yo no he entablado en toda mi vida una relación con hombre alguno como la que usted soporta con otras personas en esos atardeceres de Basilea: y si todos son hipocondríacos, entonces realmente no merece mucho la pena... Creo que debería casarse o bien componer una ópera; ambas cosas le resultarían muy beneficiosas. Yo, en particular, le aconsejo el matrimonio.

»Mientras se decide, yo le recomendaría un paliativo; sin embargo, usted dispone su botica con tal antelación, que el remedio es inaplicable. Le pondré un ejemplo: hacemos los arreglos pertinentes en nuestra casa y le preparamos un alojamiento; a mí nunca se me presentó una ocasión semejante, en los momentos de estrechez; a la vista de tales circunstancias sería lógico que usted pasase las vacaciones de verano con nosotros. Pero no: usted, con una exquisita cautela, nos comunica a comienzos del invierno que ha decidido pasar sus vacaciones veraniegas en Suiza ¡en una montaña alta y solitaria! ¿No es esto un diplomático rechazo de una posible invitación nuestra? Nosotros podemos servirle de ayuda: ¿por qué, entonces, la desdeña? Incluso Von Gersdorff y todo su círculo de amigos podrían pasar aquí la temporada...

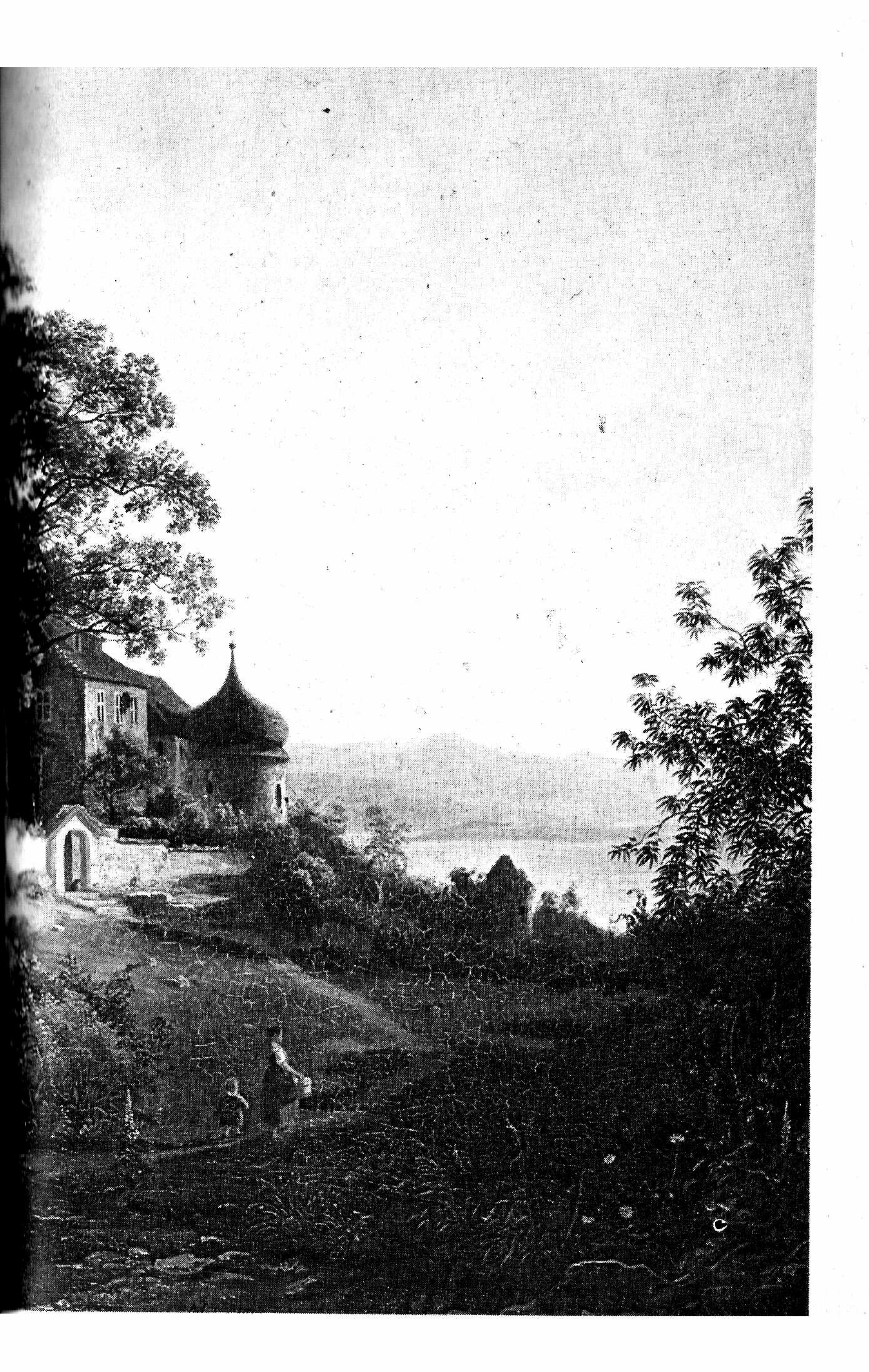
»Prefiero no seguir hablando de usted, porque es inútil.

»¡Por Dios! ¡Cásese con una mujer rica! ¿Por qué tendrá que ser precisamente Von Gersdorff un hombre? Viaje, enriquezca sus conocimientos y su persona con esas maravillosas experiencias que hacen a Hillebrand un autor tan enriquecedor y envidiable (en su opinión), y componga usted su ópera, que será muy difícil de representar. ¡Ha debido de ser Satán quien le ha convertido en pedagogo!»

En enero de 1875 Cosima Wagner preguntaba a Nietzsche por carta si su hermana Elisabeth estaría dispuesta a ocuparse de su casa y de sus hijos en Bayreuth mientras ella y su marido marchaban de viaje. El contestó afirmativamente: la idea de comprometerse otra vez con sus amigos, sin implicarse él personalmente, le pareció muy oportuna. Pero, durante este periodo no todo fue frialdad: Nietzsche tuvo también momentos de auténtico entusias-



En el bello marco de los bosques de Baviera esbozó Nietzsche sus primeras ideas sobre Humano, demasiado humano.



mo por Wagner. En la Pascua de 1875 adquirió la partitura para piano de *El ocaso de los dioses*, recién publicada, y escribió a propósito de ella: «Es como gozar el cielo en la tierra.» Este mismo año inició su ensayo *Wagner en Bayreuth*, con la única intención de ayudar a su amigo. En agosto del mismo año, Nietzsche, mientras se sometía a un tratamiento de hidroterapia en Steinabad (Selva Negra), escribió a Rohde: «¡No estoy en Bayreuth!... Casi no me cabe en la cabeza. Mi alma pasa allí casi todo el día, revoloteando como un fantasma alrededor de Bayreuth... Muy a menudo, durante mis paseos, dirijo para mí mismo numerosos pasajes musicales que me sé de memoria, y además los tarareo.» Dos meses después, en otra de sus cartas a Rohde, le confiesa: «Mi ensayo titulado *Richard Wagner en Bayreuth* está casi concluido, pero no verá la luz porque queda muy lejos de lo que me exijo a mí mismo; en consecuencia, su único valor en lo que a mí respecta es el de analizar el espinoso asunto de nuestras relaciones hasta la fecha. No estoy por encima y me doy cuenta de que no he llegado aún a analizarlo por entero: ¿cómo entonces voy a ayudar a otros?»

Nietzsche juzgaba su fracaso personal con Wagner como el asunto más grave de su vida. Sin embargo, como ya se ha dicho, el trabajo quedó concluido en la primavera de 1876, e impreso en el mes de julio. Nietzsche, con el alma en vilo, envió dos ejemplares a Bayreuth: «Esta vez no puedo ni siquiera entrever cuál será su reacción al leer esta obra.» Los temores de Nietzsche eran infundados. Wagner, sobrecargado de trabajo, no reparó ni en la nueva orientación del pensamiento de Nietzsche ni en su punzante crítica. Esta fue su respuesta: «¡Amigo mío! ¡Su libro es formidable! Pero, ¿de dónde ha sacado usted tantos datos sobre mí? Venga a Bayreuth y acostúmbrese a sacar sus impresiones de la experiencia.»

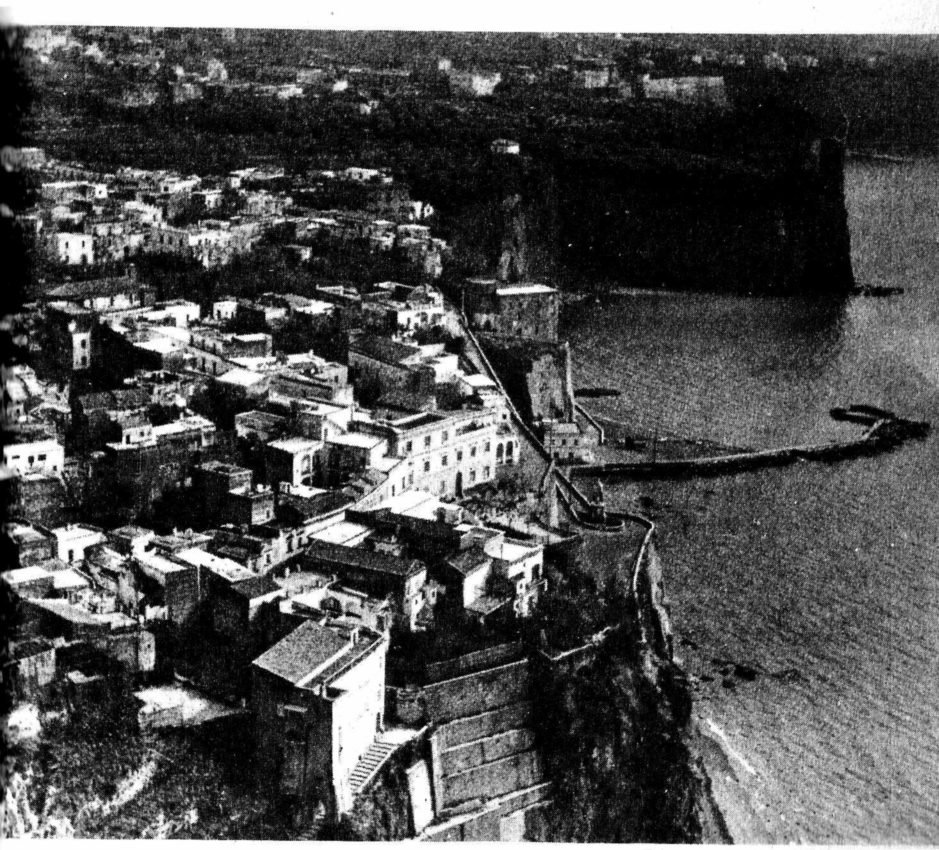
Nietzsche aceptó enseguida la invitación, y a finales de julio llegó al hogar de los Wagner. Apenas habían transcurrido unos días se lamenta a su hermana: «Ansío marcharme de aquí... Las largas veladas artísticas me resultan tediosas... Estoy hasta la coronilla.»

Al descontento en el plano estético se unió un repentino empeoramiento de su estado de salud. Nietzsche escapó de Bayreuth antes del primer ensayo general, y se trasladó a los bosques de Baviera, en donde esbozó sus primeras ideas sobre *Humano, demasiado humano*. Este hecho demuestra claramente cuánto se había alejado de todo lo relacionado con Wagner. Diez días después, y a petición de su hermana, regresó a Bayreuth para asistir al estreno de *El oro del Rin*, y aunque permaneció en la ciudad, ya no presenció las demás representaciones del *Anillo*.

Nietzsche había roto ya en su interior los lazos con Wagner.

Doce años más tarde, en su obra *Nietzsche contra Wagner*, recordaría el proceso: «En el verano de 1876, mediada la época del primer festival, ya había roto en el fondo de mi alma con Wagner. Yo no soporto la ambigüedad; desde que Wagner se trasladó a Alemania, comenzó a mostrarse condescendiente con cosas que desprecio: hasta con el antisemitismo... Era hora de zanjar de una vez el asunto, y los hechos me han dado la razón. Richard Wagner, el aparentemente siempre victorioso Wagner, era en realidad un desesperado y corrompido decadente que se postró, como un ser desvalido y quebrantado, ante la cruz cristiana...» El último encuentro tuvo lugar en Sorrento durante el otoño de ese mismo año. Nietzsche se encontraba en dicha localidad con Malwida von Mey-

Sorrento, escenario del último encuentro entre Nietzsche y Wagner.



Süddeutscher Verlag, Bild-Archiv, Munich

senbug pasando el invierno, y los Wagner, quizá por azar, eligieron también Sorrento para disfrutar un mes de vacaciones (5 de octubre–5 de noviembre). A punto de finalizar esta estancia, un día, mientras paseaban, Wagner inició una conversación sobre *Parsifal*, obra que estaba pergeñando por entonces. El compositor hablaba con aquella vitalidad y desbordamiento imaginativo que le caracterizaban, y que Nietzsche tanto había amado en el pasado. Wagner reveló también cuán entregado estaba a estructurar e inscribir motivos específicamente cristianos en la temática de *Parsifal*. Nietzsche escuchaba, rodeado de una muralla de silencio, y de repente, se disculpó y desapareció en la oscuridad. Ya no se verían nunca más.

Aquí terminó la amistad más importante dentro de la vida de Nietzsche. Hubo de esperar a 1878 para que se hiciera oficial y patente una ruptura que hasta entonces había sido celosamente silenciada. Fue una especie de epílogo personal. En enero de ese año, Wagner mandó a Nietzsche, sin premeditación alguna ni sombra de rencor contra su amigo, un ejemplar de *Parsifal*. Nietzsche no le contestó, pero no le ahorró críticas entre sus amigos. En mayo envió a los Wagner su obra recién editada *Humano, demasiado humano* con una dedicatoria absurda. Los ataques mal disimulados de Nietzsche contra Wagner, que en la obra recibe el único calificativo de *el artista*, hirieron –y con razón– a sus amigos en Bayreuth, pero éstos guardaron silencio hasta agosto, momento en que Wagner publicaba en *Bayreuther Blätter* un artículo titulado «El público y la popularidad», en el que de forma soterrada criticaba con sarcasmo el pensamiento de Nietzsche. Por lo demás, Wagner, conocido por su tendencia a difamar a sus amigos, se comportó con gran comedimiento. Hasta la misma hermana de Nietzsche medió en Bayreuth para evitar la ruptura, pero todo fue inútil: los lazos entre ambos se habían roto definitivamente.

4. La conciencia de la enfermedad

«Estoy llegando al final de los 35 años, edad que, durante mil quinientos años, ha sido considerada "la mitad de la vida". A esa edad perfiló Dante sus visiones, según recuerda en el primer verso de su poema. Yo me encuentro ahora en la mitad de la vida, pero tan "rodeado de muerte" que puedo morir en cualquier momento; el tipo de mis dolencias me hace pensar que moriré de manera repentina, en medio de convulsiones; yo preferiría cien veces más una agonía lenta y lúcida, durante la cual pudiera hablar con mis amigos, aun a costa de mayores sufrimientos. En este aspecto me siento terriblemente envejecido, quizá también porque mi vida ya ha dado sus frutos. He alimentado la lámpara de aceite, y no lo olvidaré. En realidad ya he pasado la prueba de fuego de la vida: muchos tendrán que pasarla tras de mí. Los incensantes y dolorosos padecimientos no han doblegado hasta hoy mi ánimo, e incluso en ocasiones me siento más alegre y benévolo que en toda mi vida pasada: ¿a quién atribuir este influjo reconfortante y saludable? Desde luego, al hombre, no, porque excepto unos pocos, todos los demás se han "escandalizado de mí" en los últimos años, y no han vacilado en demostrármelo.»

Nietzsche, en estas líneas dirigidas el 11 de septiembre de 1879 a su amigo Peter Gast desde St. Moritz, insiste en las graves dolencias que le aquejaban desde la época estudiada en el capítulo anterior. Ahora, a los diferentes padecimientos físicos, casi constantes a lo largo de toda su vida y que aumentaron paulatina y progresivamente en intensidad, se suma ese mal social, conocido desde su infancia: la dificultad de relacionarse con los demás, que se pone de manifiesto en las desmedidas exigencias que reclama a sus amigos. El afecto de su profesor Ritschl, su amigo paternal de antaño, se había apagado mucho antes de su muerte, acaecida en 1876; también la amistad con Rohde, que había obtenido una cátedra en Jena, se relajó. Rompió con Von Gersdorff cuando, a punto de contraer matrimonio con una joven italiana, Nietzsche se entrometió en su vida privada para intentar disuadir a su amigo de

semejante enlace. Otros amigos ocuparon el vacío dejado por los antiguos: Malwida von Meysenbug, Paul Reé, y sobre todo Henrich Köselitz, más conocido en la bibliografía de Nietzsche por el seudónimo de Peter Gast.

El joven músico Peter Gast llegó a Basilea en 1875 para conocer a Nietzsche en persona. Venía fuertemente impresionado por la lectura de sus escritos, pero el contacto personal con Nietzsche, a cuyas clases asistía, potenció su admiración por el filósofo hasta el punto de que, en adelante, siempre permanecería vinculado a él. Por otro lado, a Nietzsche le agradó Gast como hombre y como músico, y no tardó en convertirse en una persona indispensable para él, aunque exclusivamente por razones de tipo práctico: por su hermosa y legible caligrafía. Gast escribía cuanto Nietzsche le dicta-



Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlín 1942)

El joven músico Peter Gast, una de las pocas personas que permanecieron vinculadas a Nietzsche hasta su derrumbamiento final.

Elisabeth Nietzsche.



Friedrich Würzbach:
Nietzsche (Propyläen Verlag, Berlín 1942)

ba, y luego lo pasaba a limpio, dejando las hojas listas para la imprenta. Pronto acumuló Gast méritos suficientes ante su maestro, granjeándose su confianza. Un año después de los acontecimientos de Bayreuth, Nietzsche entabló amistad con el pintor y escritor Reinhard von Seydlitz. Sin embargo, a la vista del desarrollo de su enfermedad, la abnegación de Gast se reveló insuficiente: necesitaba cuidados continuos; es en este momento cuando su hermana Elisabeth comienza a ocuparse de muchos de sus asuntos, cobrando progresivamente cada vez más importancia en su vida. Desde agosto de 1875 ambos hermanos viven juntos en Basilea. Al mismo tiempo, Elisabeth tenía que cuidar a su madre, que residía

en Naumburgo; por eso, la ayuda que prestaba a Nietzsche era esporádica, a pesar de que su hermano la necesitaba cada día más. La vida del filósofo seguía fluctuando entre Basilea y otros muchos lugares de Alemania, Italia y Suiza, ya fuera para visitar a sus amigos, o más frecuentemente por motivos de salud, es decir, para procurar combatir sus progresivos dolores mediante cambios frecuentes de clima. Nietzsche no cesó de buscar un entorno que mejorara su deteriorada salud física y psíquica.

En 1876 y 1877 intentó solucionar el problema atendiendo las recomendaciones que Wagner le había hecho en 1875: acarició la idea del matrimonio como un remedio para serenar su errabunda existencia. Uno de sus muchos viajes de convalecencia fue el que durante los meses de marzo y abril de 1876 hizo al lago de Ginebra. Su amigo Von Gersdorff le acompañó, y juntos leyeron *Los novios*, de Manzoni. Durante su estancia, conoció a una joven holandesa llamada Mathilde Trampedach. Pocos días después, y tras un largo paseo de cuatro horas, Nietzsche le pidió que se casara con él. Efectuó, claro está, su petición por escrito, y precisamente la víspera de su partida. Nietzsche, a quien sin duda un paso semejante debía potenciar sus inhibiciones, se decidió a pasar a la acción al saber que Mathilde Trampedach había leído *Excelsior*, de Longfellow, y se había identificado con el concepto de la vida que desarrollaba esa obra. Se decidió, pues, a escribirle las siguientes líneas, que querían ser amables, pero que, en el fondo, dan impresión de torpeza y de una cierta descortesía:

«*Ginebra, 11 de abril de 1876*

»Señorita: como usted va a escribirme esta noche, yo quiero corresponderle.

»Haga usted acopio de todo el valor de su corazón, y no se asuste por la pregunta que voy a dirigirle: ¿Quiere usted casarse conmigo? Yo la amo y en el fondo de mi corazón siento que me pertenece. No voy a explicarle este afecto repentino, ni pretendo disculparme de nada, puesto que no existe en todo ello culpa alguna. Quiero saber si sus sentimientos corresponden a los míos. Nosotros nunca nos hemos sentido extraños, ni un solo instante. ¿No cree que el matrimonio nos haría más libres y más felices de lo que podríamos ser estando separados, es decir, más excelsos? ¿Se atreverá usted a partir conmigo para ser más libre, mejor y más sincera? ¿Se atreverá a correr conmigo los caminos de la vida y del pensamiento? No guarde silencio, sea sincera conmigo. Exceptuando a nuestro común amigo, el señor Von Senger, nadie tiene noticias de esta carta ni de la pregunta fundamental que en ella formulo. Ma-

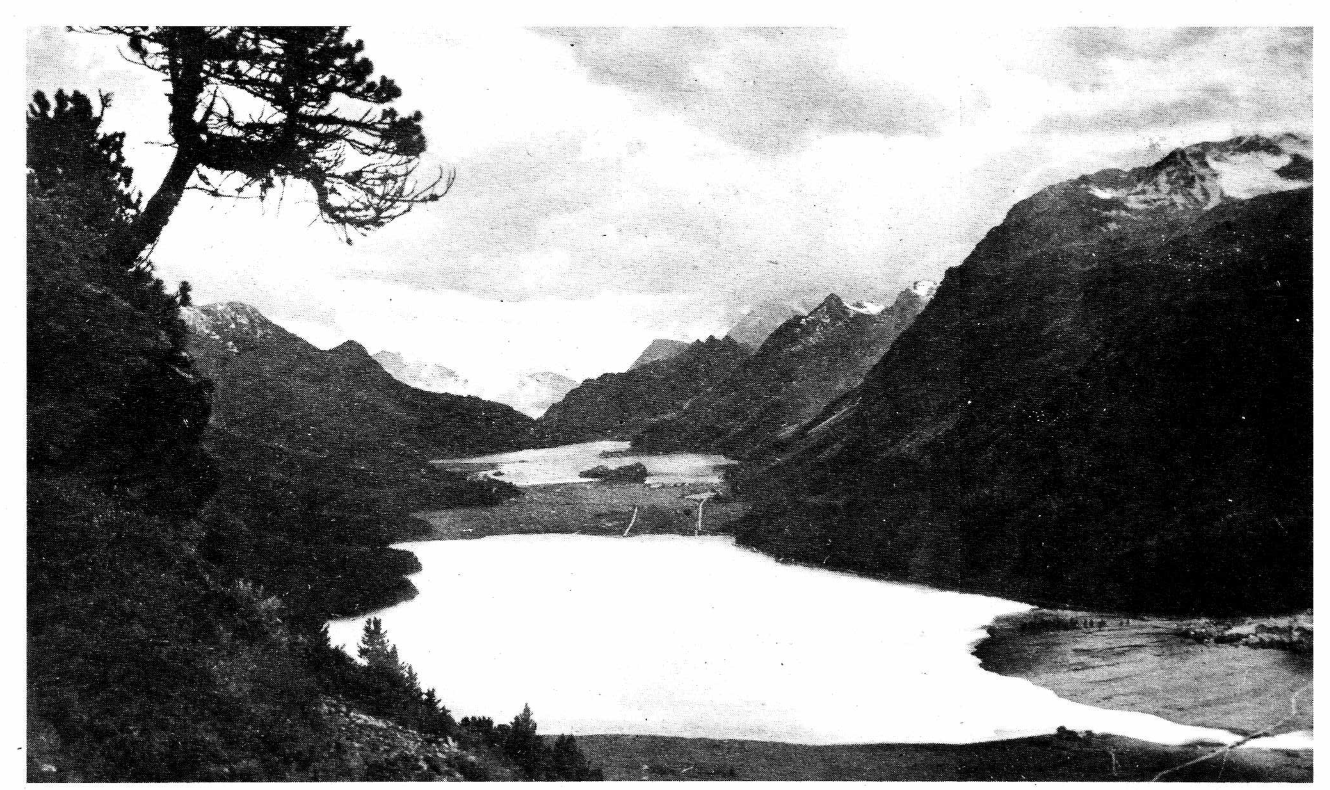
ñana, en el expreso de las 11, emprendo el viaje de regreso a Basilea; no puedo retrasarlo, por eso le adjunto mi dirección en esta ciudad. Si la respuesta a mi pregunta es ¡sí!, le pediré a usted las señas de su señora madre para escribirle inmediatamente. Si usted se decide con rapidez, puede contestarme por carta –tanto si es sí como si es no–. Yo estaré esperando su respuesta hasta mañana a las 10 h. en el Hotel Garni de la Poste.

»Le deseo un futuro lleno de felicidad y bondad.

»Friedrich Nietzsche »

Esta petición de mano, repentina pero sin temperamento, no resulta muy reveladora con respecto a las verdaderas inclinaciones de Nietzsche y demuestra con gran claridad sus inhibiciones: el enamorado al mismo tiempo que solicita de su amada una respuesta epistolar, le anuncia su partida. Los proyectos de matrimonio ya no volverán a rondar a Nietzsche hasta conocer a Lou Salomé. Pero antes, sería Malwida von Meysenbug quien, de forma velada, le hablaría de matrimonio en Sorrento. Nietzsche confesaba al respecto a su hermana, el 25 de abril de 1877:

«Queridísima hermana: tu carta me ha proporcionado un placer indecible, y ha dado de lleno en el clavo. ¡Qué mal me encontraba! En apenas dos semanas, me he pasado seis días en la cama aquejado de terribles dolores de cabeza; el último ha sido desesperante. Cuando al fin he podido levantarme, le ha tocado el turno a la señorita Von Meysenbug, que ha permanecido tres días en el lecho por una dolencia de tipo reumático. Pese a estar sumidos en el dolor, los dos nos hemos reído mucho leyendo algunos pasajes de tu carta. Pues bien, la señorita v. M. me aconseja un plan a cuya realización tú puedes aportar tu granito de arena; helo aquí: los dos estamos convencidos de que mi dedicación a la docencia universitaria en Basilea no puede durar mucho porque me exigiría abandonar otros proyectos más importantes y perder la poca salud que aún me queda. Todavía seguiré en la universidad durante el próximo invierno, pero en la Pascua de 1878 todo habrá terminado si tiene éxito la otra parte del plan, es decir, el matrimonio con una mujer apropiada y acomodada. Esto último es un requisito esencial: "Buena, pero rica", en palabras de la srta. v. M. Nos hemos reído a carcajadas de ese "pero". Una vez casados, residiríamos en Roma durante algunos años, ambiente muy propicio para mejorar mi salud, mis intereses y mis estudios. El proyecto debería quedar ultimado este verano en Suiza para llegar ya casado a Basilea el próxi-



Ullstein Bilderdienst, Berlin

mo otoño. Se han cursado invitaciones a diferentes "personas" para que acudan a Suiza; muchos de los nombres –por ejemplo: Elise Bülow, de Berlín, Elsbeth Brandes, de Hannover– te resultarán completamente desconocidos. Teniendo en cuenta sus cualidades espirituales, me parecen más idóneos los corazones nacionales. ¡Así que has logrado grandes cosas con la idealización de la pequeña Köckert en Ginebra! ¡Laurel, honor, loor! Pero eso entraña un riesgo; ¿y la fortuna?»

Tales eran los proyectos de Nietzsche por esta época. Su disposición a prestarse a un matrimonio de conveniencia en caso necesario, basándose en criterios puramente burgueses, deja maltrecha la imagen del Nietzsche solitario, pero ilumina de alguna manera la intensidad de sus padecimientos físicos. En junio de ese mismo año ya ha cambiado de opinión: «El matrimonio me parece muy deseable, pero, en mi caso, bien lo sé, es altamente improbable.»

La historia clínica

La enfermedad y los dolores atormentaban a Nietzsche, hasta el punto de tener que solicitar continuos permisos en la universidad. El proyecto de matrimonio quedó en agua de borrajas; era, pues, inevitable elegir el otro camino, ya anunciado por él mismo, es decir, renunciar a su cátedra de Basilea. En el verano de 1879, las condiciones de vida de Nietzsche se endurecieron porque, a finales de junio, su hermana había regresado, esta vez de forma definitiva, a Naumburgo con su madre. Al iniciarse 1879 su estado de salud empeoró; casi a diario sufría intensos dolores cerebrales, oculares y vómitos. No le quedó otro remedio que presentar su renuncia a la cátedra de Basilea el día 2 de mayo. Seis semanas después, la Universidad, muy a su pesar, decretó la jubilación, asignándole una pensión anual de tres mil francos, lo que indica que, a pesar de todo, se tenían en gran estima sus méritos académicos. Sus dos últimos cursos del semestre de invierno de 1878-79 versaron sobre «Poetas líricos griegos» e «Introducción al estudio de Platón». Tras cesar en la cátedra, Nietzsche viajó con su hermana a Schloss Bremgarten, localidad situada cerca de Berna, y cuando Elisabeth regresó con su madre, Nietzsche se trasladó a Zurich, y allí la suegra de Overbeck le prodigó sus cuidados. A finales de junio

◀ *Silvaplaner y el lago de Sils, cerca de Saint Moritz.*

visitó por vez primera la Alta Engadina, donde notó un alivio inmediato: «...Quizás lo adecuado sea St. Moritz. Me siento como si hubiera llegado a la Tierra Prometida... Por primera vez experimento alivio. Me encuentro bien, y quiero permanecer aquí mucho tiempo.» Dos semanas más tarde observa: «Estoy muy enfermo; he pasado cuatro días en el lecho, y cada jornada trae su particular historia de dolor; sin embargo, lo soporto mejor que en cualquier otro sitio. Es como si después de tanto tiempo hubiera encontrado lo que busco. Ya no confío en una mejoría, y menos aún, en curarme, pero el simple alivio es un tesoro inapreciable.»

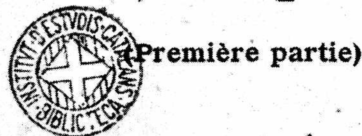
Durante decenas de años el historial médico de Nietzsche ha inducido a numerosos autores a emprender investigaciones sin cuento. Los resultados difieren mucho. Karl Jaspers, en su biografía del filósofo alemán, ofrece un amplio cuadro de los hallazgos más sobresalientes y de las teorías predominantes, demostrando con todo ello que existen numerosas cuestiones muy controvertidas. La tesis, comúnmente aceptada, de que su derrumbamiento espiritual, muy patente desde finales de 1888, encubre probablemente una parálisis, ha propiciado a menudo una interpretación de la historia de la enfermedad de Nietzsche basada en este estadio final; con otras palabras, todos los trastornos de los años precedentes se han considerado como una fase previa de la parálisis. De acuerdo con esta hipótesis, el origen de la enfermedad habría que fijarlo en su época de estudiante, durante la cual debió de contraer una infección sifilítica. Deussen, en sus *Recuerdos de Nietzsche*, refiere que, durante una de sus visitas a Colonia, el entonces joven estudiante fue llevado –por error, según se dice– a un burdel por un criado. Si hacemos caso a Deussen, Nietzsche al otro día contó a su amigo el incidente y sobre todo relató con tintes melodramáticos su huida de ese entorno de mujeres fáciles. Aun concediéndole crédito al relato de Deussen, sigue siendo problemática y discutible la existencia de la infección, y aun dándola por sentado, habría que investigar si realmente deriva de ella la enfermedad de Nietzsche. Otra hipótesis muy controvertida afirma que la causa desencadenante del mal habría sido el abuso de venenos y medicamentos; otros creen que la sintomatología de la enfermedad, a partir de 1873, guardaría relación con un proceso psiconeurótico desencadenado por la ruptura con Richard Wagner. Especulaciones como éstas no aportan demasiada luz, y se convierten en disparatadas cuando de ellas se extrae la conclusión de que la obra de Nietzsche, desde 1866, es la obra de un enfermo mental. La enfermedad y la obra se interrelacionan, sin duda, en su vida, pero de alguna manera dicha relación sigue sumida en el «misterio», puesto que sabemos

ŒUVRES COMPLÈTES DE FRÉDÉRIC NIETZSCHE

PUBLIÉES SOUS LA DIRECTION DE HENRI ALBERT

FRÉDÉRIC NIETZSCHE

Humain, trop Humain



(Première partie)

TRADUIT PAR

A.-M. DESROUSSEAUX

DIRECTEUR ADJOINT A L'ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES

Quatrième édition



PARIS

SOCIÉTÉ DV MERCVRE DE FRANCE

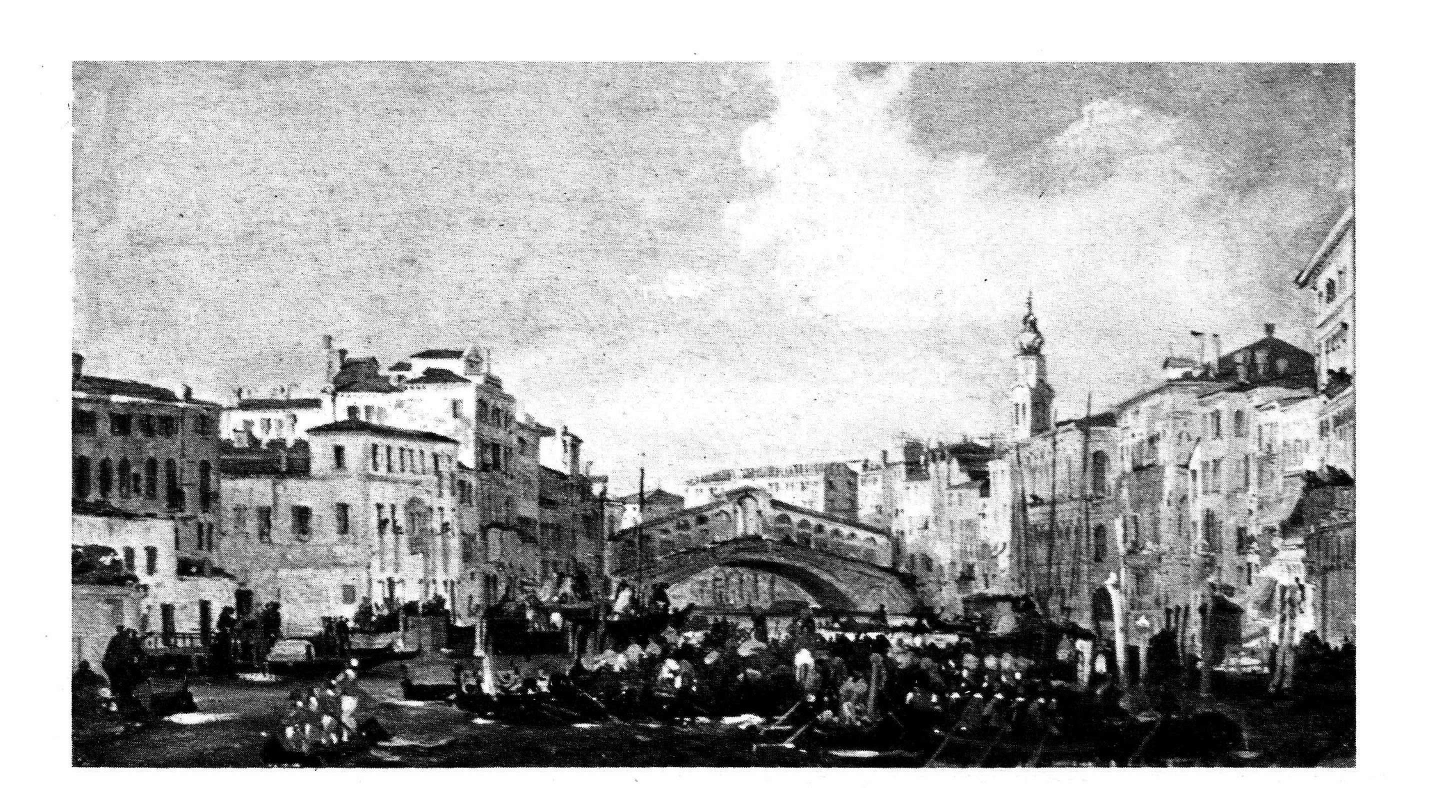
XV, RVE DE L'ÉCHAVDÉ-SAINT-GERMAIN, XV

M DCCC XCIX

Portada de una edición francesa de Humano, demasiado humano. *Biblioteca Central, Barcelona.*

muy poco sobre la etiología de sus enfermedades. Hay síntomas específicos en la enfermedad de Nietzsche que se manifiestan ya en su infancia: por ejemplo, en el verano de 1856 estuvo excusado de asistir al colegio catedralicio a causa de constantes dolores oculares y cerebrales. En 1862 los intensos dolores de cabeza se repiten en Pforta. En el registro sanitario de Pforta Nietzsche es descrito como «una persona rebosante de salud, de fuerte complexión, mirada extrañamente fija, corto de vista y aquejado muy a menudo de dolores que se intensifican y devienen en accesos de jaqueca». La herida en el pecho provocada por una caída del caballo durante su servicio militar (marzo de 1868) y las afecciones contraídas en septiembre de 1870 en la guerra –disentería y difteria– son mejor conocidas e independientes del resto. La disentería fue responsable de los dolores abdominales que duraron años. En 1879, el estado general de Nietzsche empeoró de tal forma que, a finales del año, su salud alcanza uno de los puntos más bajos. En ocasiones, los ataques provocan la pérdida del conocimiento. Hay que poner en tela de juicio la creencia de Nietzsche manifestada a principios de 1880 sobre la inminencia de su muerte tras las investigaciones de Karl Schlechta, que prueban que sus cartas de despedida fechadas el 31 de diciembre de 1879 y el 16 de enero de 1880 son falsificaciones posteriores de su hermana. Una cosa es segura: sus ataques declinan en el transcurso de los años ochenta; en esta fase aparecen estados de ánimo eufóricos desconocidos hasta entonces, y periodos de frenética creación, a los que siguen otros caracterizados por el vacío y el descontento. Jaspers recalca con especial énfasis el hecho de que estos síntomas, consignados por el propio Nietzsche en esta fase creativa tardía, difieren considerablemente de los de la década anterior. Por lo demás, la enfermedad mental no le sobreviene hasta el final de los años ochenta. Es lógico, por otra parte, que algunas de las reacciones y costumbres de un hombre que desde la juventud sufrió casi de continuo las dolencias más diversas, estén influidas por su enfermedad. Algunos investigadores de Nietzsche opinan que la ruptura con Wagner provocó alteraciones de tipo neurótico que quebrantaron irremediablemente su salud. No obstante, con el mismo derecho podemos dar la vuelta a semejante argumentación y afirmar que fue el lamentable estado de salud de Nietzsche el factor responsable de la ruptura: su excesivamente ruda reacción podría deberse, según esta hipótesis, a una hipersensibilidad e irritabilidad derivadas de su enfermedad.

El puente de Rialto, en Venecia. ▶



Humano, demasiado humano

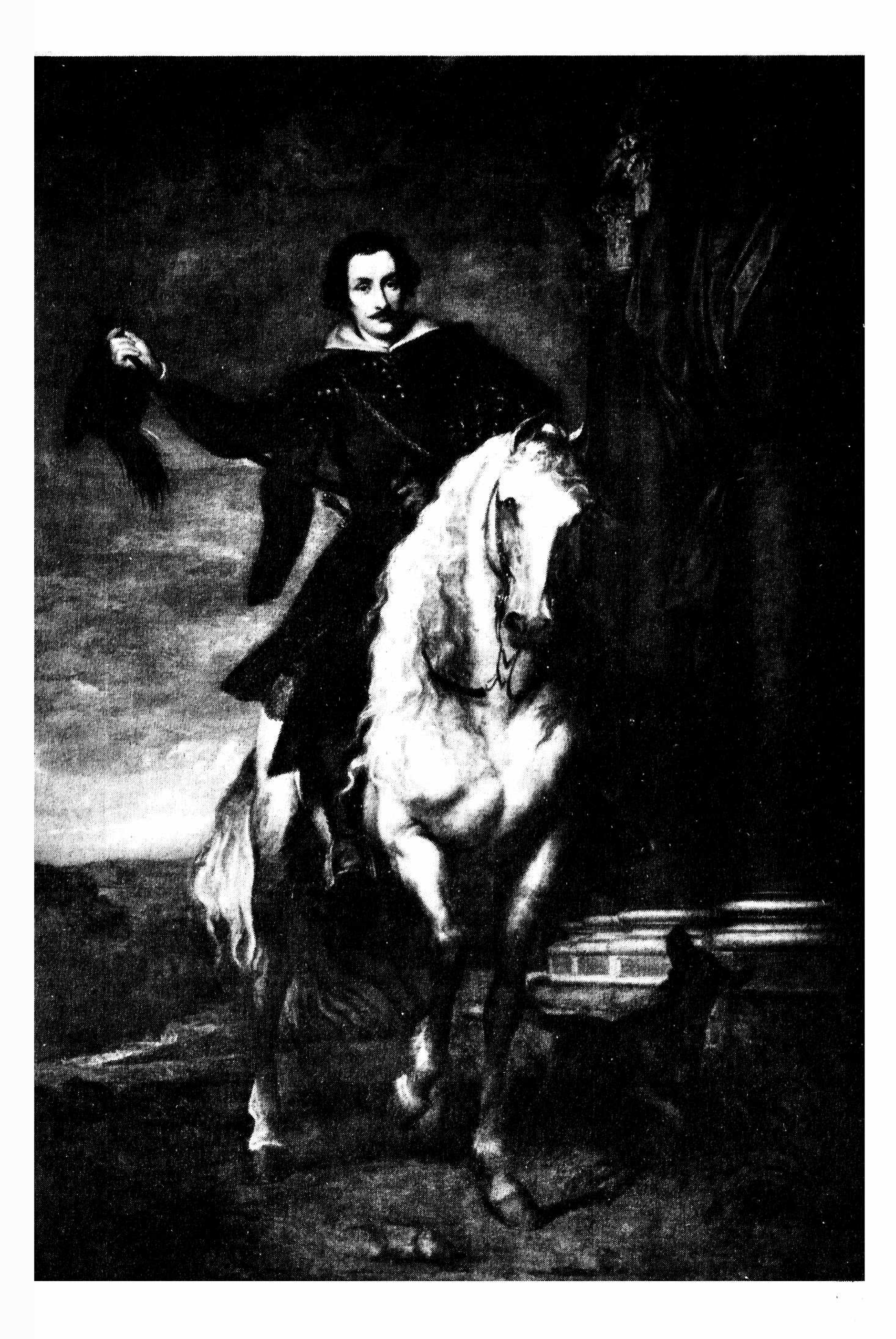
Mientras el deterioro de la salud de Nietzsche progresaba de forma imparable, el filósofo escribió *Humano, demasiado humano*. La obra, iniciada en 1876 tras su huida de Bayreuth, fue publicada en 1878. Posteriormente añadió dos escritos suplementarios: *Miscelánea de opiniones y sentencias* (1879) y *El viajero y su sombra* (1880) en la segunda edición y que su autor calificó de segundo volumen de *Humano, demasiado humano*. La envergadura de esta obra (casi 600 páginas según la edición de Schlechta) prueba que a pesar de su enfermedad y de su vida errabunda, Nietzsche escribió durante aquellos años sin parar.

Estuviera donde estuviera –Basilea, Sorrento, Bad Ragaz, Naumburgo, Bad Bex (cantón de Waadt), Coira, Riva (lago de Garda) o Venecia, que visitó por primera vez en la primavera de 1880 acompañado por su amigo Peter Gast, y que le causó una fuerte impresión– Nietzsche debió de escribir sin darse un momento de respiro. Un examen minucioso de la obra citada deja traslucir el continuo peregrinar de su autor: la enfermedad y los incesantes viajes impedían una elaboración reposada; el proceso creativo comprendía multitud de apuntes breves, notas, aforismos y ensayos fragmentarios. Nietzsche no tardó en acumular una cantidad ingente de materiales, que seleccionaba, según la ocasión, y que posteriormente reelaboraba y les daba forma decisiva.

Los viajes continuos ya no mitigaban las molestias ni las contrariedades. El 13 de mayo de 1877, tras el regreso de Sorrento a Lugano, Nietzsche envió a Malwida von Meysenbug un minucioso informe sobre el viaje que no tiene desperdicio:

«Un viaje por mar es como un espejo en el que se refleja la imagen terrible de la miseria humana, sí, una imagen terrible, pero en el fondo tan risible como a veces me parecen mis dolores de cabeza, que me asaltan incluso en momentos en que disfruto de un bienestar físico considerable. En fin, hoy vuelvo a vivir inmerso en una atmósfera de "alegre invalidez"; en el barco, negros pensamientos se apoderaban de mí, pensé incluso en suicidarme, y mi única duda consistía en hallar la fosa más profunda para hundirme en ella y hacer imposible mi rescate, no fuera que encima tuviera que gratificar a mis salvadores con una montaña de oro para mostrarles mi agradecimiento. Por lo demás yo conocía demasiado bien los peores síntomas de los mareos desde aquella época en que comenzó a atormentarme mi dolencia de estómago en una alianza fraternal con los dolores de cabeza: ahora, sin embargo, retornaba

"el recuerdo de tiempos casi olvidados". Debo añadir, además, el incordio que supone cambiar de posición de tres a ocho veces por minuto, tanto de día como de noche: todo ello en medio del olor de la comida y de las conversaciones de los comensales devorando manjares exquisitos, lo cual es repugnante hasta extremos indecibles. Al puerto de Livorno arribamos de noche y con lluvia: yo pretendía desembarcar, pero las frías advertencias del capitán me hicieron desistir. En el barco reinaba un gran estrépito aquí y allá: los frascos caían, como dotados de vida propia, los niños gritaban, la tempestad bramaba con furia; "era un eterno insomnio mi destino", que diría el poeta. El desembarco trajo consigo nuevos padecimientos; desquiciado por los punzantes dolores de cabeza, me dediqué durante horas a observar con ojos muy abiertos, desconfiando de todo y de todos. Pasé sin problemas el trance de la aduana, pero olvidé lo principal: facturar mi equipaje en el tren. Comenzó entonces mi odisea hacia el Hotel National, con dos bribones al pescante que a todo trance pretendían conducirme a una miserable *trattoria*: había dejado mis maletas en otras manos, a un hombre que corría delante de mí jadeando. Me enfurecí en un par de ocasiones e intimidé al cochero, pero el otro tipo escapó. ¿Quién podría explicarme cómo llegué al hotel Londres? Porque yo, desde luego, no lo sé. El hotel tenía buen aspecto, pero la llegada fue horrible porque un ejército de pedigüeños me rodeó con las manos tendidas. Apenas entré en mi habitación me arrojé sobre la cama, muy enfermo. El viernes recobré el ánimo y hacia el mediodía, bajo un cielo encapotado y lluvioso, me dirigí a la Galeria del Palazzo Brignole; para asombro mío, la visión de los retratos de esa familia me fascinó y me insufló nueva vitalidad; un Brignole montado sobre un poderoso caballo de batalla, en cuyos ojos aleteaba todo el orgullo de esa familia: ¡he aquí lo que reconfortó mi deprimida humanidad! Yo, particularmente, prefiero a Van Dyck y a Rubens a cualquier otro pintor. Los demás lienzos me dejaron frío, exceptuando una Cleopatra moribunda de Guercino. Así retorné a la vida; el resto de la jornada lo pasé tranquilo y animado en el hotel. El día siguiente me proporcionó otra alegría inesperada: la compañía de una encantadora y joven bailarina de un teatro de Milán en el viaje de Génova a esta ciudad. Camilla –tal era su nombre– era *molto simpatica*. ¡Oh! ¡Tendría que haber oído usted mi italiano! De haber sido yo un pachá la hubiera llevado conmigo a Pfäfers, y allí, durante el tiempo que me hubieran dejado libre mis ocupaciones intelectuales, le hubiera pedido que bailara para mí. Todavía estoy un poco enfadado conmigo mismo por no haberme quedado con ella al menos un par de días en Milán. Camino de



Suiza, el trayecto de Como a Lugano lo hice en el ferrocarril de San Gotardo, que ya ha sido concluido. ¿Que por qué he venido a Lugano? En realidad no lo sé, pero aquí estoy. En el momento en que cruzaba la frontera suiza, bajo una intensa lluvia, se dibujó un relámpago en el cielo y luego oí un trueno; yo los tomé como síntomas de buenos augurios. He de reconocer también que a medida que me acercaba a las montañas, me sentía mejor. En Chiasso, mi equipaje se dispersó en dos trenes diferentes; fue una contrariedad desesperante, y por si fuera poco, la aduana. Hasta los dos paraguas siguen direcciones opuestas. Un buen mozo de cuerda me ayudó; él fue el primer suizo que me habló en alemán, y, créame, lo escuché con cierta emoción. De repente me di cuenta de que prefiero mucho más vivir entre suizo-alemanes que entre alemanes.»

¡Qué peripecias y tormentos! Aunque Nietzsche, como viajero experimentado que era, salía siempre airoso de dificultades semejantes, y aunque registraba con evidente placer cualquier suceso jocoso o divertido de sus viajes, las penalidades a las que estaba expuesto este hombre enfermo demuestran, sin embargo, que sobre su actividad creativa gravitaba una serie de cargas adicionales e inusitadas. En medio de este clima brotó *Humano, demasiado humano.*

Nietzsche subtituló su ensayo *Un libro para espíritus libres*, y de hecho hay que entenderlo como un intento de recobrar su identidad y de romper las cadenas de las ideas heredadas que le atormentaban. La ruptura se llevó a cabo en un doble sentido: el filósofo había hallado una nueva concepción de la vida y, por otro lado, el escritor había descubierto el vehículo expresivo más adecuado a su persona, es decir, una escritura a base, sobre todo, de aforismos. Huelga decir que la obra es, en gran parte, autobiográfica. La nueva forma de reflexión que adopta Nietzsche tiene precedentes claros: uno es Paul Reé, amigo suyo, que en 1875 había publicado *Observaciones psicológicas*. Reé, con una óptica en absoluto original, recalcaba la importancia del egoísmo en el comportamiento humano. A Nietzsche le impresionó la obra. Otros precedentes son los moralistas y epigramatarios franceses: Montaigne, La Rochefoucauld, La Bruyère, Chamfort y Stendhal. En ellos encontró los

◀ *«Un Bignole [...] en cuyos ojos aleteaba todo el orgullo de esa familia: ¡He aquí lo que reconfortó mi deprimida humanidad!» Nietzche se debatía en medio de la humillación que le causaba el rechazo de sus contemporáneos.* (Andrea Bignole, *por Van Dyck. Palazzo Rosso, Génova.)*

modelos de un estilo agudo y pulido, de la expresión de los conceptos por medio de aforismos, de la óptica llena de ironía y escepticismo y alejada de cualquier compromiso. Hasta ahora, los escritos de Nietzsche eran una especie de introducción, de preludio; con *Humano, demasiado humano* se inicia su obra de madurez. ¡Un libro para espíritus libres!, es decir, para personas sin sombra de superstición ni de idealismo. Para él, esto significaba esencialmente liberarse de Schopenhauer y de los espejismos de la metafísica, y también de sus ideas estéticas, hasta entonces comprometidas con Wagner. En varios pasajes de esta obra, Nietzsche se pone a sí mismo como ejemplo de espíritu libre. Por ejemplo cuando escribe: «Soy un apasionado de la independencia, y en aras de ella lo sacrifico todo, quizá porque a mi espíritu dependiente le atormenta más el hilo más fino que a otros gruesas cadenas.»

Esta obra encierra ideas nuevas: anteriormente Nietzsche, influido por el sistema filosófico-moral de Schopenhauer y por la teoría kantiana del conocimiento, había profesado siempre la creencia de que el mundo no es tal como se nos aparece, de que nuestras visiones y percepciones son falsas, pero a pesar de todo siempre creyó que la realidad tenía un significado mucho más hondo. Ahora, sin embargo, Nietzsche sabe que la realidad carece de un significado *en sí*. Existe y tiene un ser, pero no un sentido inmanente a ella misma: «Quizá reconozcamos... que la cosa en sí es digna de una carcajada homérica; que pareció serlo todo, y en el fondo está vacía, carente de sentido.» Tampoco existe un mundo metafísico, una realidad *verdadera* tras las cosas, o si se quiere, tras los fenómenos que las envuelven; nadie ha legislado el mundo; tampoco existe la trascendencia, el más allá. En consecuencia, las categorías tradicionales ético-filosóficas carecen también de sentido: el bien y el mal no existen *en sí*. Las acciones llamadas *malas* lo son por razones de autoconservación; la bondad es una convención: «Todas las *malas* acciones están motivadas por el instinto de conservación, o más exactamente, por la tendencia del individuo a buscar el placer y a evitar el dolor: si tal es su motivación, no son malas. "Hacer el mal por el mal" no existe, salvo en la mente de los filósofos, ni tampoco "el placer por el placer" (compasión, en el sentido de Schopenhauer)... La coacción precede a la moralidad; es más: durante algún tiempo la moralidad no es más que una coacción a la que los hombres se someten para evitar el dolor. Más tarde se convierte en costumbre, luego en libre obediencia y, por fin, casi en un instinto: entonces, como todo lo que es habitual y natural durante mucho tiempo, se vincula con el placer, y pasa a llamarse virtud.»

También acaba el papel preponderante del arte. En el cuarto capítulo, titulado «Del alma de los artistas y escritores», Nietzsche revisa su propia concepción de lo dionisíaco, según la cual el arte podía redimir la vida. Dice adiós a Wagner, al que aquí, calificado siempre como «el artista», sitúa en el «crepúsculo del arte»:

«Pronto se considera al artista un maravilloso resto del pasado, y como a un portentoso desconocido de cuya fuerza y belleza dependió la suerte de tiempos antiguos, se le dispensarán honores que no tributamos fácilmente a nuestros semejantes. Lo mejor de nosotros mismos procede quizá de esas sensaciones de tiempos antiguos, a los que ahora apenas tenemos acceso; el sol se ha puesto ya, pero aunque no podamos verlo, todavía ilumina y calienta el cielo de nuestra vida.»

Sorprende también ver emerger en un Nietzsche antirracionalista una tendencia hacia un racionalismo escéptico. Al desmoronamiento del irracionalismo dionisíaco y a la negación de la trascendencia metafísica sigue una invocación a la «libertad de la razón». «El hombre a solas consigo mismo» sólo tiene una vía de escape: la del peregrino que siempre se aleja un poco más del desierto de la realidad; tan sólo ese viaje sin fin garantiza la sinceridad en el mundo, y con ello la libertad. En el aforismo 638, que cierra el primer volumen de *Humano, demasiado humano*, Nietzsche describe esa situación con una claridad y una belleza de lenguaje que ya preludia su *Zaratustra*:

«El viajero. – El que no ha llegado por completo a la libertad de la razón, no puede sentirse sobre la tierra otra cosa que un viajero, no un viajero hacia una meta determinada, porque ésta no existe. Pero quiere observar y mantener los ojos abiertos para todo lo que sucede en el mundo; por eso no puede atar demasiado su corazón a nada particular; es necesario que haya en él algo del viajero que gusta del cambio y de la caducidad. Sin duda, un hombre semejante pasará noches malas, en las que se encontrará cansado y hallará cerrada a cal y canto la puerta de la ciudad que debía ofrecerle reposo; quizá, como en oriente, le suceda que el desierto se extienda hasta esa misma puerta, y oiga rugir a las fieras más o menos cerca, se levante un súbito huracán, o los ladrones le arrebaten sus acémilas. Entonces la terrible noche caerá sobre él como un segundo desierto sobre el desierto, y en el fondo de su corazón se sentirá cansado del viaje. La aurora saldrá para él, ardiente como una divinidad de la ira, se abrirán las puertas de la ciudad, y él verá en

los rostros de sus moradores quizá aún más desierto, inmundicia, engaño e inseguridad que ante las puertas, y el día será casi peor que la noche. Bien puede ocurrirle esto al viajero; pero luego vienen, en compensación, las mañanas deliciosas de otros parajes y otros días, en los que apenas despunta el alba ve en las nieblas de los montes los coros de las musas bailando a su lado; en los que luego, cuando reposa apaciblemente bajo los árboles en armonía con el espíritu de la mañana, verá caer desde las copas de los árboles cosas buenas y luminosas, regalo de todos los espíritus libres que moran en la montaña, en el bosque y en la soledad, y que, igual que él, a su manera unas veces alegre, otras reflexiva, son viajeros y filósofos. Nacidos de los misterios de la mañana, piensan en cómo el día, entre la décima y duodécima campanada, puede ofrecer un rostro tan puro, tan transfigurado, tan penetrado de luz y alegría: es que buscan la filosofía de la mañana.»

Al crepúsculo del arte sigue el alba de la filosofía, cuya tarea es subvertir todos los valores vigentes hasta la fecha.

La *Miscelánea de opiniones y sentencias* y *El viajero y su sombra,* que originariamente aparecieron como apéndice y suplemento de *Humano, demasiado humano* y que acabarían por constituir un segundo volumen de este último, son aún más sistemáticos, si cabe, en cuanto a la temática. Por lo general, los aforismos ganan en brevedad y en concreción (recordemos, por ejemplo, los que versan sobre el futuro del cristianismo); pero por encima de todo hay que resaltar las reiteradas manifestaciones sobre los alemanes, sobre su carácter, sus cualidades y sus vicios. Con esta obra, Nietzsche se convierte –junto con Heine– en el crítico más agudo de los alemanes durante el siglo XIX. Muchas de las ideas conservan aún su frescura, y algunas impresionan por la visión profética de su autor y por la vigencia actual de sus opiniones. Por ejemplo, el aforismo 324 de *Miscelánea de opiniones y sentencias*:

«Un extranjero que viajaba por Alemania desagradaba y agradaba por algunas de sus afirmaciones, según las comarcas por las que pasaba. Todos los suabos que tienen ingenio –solía decir– son coquetones. Pero los otros suabos seguían creyendo que Uhland es un poeta y Goethe un inmoral. Lo mejor de las novelas alemanas, hoy tan en boga, es que no hace falta leerlas: ya las conocemos. El berlinés parece más bonachón que el alemán del sur; como es muy burlón, soporta mejor la burla, cosa que no sucede con los alemanes del sur. El ingenio de los alemanes deja mucho que desear a causa de la cerveza y los periódicos: les recomienda té y

libelos, claro está, como remedio... Las comarcas más peligrosas de Alemania son Turingia y Sajonia: en ningún lugar se halla más energía y conocimiento de los hombres, ni más libertad de pensamiento, y todo ello está tan oculto bajo la capa de un lenguaje vulgar y del extremo servilismo de sus habitantes, que apenas se nota que alberga a los sargentos intelectuales de Alemania y sus maestros en el bien y en el mal. La propensión a obedecer de los alemanes del norte mantiene a raya su arrogancia, y la tendencia de los alemanes del sur a buscar su comodidad refrena la de los alemanes del sur. Le parecía que los hombres alemanes tienen por mujeres a unas amas de casa muy torpes, pero convencidas de su propia valía: hablaban con tanta obstinación de sí mismas que podrían convencer a cualquiera, y desde luego a sus propios maridos, de las virtudes que despliegan en su hogar las amas de casa alemanas. Cuando la conversación giraba sobre la política exterior e interior de Alemania, el extranjero solía contar –él lo llamaba revelar– que el mayor estadista de Alemania no creía en los grandes estadistas. Consideraba que el futuro de los alemanes estaba amenazado y era amenazador, porque habían olvidado la alegría (cosa que tan bien saben los italianos), y sin embargo, se había acostumbrado a la emoción en lo que se refiere al azaroso juego de guerras y revoluciones dinásticas, y en consecuencia algún día estallaría entre ellos el motín. Esta es la mayor emoción que un pueblo puede procurarse. El socialista alemán, decía, era por todo ello el más peligroso, porque no actúa empujado por una necesidad determinada; su sufrimiento consiste en no saber lo que quiere; así que, consiga lo que consiga, seguirá consumiéndose de deseo aun en el placer, como Fausto, pero probablemente como un Fausto muy vulgar. "Porque Bismarck –gritó por fin– ha expulsado al demonio de Fausto, que tanto ha atormentado a los alemanes cultos: pero ahora este demonio ha entrado en los puercos, y es peor que antes."»

La publicación de esta obra no amplió el círculo de amigos de Nietzsche. Ya se ha dicho que *Humano, demasiado humano* confirmó su ruptura con Wagner; pero hasta Rohde manifestó su deacuerdo con la obra que descubría a un Nietzsche desconocido y al que rechazaba. Lo que más disgustó a Rohde fue que su amigo negase la responsabilidad del hombre por sus actos en un mundo carente de sentido en sí mismo: «Nadie me hará creer jamás en una doctrina semejante; no puede haber nadie que crea en ella, ni siquiera tú.»

Nietzsche era consciente de las transformaciones que se habían operado en su interior. Y pese a que por entonces su enferme-

dad estaba en un punto álgido, consideró esta obra como un primer plano hacia su completo restablecimiento. En el prólogo posterior de 1886 describe con minuciosidad el proceso. El privilegio del espíritu libre a vivir conforme a su experiencia y la voluntad de curación resaltan con tanta fuerza como las novedades con que topa el viajero en el desierto: «...El signo de una interrogación cada vez más peligrosa. ¿No se podrían subvertir todos los valores? Lo bueno ¿no será quizá malo? ¿No podría ser Dios una invención sutil del diablo? ¿Será todo falso en sus últimas causas? Y en la medida en que nos sentimos engañados, ¿no seremos por eso mismo engañadores? ¿No se nos forzará a serlo?» Parece como si con estos interrogantes Nietzsche señalara la dirección de su viaje futuro, rico en descubrimientos. *Aurora. Meditación sobre los prejuicios humanos* continúa sin fisuras los aforismos de *Humano, demasiado humano*. En esta obra, la fruición de la nueva libertad estilística es paladeada a fondo; el tema se pule, se aligera de accesorios y se perfila con mayor serenidad, sin añadirle, no obstante, elementos nuevos. El tercer libro de aforismos, *La gaya ciencia*, puede situarse también dentro de este contexto. Son las tres obras que beben en las mismas fuentes, en el material disperso recogido durante aquellos años en el que brillan perlas aisladas, pero que tomados en conjunto adolecen de una cierta monotonía temática, que las hace aparecer, a grandes rasgos, intercambiables entre sí. Pero *La gaya ciencia* es al mismo tiempo un preludio de *Así habló Zaratustra*. Nietzsche está convencido de que es un enfermo en vías de recuperación.

5. Hacia los dominios de Zaratustra

En la primavera de 1880 Nietzsche visita Venecia por primera vez, acompañado de Peter Gast. Su estado de salud mejora de forma paulatina. Lee *El fin del verano*, de Stifter, y tras un periodo de inactividad, reanuda sus tareas con nuevos bríos. Hacia junio, cuando los calores aparecen, se traslada a Marienbad (Engadina) y luego a Naumburgo para ver a su madre y a su hermana; de regreso al sur, se encuentra con Overbeck en Basilea; pasa el mes de octubre en el lago Maggiore y finaliza su viaje en Génova, en donde pasa el invierno. Allí sufre una recaída en su enfermedad. Nietzsche, en la soledad de su buhardilla genovesa, se sentía muy a gusto, pero con el paso de los días llegaron los contratiempos: tuvo que sufrir las inclemencias de un duro invierno sin una sola estufa, y además con incesantes dolores de cabeza. En enero de 1881 concluyó el manuscrito de *Aurora*; en primavera acude con Gast a Recoaro, un pequeño balneario de montaña en Vicenza, pero su estado no mejorará hasta el verano, que pasa en Engadina. El azar hizo que Nietzsche descubriera el pueblo de Sils-Maria, situado en el valle del Inn, un paraje idílico enmarcado por uno de los más hermosos valles alpinos en el que la luz meridional se refleja en la sobriedad solemne de las montañas. Nietzsche, fascinado, escribió a Gast:

«A este año debo agradecerle dos cosas muy distintas que ya me pertenecen y han enraizado profundamente en mi espíritu: su música y este paisaje. No es Suiza, ni Recoaro; es algo muy diferente, mucho más meridional. Tendría que trasladarse a las altiplanicies de México en la vertiente del Pacífico para hallar algún paraje similar (por ejemplo, Oaxaca), aunque con una vegetación de tipo tropical. En fin, que me siento muy unido a Sils-Maria.»

Nietzsche ha caído preso de un estusiasmo nuevo. Remite a su familia noticias tranquilizadoras en relación con su estado anímico: «Nadie podrá decir que estoy "deprimido"... Mi aspecto es muy

Morgenröthe.

Gedanken
über
die moralischen Vorurtheile.

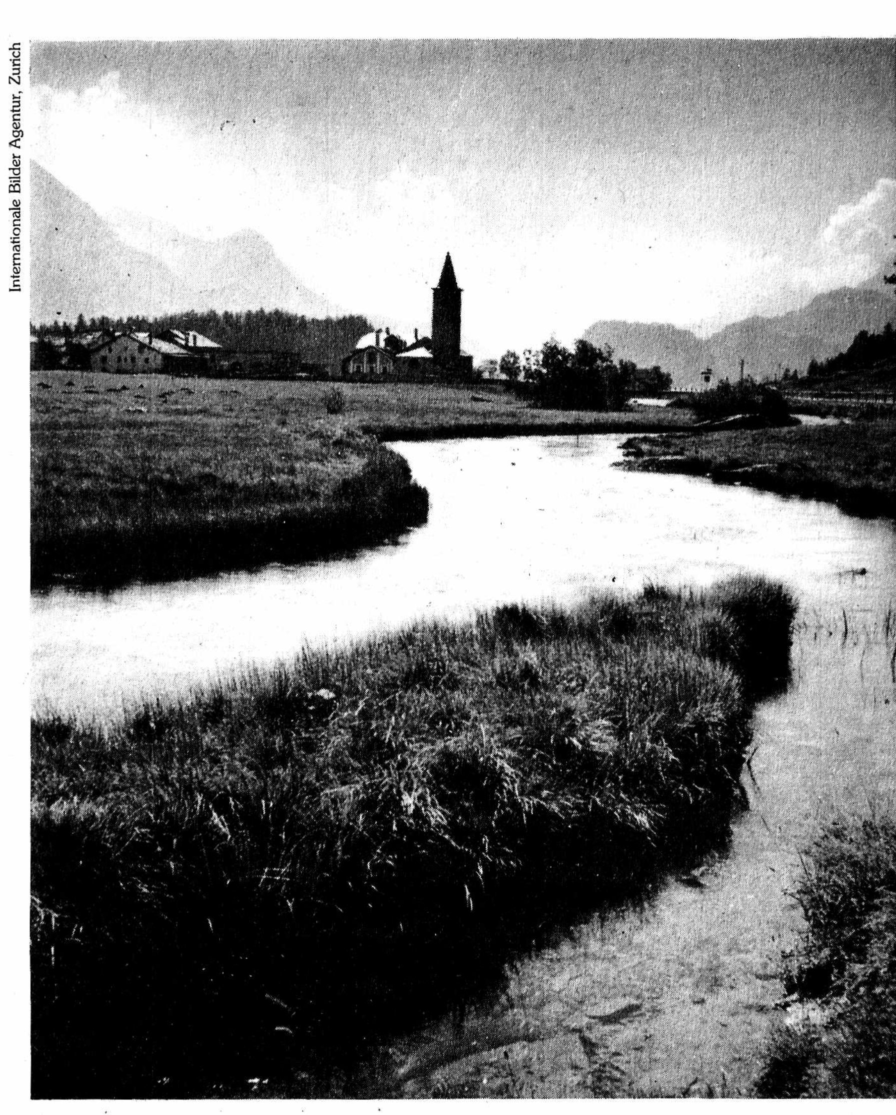
Von
Friedrich Nietzsche.

„Es giebt so viele Morgenröthen, die
noch nicht geleuchtet haben."
Rigveda

Neue Ausgabe
mit einer einführenden Vorrede.

Leipzig,
Verlag von E. W. Fritzsch.
1887.

Internationale Bilder Agentur, Zurich



Sils-Maria, el pueblecito alpino que cautivó a Nietzsche, convirtiéndose en su lugar favorito de residencia.

◀ *Boceto de Nietzsche para la portada de una de las ediciones de su obra* Aurora *(1887).*

„Carmen"

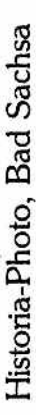
MEINE LIEBEN KOENNTE ICH NUR AUCH SO VIEL
HEITERES MELDEN WIE VON EUCH KOMMT.ABER ICH
BIN IMMER WIE HALBTODT UND DER LETZTE ANFALL
GEHOERTE ZU MEINEN SCHLIMMSTEN.IN ALLEN ZWI
SCHENPAUSEN WIE ZWISCHEN ALLEM ELENDE SELBER
LACHEN WIR VIEL UND REDEN GUTE UND BOESE DI
NGE.VIELLEICHT BEGLEITE ICH DEN FREUND AUF
EINEM AUSFLUGE AN DIE RIVIERA.MOEGE SIE IHM
SO GEFALLEN ALS IHM GENUA GEFAELLT:ICH BIN
HIER DOCH SEHR ZU HAUSE.EINE MARQUESA
DORIA HAT MICH ANFRAGEN LASSEN OB ICH IHR
DEUTSCHEN UNTERRICHT GEBEN WOLLE:ICH HABE
NEIN GESAGT.DIE SCHREIBMASCHINE IST ZUNAECHST
ANGREIFENDER ALS IRGEND WELCHES SCHREIBEN.
WAEHREND DES GROSSEN CARNEVALZUGES WAREN
WIR AUF DEM FRIEDHOFE DEM SCHOENSTEN DER
SCHOENSTEN DER ERDE.MITTE MAERZ GEHT REE
ZU FRL.VON MEYSENBUG NACH ROM.WIR BEIDE ZIE-
HEN GENUA DER SORRENTINISCHEN LANDSCHAFT
VOR.DREIMAL HABEN WIR IM MEERE GEBADET.
MIT DEM HERZLICHSTEN DANKE UND GRUSSE
EUER F.

Nietzsche Archiv, Weimar

saludable; mis músculos, casi los de un soldado a causa de los incesantes paseos; mi estómago y mi vientre no me causan problemas. Mi sistema nervioso, habida cuenta de la ingente actividad que tiene que desarrollar, funciona de maravilla...»

Las líneas que anteceden pecan de optimistas y exageradas, ya que, pocos días después, Nietzsche se queja, en una carta a Overbeck, de que su salud no responde a sus expectativas: «¡Extraño tiempo el de aquí! El cambio –que parece eterno– de las condiciones atmosféricas va a terminar por arrojarme de Europa. Si no llegan meses enteros de cielos despejados, no adelantaré nada. En dos o tres días me han sobrevenido seis ataques.»

A lo largo de su vida, Nietzsche mantuvo una intensa correspondencia. Durante este periodo utilizaba una máquina de escribir,



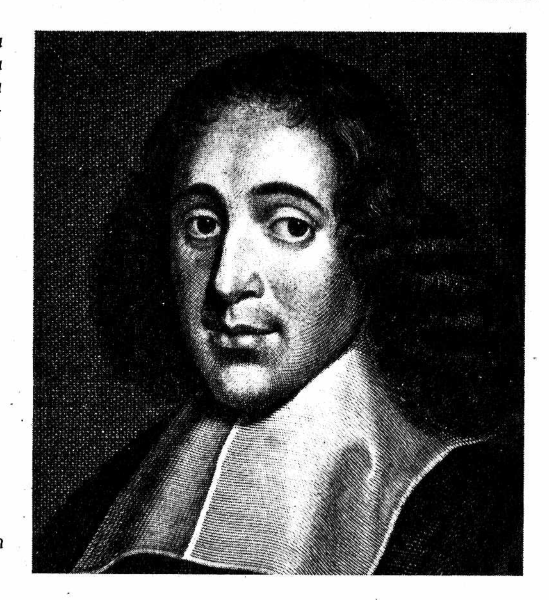
Máquina de escribir de Nietzsche.

◀ *Carta mecanografiada de Nietzsche a su madre (marzo, 1882).*

ya que su deplorable escritura, consecuencia de su defecto visual, le obligaba a echarse prácticamente encima del papel mientras escribía. Pero hasta la máquina le deparaba dificultades, si atendemos a las líneas finales de una carta escrita el 21 de marzo de 1882 a Paul Reé, en las que Nietzsche describe su pugna con ese artefacto infernal: «¡Adiós! ¡Que le vaya bien! La maldita máquina se niega a continuar. Todo por un defecto en la cinta.»

En Sils Nietzsche encuentra una felicidad desconocida hasta la fecha; allí descubre a Spinoza; y también allí tiene, ese verano, una idea que le entusiasma: la idea del eterno retorno, la clave de *Así habló Zaratustra*. En Sils entró Nietzsche en un periodo de euforia, caracterizada por la creencia en su restablecimiento: desconocemos si, en efecto, se estaba gestando una curación o si entraba en una

Las obras de Spinoza acompañaron a Nietzsche en su tranquilo retiro de Sils-Maria.



La casa de Nietzsche en Sils-Maria.

Photo Hans Steiner, St. Moritz

Sils-Maria, Ober-
engadin
20 Sept. 1884.

Hochverehrter Herr,

vom 25: September an werde ich
meinen Herbst-Aufenthalt in Zürich
nehmen (in der Pension Neptun,
[illegible] Seefeld) Zu den Wünschen
die ich mit diesem Aufenthalt ver-
binde, gehört – zu allererst – der
Wunsch, von Ihnen die Erlaubniß zu
einem Besuche zu erhalten (nebst einem
Wink über Ort und Stunde, vielleicht
in der Museums-Gesellschaft? oder wie
es Ihnen gut und gelegen dünkt.)
Mein „Zarathustra" ist hoffentlich in
Ihren Händen? – Mit ehrerbietigem Gruße
Prof. Dr. Friedr. Nietzsche

Carta autógrafa de Nietzsche a Gottfried Keller.

nueva fase de la enfermedad; si su evolución intelectual había alcanzado un determinado estadio de madurez o si era la magia de Sils la que provocaba todo lo demás. En cualquier caso, durante esta fase Nietzsche no echa de menos a sus amigos, e incluso se permite rechazar una visita de Paul Reé. Vive como un ermitaño en una casita un poco apartada, casi fuera de la población en dirección al bosque, flanqueada por árboles que le dan sombra y le protegen de la luz del sol, que tan mal soportan sus ojos.

Nietzsche lleva en Sils una vida propia de un filósofo: reposada y tranquila, con paseos por las orillas del lago y por los bosques de la montaña, leyendo y escribiendo con intensidad en su solitario retiro. Aquí comienza a perfilarse la leyenda del Nietzsche solitario, que suele citarse tan a menudo. Pero este cúmulo de circunstancias no contribuyen a edificar un sistema lógico, sino que se fusionan para desembocar en un estado anímico caracterizado por sentimientos nebulosos, por la nostalgia y los problemas del pasado: el hogar familiar y el cristianismo, amistades antiguas y nuevas, poesía clásica y música wagneriana, descontento e insatisfacción espiritual y achaques físicos. En el marco de este estado anímico emerge un elemento nuevo: la concepción del eterno retorno: «Sobre mi nuevo horizonte se yerguen pensamientos sin precedentes... He de vivir aún algunos años.»

Durante el invierno, mientras trabaja en *La gaya ciencia*, su entusiasmo no decae, aunque tiene grandes altibajos. En noviembre escucha por primera vez, extasiado, *Carmen* de Bizet, y el día de Año Nuevo de 1882 inicia el cuarto libro de *La gaya ciencia*, que finalizará con el hallazgo de *Así habló Zaratustra*, con un prólogo sorprendentemente positivo:

«Quiero aprender cada día más, ver la necesidad y la belleza de las cosas, y así llegaré a ser uno de los que las embellecen. *Amor fati*: ¡que esta divisa sea desde ahora mi pasión! No voy a entablar combate alguno contra la fealdad; no quiero acusar a nadie, ni siquiera a los acusadores. Mi única negación será la indiferencia! En resumidas cuentas: quiero ser algún día un hombre que sólo diga ¡sí!»

Nietzsche ha transformado sus percepciones filosóficas, ha dado entrada al optimismo, un optimismo muy alejado del sentido trivial del término. El mismo año en el que se le reveló este deseo programático, le brindó también uno de los lances más extraños de su vida.

Lou Andreas Salomé. ▶





Llega Lou Andreas Salomé

A finales del mes de marzo de 1882, Nietzsche, movido por un impulso repentino, se embarcó en Génova y viajó hasta Mesina, ciudad a la que arribó aquejado de grandes mareos. Entusiasmado por la belleza del lugar y la benignidad del clima decidió permanecer allí una larga temporada, pero en abril el siroco le disuadió y, aprovechando una invitación de Reé y de Malwida von Meysenbug, se trasladó a Roma. Sus amigos le presentaron a una nueva discípula: Lou Andreas Salomé, una joven rusa quizá no muy bella en el sentido tópico, pero sí muy atractiva y, sobre todo, extraordinariamente inteligente. Nietzsche y Paul Reé se enamoraron de ella. En esta ocasión –al contrario que en la historia banal de años pasados– Nietzsche se sentía verdaderamente comprometido; a Lou Andreas Salomé, por su parte, Nietzsche la atraía y la fascinaba. Posteriormente, ésta describiría en unas líneas admirables la impresión que le causó:

«En una primera aproximación, lo más atractivo de Nietzsche era el intenso aroma a soledad que desprendía. Un observador superficial no captaba en él nada llamativo: era un hombre de mediana estatura, vestido siempre de forma sencilla pero muy cuidada, de rasgos serenos y cabellos castaños peinados hacia atrás. Un gran bigote caía sobre sus labios, ocultando el trazo delicado y expresivo de la boca; reía con suavidad, hablaba con tono mesurado y caminaba con aire de ensimismamiento, encorvando ligeramente los hombros; había que forzar mucho la imaginación para situar su figura perdida entre la muchedumbre, porque llevaba la impronta de la marginalidad, de la soledad. Sus manos eran tan bellas y bien formadas que atraían todas las miradas, y Nietzsche creía incluso que dejaban traslucir algo de su espíritu... Parecida significación le atribuía a sus orejas, pequeñas y de un modelado exquisito, de las que solía afirmar que eran "orejas para captar lo inaudito".

»Tenía unos ojos muy expresivos y reveladores. A pesar de su acusada miopía, no poseían ese matiz de curiosidad e involuntaria insistencia propio de los miopes; antes bien, parecían los guardianes y centinelas de tesoros íntimos, de mundos secretos, a los que no debían acceder miradas intrusas. Cuando, fascinado por una conversación estimulante con otra persona, descubría su intimidad, aparecía y desaparecía de sus ojos una luz conmovedora; pero

◀ *En Roma, Nietzsche conoció a la que sería el gran amor de su vida, su discípula Lou Andreas Salomé.*

cuando su estado de ánimo era sombrío, entonces revelaban una soledad tenebrosa, casi amenazadora, como si surgiera de inquietantes abismos.

»Su comportamiento llevaba también el sello del hermetismo y de la impenetrabilidad. En la vida cotidiana demostraba una extrema cortesía y una dulzura casi femenina, y una serenidad constante y amable; le gustaban los modales distinguidos, a los que concedía mucha importancia. Pero en todo esto subyacía un placer por el disfraz; era como una capa y una máscara que recubrieran una vida interior, que nunca descubría del todo. Recuerdo que en mi primera conversación con Nietzsche –fue un día de primavera en la Basílica de San Pedro en Roma– sus modales exquisitos y afectados me sorprendieron y confundieron. Pero era un barniz demasiado pasajero en este solitario, que llevaba su disfraz con tanta torpeza como aquel que, al abandonar el desierto o la montaña, pretende revestirse de un aire cosmopolita.»

Nietzsche estaba fascinado por la nueva amistad, que se iniciaba en una fase para él muy venturosa, ya que había concluido la elaboración de *La gaya ciencia*. Posiblemente por entonces ya rondaba por su cabeza la temática de *Así habló Zaratustra*, pero la idea no debió de acometerle con mucha fuerza, porque pensaba no volver a escribir a corto plazo e incluso proyectaba reemprender, quizá, sus trabajos de investigación. La estancia en Roma transcurrió con rapidez, y en mayo viajó con Lou Andreas Salomé, la madre de ésta y su amigo Reé a Lucerna, ciudad tan llena de recuerdos para Nietzsche. Visitó Tribschen en compañía de Lou, y recordó a su amiga con su desbordante imaginación los días claros y felices en casa de Wagner; le reveló datos sobre su juventud y desveló ante su inteligente alumna los pensamientos filosóficos que se estaban gestando en lo más hondo de su intimidad. Nietzsche tenía la impresión de haber conocido a una persona que le impulsaba a recomponer su vida casi rota en pedazos. Sí, no hay duda de que se había enamorado y acariciaba todos los proyectos que rondan por el corazón de los amantes. Nietzsche, sin embargo, tropezaba con un obstáculo: esa antigua inhibición que le impedía declararse directa y abiertamente a Lou Andreas Salomé. Le pidió a Reé que hiciese de intermediario, pero Lou declinó la propuesta: su afecto hacia Nietzsche y el interés por sus ideas no llegaban hasta el extremo de desearlo también como marido.

La situación pronto se enrareció, volviéndose un punto molesta, tarea a la que contribuyó el propio Nietzsche con su peculiar forma de ser, reacia a expresar con sinceridad y sin rodeos sus sentimientos. Por otro lado, Reé también se había enamorado de

Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlin 1942)

14.

Es könnte einmal eine Zeit kommen, (in welcher nur noch kleine philosophische Denker große philosophische Gedanken haben könnten) in welcher „der große Gedanke" einen Beweis dafür abgiebt, daß sein Urheber ein kleiner Denker ist.

15.

Vielleicht würde der ehrlichste Philosoph nicht bis zur Philosophie kommen. Der redlichste Philosoph würde vielleicht nicht bis zum „System" kommen dürfen.

16.

Was den Denker über die Menge stellt, ist nicht so sehr ~~seine~~ die Geisteskraft als ~~seine~~ die ~~Geistes~~richtung [illegible]

Aforismos de Lou Andreas Salomé con correcciones de Nietzsche.

Lou, y esto complicaba las cosas. La proposición de Reé tampoco tuvo éxito, pero el amigo se había convertido para Nietzsche en un rival que además conocía sus más íntimos deseos en este terreno. De nada sirvió que Lou Andreas Salomé asegurase a Nietzsche que en nada cambiaría su amistad. Afirmaciones convencionales como ésta apenas ocultan lo difícil que resulta tranformar un amor –en este caso además no correspondido– en una relación de nuevo amistosa entre profesor y discípula. Cuando en julio se reunieron sus amigos, su hermana y Lou Andreas Salomé en Bayreuth para asistir al estreno de *Parsifal*, la situación no había mejorado. Entretanto, Nietzsche permanecía en Tautenburg, cerca de Jena, y había convencido a Lou y a Elisabeth para que le visitasen al finalizar el festival. Nietzsche encontraba natural no acudir a Bayreuth, pero esta autoexclusión del círculo de los wagnerianos no dejaba de resultarle dolorosa. Ciertamente, confesaba a Lou en una carta: «A pesar de todo, hasta la música de *Parsifal* me parecería soportable, si pudiera estar a su lado, susurrándole cosas al oído.» Durante una breve visita a Naumburgo insistió en que le permitieran aleccionar a su hermana para el estreno de *Parsifal*. «Lo reconozco: con auténtico sobresalto por mi parte he vuelto a darme cuenta de mi gran afinidad con Wagner», escribía a Gast. Las heridas de Bayreuth, que él mismo se había infligido, no estaban cerradas en absoluto; supuraban todavía, con los consiguientes dolores.

Lou y Elisabeth le visitaron en Tautenburg. Allí Nietzsche continuó sus conversaciones filosóficas con Lou; se sentía comprendido y aprobado por su amiga y discípula, sobre todo en un poema que ésta había escrito y que Nietzsche ponderaba con tanta exageración que hasta el mismo Gast creyó en un primer momento que era una de las creaciones del filósofo.

Si los sentimientos de Nietzsche hacia Lou Andreas Salomé debieron de ser muy poderosos, para ésta, el encuentro con el viajero solitario no pasó de ser, probablemente, una vivencia espiritual profunda, una amistad que provocaba admiración y respeto. Los celos de Elisabeth por esta amistad entre su hermano y una mujer más joven e inteligente que ella habían nacido hacía tiempo y desembocaron en una especie de rabia maligna. Pronto ninguno de los dos interesados fue capaz de hacer frente a sus intrigas, chismorreos y, sobre todo, sus calumnias contra Lou. Cuando ésta se marchó de Tautenburg, a fines de agosto, se desencadenó un conflicto entre los dos hermanos que provocaría la ruptura de Nietzsche con su hermana y con su madre. Este intentó hacer oídos sordos a las habladurías de su hermana, pero no lo consiguió por completo. Y así, en septiembre, en la última reunión que tuvo con

Paul Reé y Lou, surgieron también desavenencias con ésta cuando Nietzsche le contó cosas desfavorables sobre Reé. La posesiva hermana vio entonces el cielo abierto: a su intromisión debe Nietzsche la ruina de su amistad con Lou y con Paul Reé, que se consumó en otoño. El episodio terminó con un intercambio epistolar vulgar e indigno que se prolongó hasta el año siguiente y cuyo carácter penoso e injusto experimentó Nietzsche hasta tal punto que más tarde trataría de desagraviar a Lou Andreas Salomé y a Reé. Tras la ruptura, se vio más solo y desdichado que nunca. Se resistió durante algún tiempo a los intentos de reconciliación con su hermana, y al final se llegó a una reconciliación al menos aparente, pero Elisabeth ya no volvería a gozar nunca de la entera confianza de Nietzsche. Su hermana, durante largo tiempo, contó al mundo una historia radicalmente distinta. (Sólo tras la muerte de Elisabeth, acaecida en 1935, empezó a conocerse el verdadero alcance de sus intrigas y tergiversaciones.)

En noviembre de 1882 Nietzsche huye a Génova, e inmediatamente después sale para Rapallo para pasar el invierno. Su salud

La bahía de Rapallo.



Internationale Bilder Agentur, Zurich

había vuelto a empeorar hasta el punto de que habla a Gast del «peor invierno de mi vida»; el insomnio y la melancolía le atormentaban. Pero, en enero y febrero de 1883 retorna aquella euforia ya conocida desde el primer verano de Sils. Un torrente incontenible de nuevas ideas le arranca de su letargo y en diez días escribe la primera parte de *Así habló Zaratustra*. Queremos advertir previamente que las dos partes siguientes de dicha obra fueron gestadas y escritas en un estado de ánimo similar y en un periodo de tiempo relativamente corto: la segunda, en junio y julio de 1883 en Sils-Maria, y la tercera, en enero y febrero de 1884. Unicamente la última parte fue redactada, con diversas interrupciones, durante el invierno de 1884-1885 en Zurich, Mentone y Niza.

Un libro para todos y para nadie

En *Ecce Homo*, la última gran obra autobiográfica concluida en 1888, poco antes de su desmoronamiento, Nietzsche revela algunos datos sobre la génesis de *Así habló Zaratustra*:

«La idea básica de la obra, el eterno retorno, fórmula más elevada de la afirmación que pueda alcanzarse, se gestó en agosto de 1881 "a seis mil pies de altura y mucho más lejos del hombre y del tiempo". Caminaba yo ese día por el bosque cercano al lago de Silvaplana, y cerca ya de Surlei me detuve junto a un imponente bloque rocoso de forma piramidal. Fue en ese momento cuando se me ocurrió la idea. Si dirijo una mirada retrospectiva hacia los dos meses precedentes, encuentro en ellos signos precursores, como una súbita y, en el fondo, decisiva transformación de mis preferencias estéticas, sobre todo musicales. Quizá la música prepara el terreno a *Zaratustra*; no hay duda de que tenía que prestar atención a un reconocimiento del arte, que era una condición previa de todo el proceso. En Recoaro, un pequeño balneario de montaña en los alrededores de Vicenza donde pasé la primavera de 1881, descubrí, junto a mi maestro y amigo Peter Gast, un síntoma de "renacimiento": el ave fénix de la música pasaba volando sobre nosotros con el plumaje más sutil y resplandeciente que nos hubiera mostrado nunca. Desde aquel día hasta el parto imprevisto, que acontece, sin esperarlo, el mes de febrero de 1883 –el final, del que he citado en el prólogo un par de frases, fue redactado en la hora sacrosanta en que Richard Wagner muere en Venecia–, transcurren dieciocho meses de gestación.»

Carta a Peter Gast, fechada el 1 de febrero de 1883. ▶

Aber vielleicht haben Sie Vergnügen daran zu hören, was es zu schaffen und druckfertig zu machen giebt. Es handelt sich um ein ganz kleines Buch — hundert Druckseiten etwa. Aber es ist mein Bestes, und ich habe einen schweren Stein mir damit von der Seele gewälzt. Es giebt nichts Ernsthafteres von mir und auch nichts Heitereres; ich wünsche von Herzen, daß diese Farbe — welche nicht einmal eine Mischfarbe zu sein braucht — immer mehr zu meiner „Naturfarbe" werde. Das Buch soll heißen

Also sprach Zarathustra.

Ein Buch für Alle und Keinen.

von

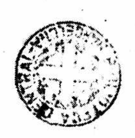
F. N.

Mit diesem Buche bin ich in einen neuen „Ring" eingetreten — von jetzt ab werde ich wohl in Deutschland unter die Verrückten gerechnet werden. Es ist eine wunderliche Art von „Moral-Predigten"

FEDERICO NIETZSCHE

ASÍ HABLÓ ZARATHUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS
Y PARA NINGUNO



TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE

EDUARDO OVEJERO Y MAURY

Catedrático de la Universidad Central, de Madrid



AGUILAR

MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO

Así habló Zaratustra, *la obra cumbre de Friedrich Nietzsche.*

En *Así habló Zaratustra,* considerado casi unánimemente como el punto culminante de la creación de Nietzsche, es, por lo que respecta a la forma, una obra nueva y única. En cuanto al contenido, reinterpreta todo el armazón conceptual del pasado para destacar dos pilares básicos: la idea del superhombre y la concepción del eterno retorno. Es, por tanto, un error deslindar *Zaratustra*, por su contenido, de las obras precedentes. El mismo Nietzsche insistió en que sus anteriores obras de aforismos contenían ya muchas ideas de *Zaratustra*: «Al releer *Aurora* y *La gaya ciencia* me he dado cuenta de que no hay en ellos ni una sola línea que no pueda servir de prólogo, preparación y glosa a *Zaratustra*. De hecho, hice el comentario antes que el texto.»

Hasta una idea como la de que Dios es tan sólo una «suposición» y de que todos los dioses han muerto, que se ha creído privativa de *Zaratustra*, puede rastrearse en su formulación clásica en *La gaya ciencia*: «El mayor acontecimiento de nuestro tiempo –que "Dios está muerto", que la fe en el Dios cristiano es de todo punto inverosímil– comienza a proyectar sus primeras sombras sobre Europa.»

Hay que tener en cuenta que Nietzsche actúa en esta formulación como mero diagnosticador, como notario de un hecho: constata esa muerte, pero no se erige en autor de la misma. Por ello, Ernst Bertram se equivoca cuando, en sus comentarios sobre Nietzsche, afirma que él era el asesino de Dios.

La forma literaria y el nivel lingüístico alcanzan en *Zaratustra* el punto culminante. Aunque la obra está concebida con una intención filosófica, su lenguaje es el de un poema. El texto, que abunda en parábolas y metáforas, produce la impresión de un tratado religioso. Su autor llegó a definirlo una vez como «el quinto evangelio». Su filosofía de nuevo cuño está concebida como una contrarreligión, toma su savia vital de la confrontación con el dogma cristiano y pronostica incluso de forma ditirámbica una nueva filosofía basada en lo dionisíaco. Las parábolas y acontecimientos simbólicos son ligados entre sí según una orientación libre y a menudo restrospectiva. El viraje hacia una nueva filosofía de corte dionisíaco, hacia *Zaratustra*, implica al mismo tiempo un incremento de la pujanza del instinto estético creativo. El paisaje es incluido también en el contexto: la soledad de la alta montaña y sus estribaciones hasta el mar toman parte en el juego; en *Zaratustra* Nietzsche rindió homenaje a sus dos paisajes preferidos: la Alta Engadina y el cabo de Portofino, que delimita la bahía de Rapallo.

La obra, por extraño que pudiera parecer, no comienza con la idea del eterno retorno, pese a ser una temática que había absorbi-

Ullstein Bilderdienst, Berlin

do a Nietzsche. La primera parte introduce un motivo nuevo y diferente:

«Yo os muestro al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho vosotros para superarlo?... El superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad grite: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!

»¡Yo os exhorto, hermanos míos, a permanecer fieles a la tierra y a no creer a los que os hablen de esperanzas ultramundanas! Son envenenadores, tanto si lo saben como si no.

»Son detractores de la vida, gentes agonizantes y envenenadas, de los que la tierra está ya harta: que se marchen de una vez!

»En otros tiempos la blasfemia era la mayor ofensa a Dios, pero Dios ha muerto, y con él sus blasfemadores. Ahora blasfemar de la tierra y escudriñar las entrañas de lo impenetrable, prefiriéndolas al sentido de la tierra, es lo más terrible.

»Antes el alma miraba con desprecio al cuerpo, y este desprecio era el colmo de lo sublime: el alma quería un cuerpo delgado, repugnante y famélico, porque así le parecía más fácil huir de él y de la tierra.

»¿Qué es lo máximo que podéis experimentar? La hora del gran desprecio.»

Esta hora es el momento en que el hombre tiene que comenzar a elevarse sobre sí mismo, dado que la suerte, la razón, la virtud, la justicia y la compasión carecen de valor para él. Los rasgos esenciales del nuevo evangelio prometen un reino de este mundo sin trascendencia; puesto que Dios ha muerto el hombre sólo puede aspirar a superarse a sí mismo. Una religión sin Dionisos.

Pero tal cosa sólo es posible mediante la afirmación vital de la propia vida: así, frente a la moral cristiana, se ensalzan los placeres de la carne, y sobre todo se recalca la importancia de la existencia física. Lo único que se niega y se mira con ojos pesimistas es la forma actual de la especie humana; el hecho de que el hombre dionisíaco no se haya hecho realidad todavía en ninguna parte, justifica la intencionalidad pesimista de *Zaratustra,* su crítica de lo existente precisamente por la esperanza del futuro. (No podemos abordar en este punto las dificultades y deficiencias que trae consigo esta religión de recambio individualista, así que nos limitaremos a esbozar de manera sucinta el posterior desarrollo de la obra.)

◀ *Portofino, uno de los lugares preferidos de Nietzsche.*

Las auténticas virtudes del superhombre se cifran en el guerrero y en el soldado. No es el erudito a la búsqueda del conocimiento, un ser solitario, mal relacionado y sensible, quien simboliza el ideal del superhombre, sino la naturaleza física fuerte, vital y al mismo tiempo capaz de autodominio. Nietzsche, a menudo tan sediento de libertad, tiene de repente la visión embriagadora del poder de la disciplina. El, que ni siquiera hizo frente al conflicto desatado con su hermana, que fracasó por su físico como soldado y que se había enamorado siempre sin ser correspondido, hace predicar a Zaratustra: «El hombre debe ser educado para guerrero, y la mujer, para reposo del guerrero: todo lo demás es una insentatez.» Y también la siguiente recomendación: «¿Tienes trato con mujeres? ¡No olvides el látigo!» ilumina la intimidad de una vida a la que la negativa de Lou Andreas Salomé, las intrigas de su hermana Elisabeth y la estupidez de su madre llevaron al borde de la desesperación, y acaso al suicidio. Los elementos autobiográficos son en *Zaratustra* tan abundantes como en otras obras.

Nietzsche crea su obra capital para convencerse a sí mismo. El simboliza de manera ejemplar la problemática del artista, persona caracterizada por el individualismo y el subjetivismo, tal como lo recoge la estética desde el Romanticismo hasta mediados del siglo XX. Pero al mismo tiempo logra pasajes que figuran entre las joyas más preciadas de la literatura alemana. Citemos sólo un ejemplo: «La canción de la noche», que pertenece a la segunda parte de *Zaratustra* y que fue escrita en Roma:

«Es de noche, y las fuentes hablan más alto con su voz cantarina. Es de noche, y se despiertan las canciones de los enamorados... hay en mí un ansia de amor que habla el lenguaje del amor... Yo no conozco la felicidad de los que reciben... Una apetencia crece de mi belleza...»

Este lenguaje pulido responde al carácter aristocrático que Nietzsche confiere a su visión del superhombre. Su elitismo, que se retrotrae a época temprana cuando se dedicaba a investigaciones sobre los griegos, encaja de modo natural en esta concepción. Pero esta línea de pensamiento constituye, en realidad, una herencia apolínea: el hombre escogido, de elite, además de poderoso y vital, debe ser generoso. Pero el poder es la auténtica meta de la vida: «Por todas partes donde hallé vida, hallé el deseo de poder; y hasta en la voluntad del esclavo encontré el deseo de ser el señor.»

En la tercera parte de la obra, Zaratustra anuncia y revela su teología, es decir, el dogma del eterno retorno de las cosas. Esta

doctrina, que le asaltó el mes de agosto de 1881 en Sils con fuerza avasalladora, resultó mucho más difícil de desarrollar de lo que Nietzsche creyó en un principio. Quizá fueron incluso dificultades técnicas las que le forzaron a manifestar, al concluir *La gaya ciencia*, que deseaba enfrascarse de nuevo en el estudio. La idea del retorno se refleja al principio en unas imágenes horribles. En el pasaje titulado «La visión y el enigma», Zaratustra, que ha cobrado valor para enfrentarse a sus pensamientos más penosos, espeta a un enano que podría parecer un accesorio de la escenografía wagneriana del *Anillo*: «¡Enano! ¡O tú, o yo!» Y más adelante afirma: «El valor es el mejor matador de la muerte... El valor que ataca golpeará a la muerte hasta matarla, diciéndole: "Pero ¿era eso la vida? ¡Pues bien! ¡Comencemos de nuevo!"» Pero la escena de la serpiente negra que le ha entrado en la boca a un pastor dormido y de la que sólo cabe salvarse de una manera, según el consejo de Zaratustra, tan desesperada como repugnante, es decir, arrancándole a dentelladas la cabeza, denota cuán difícil era para Nietzsche soportar el pensamiento del eterno retorno. Porque: «¡Ay! ¡El hombre retorna eternamente! ¡El insignificante hombre retorna eternamente!»

¿No es esta concepción altamente contradictoria en sí misma? Por un lado, el hombre tiene que ser vencido para dar entrada al superhombre, mientras por otro prevalece la certeza de que todo lo que acaece está determinado y se desarrolla en círculos, como el tiempo, es decir, todo tiene que repetirse siempre por un imperativo fatal. ¿No son, en realidad, incompatibles las dos fuerzas motrices del libro?

Nietzsche recurre aquí a una concepción casi dialéctica, y que remite indirectamente a Hegel: las dos tesis, el principio del eterno retorno y la exigencia del superhombre, se unen precisamente en la contradicción, en el antagonismo antitético. En el retorno reside la posibilidad de la superación y perfección de la vida, y en él el mundo, en cierto modo, se enriquece consigo mismo. Por consiguiente, lo que desaparece, lo que expira, queda como reserva para el futuro. Por ello la disposición de Zaratustra al autosacrificio trágico resulta un triunfo: «Amo a los que se extinguen con todo mi amor, porque ellos pasan al otro lado.» Y, además, puede añadir: «¡Te amo, eternidad!»

Esta obra asombrosamente rica termina, en realidad, con la tercera parte. Así lo pensó Nietzsche en un principio. Pero no tardó en cambiar de idea, y proyectar una continuación. Al final redactó una cuarta parte, que apareció el año 1885 en una edición privada de tirada muy limitada; algunos años después (tras la muerte espiri-

Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlin 1942)

La «Canción de la embriaguez», perteneciente a la última parte de Zaratustra.

tual de Nietzsche) fue accesible al público. Buena culpa de estos hechos la tuvieron las dificultades con su editor. Así considerado, *Así habló Zaratustra* es una obra inacabada. *El gran mediodía*, la visión que finalizaría la cuarta parte y en la que introduce un nuevo motivo, ya no sería concluida.

La conciencia de la propia valía había experimentado una considerable alza al terminar de redactar la tercera parte. En febrero de 1884 Nietzsche escribía a Rohde: «Creo que con este Z. he llevado la lengua alemana a su culminación. Tras Lutero y Goethe había que dar un tercer paso, y yo lo he dado; si no, amigo mío del alma, observa si alguna vez han estado tan estrechamente unidas en nuestro idioma la fuerza, la ductilidad y la armonía.»

Aquí Nietzsche se elogia a sí mismo de modo poco comedido y establece comparaciones hiperbólicas: la cita es como un relámpa-

go que ilumina la escena de un Nietzsche que ha alcanzado la cumbre. Con *Zaratustra* comienza su autoapoteosis –«Iré con mis propias alas a mi propio cielo»–, salida desesperada de una vida que ha fracasado en el mundo.

El sabor de la adversidad

La vida no se había hecho para Nietzsche más liviana y agradable mientras daba los últimos toques a *Zaratustra*. Su salud había vuelto a empeorar y el entorno le ofrecía toda clase de insatisfacciones y disgustos. La impresión del libro se retrasaba. Su editor, Schmeitzer, no confiaba ni siquiera en un éxito moderado de la obra, y al final se publicó sin ilusión y con desgana. En 1885, para eludir nuevas dificultades con Schmeitzer, Nietzsche pagó de su propio bolsillo la edición de 40 ejemplares de la cuarta parte. Por otro lado el barón Heinrich von Stein, un nuevo adicto a Nietzsche y a su filofosía, se distanció de él, que no le perdonó que siguiera siendo wagneriano.

Los conflictos con su hermana y su madre eran interminables, y los intentos de reconciliación acarreaban nuevas tensiones. En 1883 confesaba a Overbeck: «No me gusta mi madre, y cada vez que oigo la voz de mi hermana me chirrían los oídos; siempre que he estado con ellas he caído enfermo.» Al año siguiente escribía al mismo amigo: «Tengo que quitarme de encima de una vez por todas el asunto de mi familia; durante dos años he intentado una y otra vez arreglarlo y serenar los ánimos, pero todo ha sido en vano.»

A lo largo del verano de 1883 su madre y su hermana le acosaron para que volviera a la universidad. Nietzsche, como tantas otras veces, se dejó influir y tanteó las posibles perspectivas en Leipzig. Cuando se enteró de la cruda realidad, informó a Gast: «Heinze, el actual rector de la Universidad, me ha contestado que mi solicitud no tendrá éxito en Leipzig y probablemente tampoco en cualquier otra universidad de Alemania, porque la facultad, debido a mi posición con respecto al cristianismo y a mis ideas sobre Dios, no se atreve a proponerme al Ministerio. ¡Estupendo! Ese punto de vista me ha devuelto la conciencia de mi propia valía.» Esta respuesta negativa de la Universidad de Leipzig provocó una decepción en Nietzsche y una reafirmación de su soledad.

A estas contrariedades se sumó un acontecimiento más desagradable y que le causó un profundo disgusto y enfado: el compromiso matrimonial de su hermana Elisabeth con Bernhard Förster, un



Jllstein Bilderdienst, Berlin

◀ *Elisabeth Förster-Nietzsche en 1916.*

maestro wagneriano berlinés que predicaba el antisemitismo y que había tenido que dimitir de su cargo por sus actividades de agitación política. Elisabeth comenzó a ofender a su hermano dirigiéndole cartas cargadas de antisemitismo. La indignación de Nietzsche crecía por momentos, sobre todo desde que supo que Förster había participado de manera ostensible en las intrigas de su hermana contra Lou Andreas Salomé. Durante largo tiempo su hermana Elisabeth logró convencer al mundo de que el resentimiento de su hermano se aplacó pronto, ya que nueve meses después de la boda, celebrada en mayo de 1885, Bernhard y Elisabeth Förster emigraban a Paraguay, país en el que Förster creía haber encontrado la misión de «colonizador» alemán. Sin embargo, se ha demostrado que la hermana falseó casi todas las manifestaciones epistolares de Nietzsche sobre este asunto. Nietzsche encaraba la cuestión desde una perspectiva independiente, crítica y soberana. En sus obras predominan las observaciones de respeto hacia los judíos. Y por más que hay elementos de su filosofía que son antecedentes del fascismo por el influjo que en éste desempeñaron, Nietzsche fue todo menos antisemita. El matrimonio de su hermana con un hombre como Förster le hirió en lo más hondo. A este respecto no olvidemos la frase de su última carta a Burckhardt, escrita durante su desmoronamiento: «...Todos los antisemitas deberían ser suprimidos.»

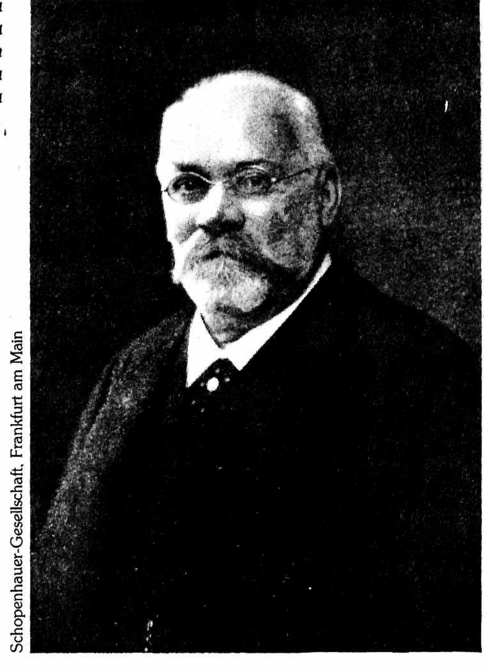
6. Al borde del precipicio

En los años que preceden al desmoronamiento final, no acontecen en la vida del filósofo alemán sucesos externos de relevancia. Nietzsche parece haber encontrado su propio ritmo: verano en Sils, invierno en Italia y en esta época, en Niza preferentemente, aunque el de 1888 lo pasa en Turín. Nietzsche se distancia un tanto de Gast, cuya creatividad musical intentaba dirigir de alguna forma. Más gravedad tienen sus desavenencias con Rohde, aparentemente sin causa justificada, por lo que deben considerarse un indicio de su creciente desequilibrio, de su soledad espiritual y de la subsiguiente irritabilidad.

En septiembre de 1887 Deussen, que acaba de ganar la cátedra de Filosofía, visita a Nietzsche en Sils acompañado de su esposa. Este informó a Gast de esta visita «graciosa y conmovedora», pero se mostró respetuoso y amable con Deussen, a quien no veía desde hacía tiempo. Deussen le hizo un dibujo a pluma. Posteriormente, en sus memorias, describió con todo lujo de detalles la impresión que Nietzsche le causó en Sils:

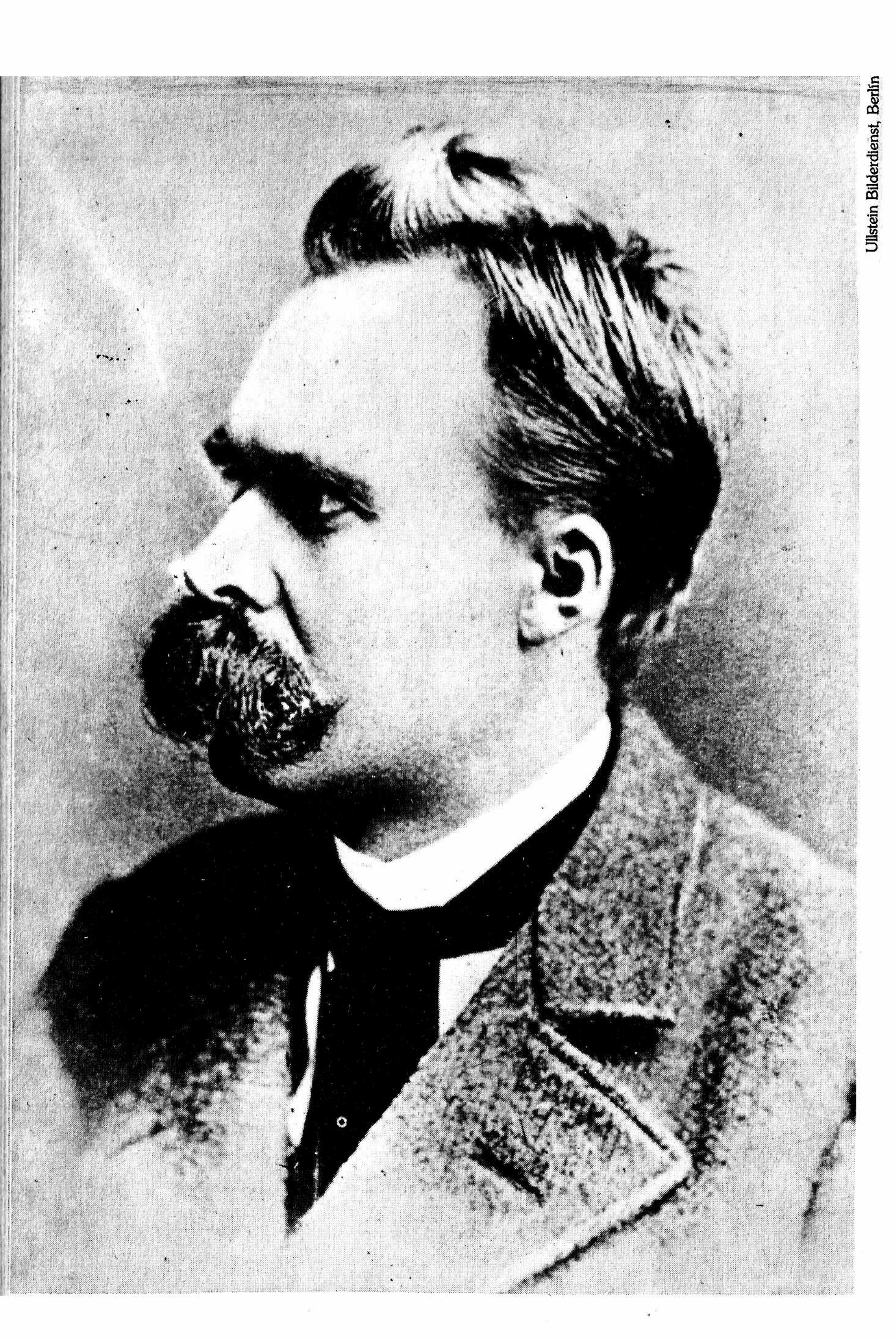
«Una maravillosa mañana de otoño –refiere Deussen–, a la vuelta de Chiavenna, atravesamos mi esposa y yo el puerto de Maloja, y de repente apareció ante nuestros ojos Sils-Maria. Yo corrí, con el corazón palpitante, al encuentro de mi amigo y le abracé hondamente conmovido tras una separación de catorce años. ¡Pero cuán diferente este Nietzsche al que yo conocía! Ya no era el hombre de porte orgulloso, paso elástico y hablar fluido. Nietzsche parecía arrastrar los pies con dificultad, andaba ligeramente encorvado hacia un lado, y sus palabras eran, a menudo, torpes y atropelladas. Quizá todo se deba a que yo le vi en uno de sus días malos. "Querido amigo –me dijo, mirando con tristeza a las nubes que correteaban por el cielo–, si no tengo sobre mi cabeza un cielo limpio y azul, no conseguiré ensamblar mis pensamientos." Luego me condujo a sus lugares predilectos. Todavía recuerdo con especial intensidad una pradera situada al borde de un precipicio, al fondo del cual bramaba un arroyo de montaña. "Este es –me dijo–

Paul Deussen visitó a Nietzsche en Sils-Maria cuando el filósofo, sumido en la soledad de su prolongada marginación, se encontraba ya muy cerca de la locura.



Schopenhauer-Gesellschaft, Frankfurt am Main

mi sitio favorito: en él suelo descansar y en él se me ocurren los mejores pensamientos." Mi esposa y yo nos alojábamos en un hotel cercano a un restaurante al que acudía Nietzsche para tomar un almuerzo consistente, por lo general, en una sencilla chuleta o algo parecido. Nosotros nos retirábamos a descansar durante una hora. Apenas había transcurrido ese tiempo, cuando nuestro amigo llamaba otra vez a nuestra puerta, preguntando con delicadeza y una cierta preocupación si todavía estábamos cansados, pidiéndonos disculpas por haber llegado demasiado pronto, etc. Menciono todo esto porque, en el pasado, Nietzsche era de carácter despreocupado y no hubiera sido capaz de semejante deferencia y consideración, así que el hecho me pareció que ilustraba muy bien su estado. A la mañana siguiente me llevó a su casa, su madriguera, según sus propias palabras: una sencilla habitación en una casa de campo, situada a tres minutos de la carretera. Nietzsche la había alquilado durante toda la temporada al precio de un franco diario. El mobiliario era de una parquedad extrema: sus libros, en su mayoría los mismos que antaño y que yo conocía tan bien, una rústica mesa sobre la que campaban en un abigarrado revoltillo una taza



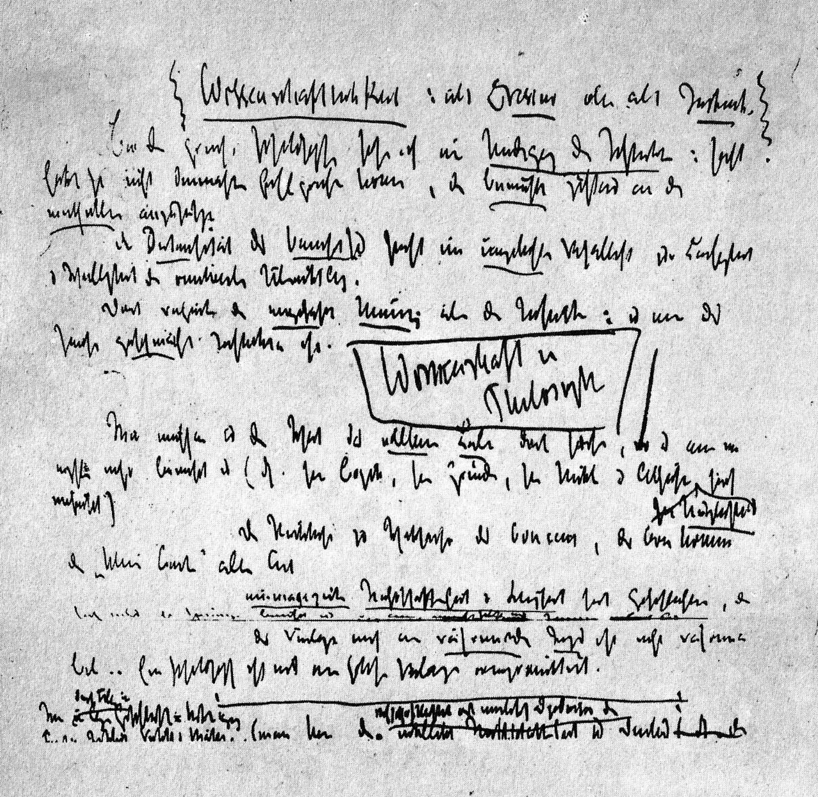
Ullstein Bilderdienst, Berlin

de café, cáscaras de huevo, manuscritos, objetos de tocador, y más allá un par de botas y la cama deshecha. Todo allí indicaba la negligencia indulgente del hombre que se conforma con cualquier cosa. Partimos al atardecer y Nietzsche nos acompañó en el trayecto de una hora hasta el pueblo más cercano. Una vez en él Nietzsche expresó los sombríos presentimientos que le asediaban y que, por desgracia, no tardarían en cumplirse. Al despedirnos, tenía los ojos llenos de lágrimas: era la primera vez que le veía llorar.»

Las últimas creaciones

Al intentar examinar la obra tardía de Nietzsche, lo primero que salta a la vista es la polémica que se ha entablado entre sus investigadores y sus críticos. Pero incluso una biografía como ésta, que no pretende un análisis exhaustivo sobre aspectos filológicos ni filosóficos, tiene que abordar, aunque sea de pasada, este problema. La catalogación de las obras posteriores a *Así habló Zaratustra* y escritas en los últimos cuatro años de actividad creativa no admite objeción alguna: *Más allá del bien y del mal* (1886), *Genealogía de la moral* (1887), *El caso Wagner*, *Ditirambos dionisíacos*, *Crepúsculo de los ídolos*, *El Anticristo*, *Ecce Homo* y *Nietzsche contra Wagner*, redactada el año anterior a su derrumbamiento. Las divergencias y polémicas surgen a propósito de una obra que habría de convertirse en la más famosa después de *Así habló Zaratustra*: *La voluntad de poder*. En 1906, con motivo de una edición del libro, Elisabeth Förster-Nietzsche escribió: «A finales del invierno de 1888, mi hermano concluyó la concepción general de su obra capital, *La voluntad de poder*...» Con toda certeza, los 1.067 aforismos que integran el libro proceden de los escritos póstumos de Nietzsche y debieron ser recopilados y seleccionados según el criterio de editores influidos por su hermana. La estructuración de la obra, tal como se nos ha transmitido, goza de apoyos muy escasos en los proyectos y testimonios del propio Nietzsche. Después de redactar la tercera parte de *Así habló Zaratustra*, escribió a Gast: «...Durante los próximos seis años me dedicaré a elaborar y desarrollar un proyecto que resumirá mi "Filosofía". Por ahora el asunto va bien y es muy prometedor.» Pero el hecho es que esta obra básica de Nietzsche no fue concebida tal como hoy la conocemos. Cabe dudar, en un principio, que él hubiera elegido un título como *La voluntad de poder* para una de sus obras. Es cosa sabida y demos-

◀ *Nietzsche en 1887.*



Friedrich Würzbach: *Nietzsche* (Propyläen Verlag, Berlin 1942)

trada fehacientemente desde hace tiempo que las obras póstumas fueron editadas con mucha ligereza. Schlechta, que ha sacado a la luz numerosas falsificaciones de la hermana de Nietzsche, echa la culpa exclusivamente a ésta, mientras que Erich F. Podach ataca también, quizá con razón, a esa elite de prestigiosos catedráticos alemanes que durante décadas participaron o toleraron la desidia editorial y la formación y pervivencia de una realidad falseada ligada a aquélla. A la vista de estas circunstancias, Karl Schlechta, llevado por un afán purificador tan riguroso como comprensible, emprendió una reordenación de los escritos de los años ochenta y publicó su excelente edición de las obras completas de Nietzsche, desestimando el título *La voluntad de poder* y renunciando a cualquier estructuración que no procediera de la mano de Nietzsche, basándose en principios muy justificables desde el punto de vista

«Borrador del proyecto de La voluntad de poder. *Un intento de transmutación de todos los valores. Sils-Maria, agosto de 1888.»*

Entwurf des Planes zu:

Der Wille zur Macht.

Versuch einer Umwerthung aller Werthe.

— Sils-Maria
am letzten Sonntag des
Monat August 1888

◀ *Notas manuscritas para* La voluntad de poder.

filológico. Destacados investigadores de Nietzsche, como Karl Löwith, han argumentado en contra de este criterio. De todos modos resulta curioso que un libro que ha ejercido un influjo enorme en la historia del pensamiento se haya convertido ahora en un montón de aforismos aislados. No obstante, nos adherimos a la opinión de Schlechta: él no mutiló a Nietzsche, sino que liberó sus escritos póstumos de los desafueros cometidos por los editores anteriores. La nueva estructuración no sistemática no afecta ni a la actividad creativa de Nietzsche ni a su filosofía. Estas obras atesoran fragmentos de una poderosa grandiosidad: pero, a pesar de sus amplias dimensiones, apenas se hallan en ellas ideas básicas que no puedan ser inferidas y desarrolladas a partir de las demás obras que sabemos salieron punto por punto de la pluma de Nietzsche. Desde *Humano, demasiado humano* el filósofo desarrolló su pensamiento

Nietzsche Archiv, Weimar

Fragmento de Los ditirambos dionisíacos, *1886.*

sobre todo a base de aforismos, y a este estilo adecuó su método de trabajo. Seleccionaba sus materiales de entre las abundantes notas y apuntes, y luego los ordenaba, a menudo utilizando un criterio asociativo; en algunas ocasiones los volvía a emplear en otros contextos, y en otras los eliminaba y desechaba de manera definitiva. Por lo que respecta a sus obras póstumas, cabe afirmar, sin sombra de duda, que entre los años 1882 y 1888 Nietzsche se dedicó a la temática que las anteriores ediciones de sus obras agrupaban erróneamente bajo el título *La voluntad de poder.* Por más que el mismo Nietzsche calificara a su *Zaratustra* de «antesala», el caso es que la «obra capital» no fue redactada, quedó en esbozo. Hay un factor adicional que impide un análisis sereno de las obras que surgen en los últimos cuatro años antes de su derrumbamiento: a medida que se transforma el estado global de salud de Nietzsche, su autovaloración y su íntima convicción de ser un elegido crecen desmesuradamente. Cabe pensar que si es, en realidad, cierto que las tres primeras partes de *Zaratustra* fueron redactadas cada una en diez días, en sus obras tardías debía de querer crearlas en lapsos de tiempo similares para acentuar la impresión divinizadora de su inspiración. Teniendo en cuenta su peculiar método de trabajo, no debió resultarle difícil recopilar, seleccionar y dar forma definitiva a

sus manuscritos, de modo que en muy pocas semanas quedaban listos para la imprenta. Todo a partir de la ingente cantidad de aforismos que se incrementaba de día en día. Dictaminar en qué pasajes de dichos manuscritos la enfermedad progresiva de Nietzsche influyó en el contenido y en la forma expresiva, es una tarea muy ardua. De acuerdo con el conocimiento que tenemos de su historial clínico es casi imposible determinar con exactitud cuál fue el momento concreto de su proceso de destrucción espiritual en el que se puso en entredicho su propia obra. Pero las recientes investigaciones de Podach recogidas en *Nietzsches Werke des Zusammenbruchs* (Obras de la última época de Nietzsche) parecen probar que las obras *Nietzsche contra Wagner*, *El Anticristo*, *Ecce Homo* y *Ditirambos dionisíacos*, escritas entre el 21 de septiembre de 1888 y los primeros días de 1889 durante la segunda estancia de Nietzsche en Turín, llevan ya el sello del desmoronamiento de su autor.

Pero son precisamente estas obras, junto con otra muy discutida, *La voluntad de poder*, las que han ejercido siempre una fuerza de atracción singular, casi mágica, sobre los entusiastas partidarios de Nietzsche. En este aspecto su autor está expuesto a los mismos malentendidos (fecundos a veces) que Hölderlin, al que sus admiradores, a la vista de sus últimos poemas, comenzaron a considerarlo un ser muy especial. Cualquier interpretación especulativa puede ser legítima desde el punto de vista filosófico. Pero el esbozo de una biografía requiere cautela.

En 1886 y 1887 Nietzsche volvió a editar todas sus grandes obras escritas hasta esa fecha y les dio el visto bueno mediante prólogos elaborados expresamente. Excluyó de la edición únicamente las *Consideraciones inactuales*, aunque admitiendo *El origen de la tragedia*, teoría de la que se había distanciado tiempo atrás. Este hecho demuestra, sin lugar a dudas, que consideraba su obra como un todo. Los grandes temas de Nietzsche surgen en épocas tempranas y se mantienen luego con el correr de los años, de modo que aquel que pretenda iniciar el estudio del filósofo alemán, no necesita sumergirse de entrada en la intrincada problemática de las obras póstumas o de su última época. El pensamiento de Nietzsche puede también ser descubierto y comprendido a partir de sus creaciones anteriores. Sin embargo, toda la obra posterior a *Así habló Zaratustra* acentúa una serie de conceptos que, a raíz de su influencia en la historia, determinan de manera decisiva la imagen de su autor. Por ello, el análisis del último periodo no debe orientarse tanto a las obras aisladas como los círculos temáticos más importantes de los últimos años.

El nihilismo como lógica de la decadencia

El amoralismo de Nietzsche tuvo un desarrollo temprano y muy coherente. Tras su distanciamiento del cristianismo erigió la filosofía de lo dionisíaco, definida en un principio desde una perspectiva estética. En los primeros años de Basilea, Nietzsche, influido por Burckhardt, abandona la primacía de lo estético en beneficio del individuo histórico: el aspecto del poder fue un elemento esencial para enjuiciar la historia. Por entonces Nietzsche ya tenía unas ideas «más allá del bien y del mal», puesto que negaba cualquier posibilidad de justificar los postulados morales y los juicios humanos sobre lo justo y lo injusto. Esta tendencia, proseguida en su obra de juventud *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*, persiste y se fortalece posteriormente. Su concepción de que el mundo y la vida carecen de sentido perceptible en sí mismo, es decir, de que las interpretaciones anteriores son resultado del hombre, y por tanto sujetas a fácil impugnación, y de que la tarea realmente importante que éste tiene en un mundo carente de sentido en sí es superar su propia vida, determina la obra tardía de Nietzsche. En el verano de 1887 escribe: «La forma más extrema de nihilismo sería comprender que cualquier creencia, cualquier aceptación de la verdad, son necesariamente falsas, ya que de ninguna manera existe un mundo verdadero. Todo se reduce a una apariencia de perspectiva.» Y en otro lugar: «Imaginemos esta idea en su forma más espantosa: la existencia tal como es, sin sentido ni meta, pero que retorna inevitablemente, sin un final en la nada: "el eterno retorno". He aquí la forma más extrema de nihilismo: ¡la nada (lo "sin sentido") eterna!» Pero el nihilismo tiene una doble manifestación antagónica y paradójica:

«El nihilismo, en cuanto fenómeno normal, puede ser un síntoma de fuerza creciente o de creciente debilidad:

»Por un lado, aumenta tanto la fuerza para crear, para querer, que llega un momento en que no precisa explicaciones globales ni formulaciones de sentido ("objetivos inmediatos", Estado, etc.).

»Por otro, hace disminuir la fuerza creadora de sentido y convierte la decepción en el estado predominante, la incapacidad de creer en un "sentido", en "escepticismo".»

El nihilismo es, pues, fuerza y debilidad al mismo tiempo: fuerza en la medida en que el conocimiento humano ve en la emergencia de aquél un proceso necesario, gracias al cual cualquier falsificación ideológica será desenmascarada y cualquier idea valiosa retira-

Jenseits

von Gut und Böse.

Vorspiel

einer

Philosophie der Zukunft.

Von

Friedrich Nietzsche.



Leipzig

Druck und Verlag von C. G. Naumann.

1886.

Portada de la primera edición de Más allá del bien y del mal, *Leipzig, 1886.*

da de la circulación. Debilidad, porque su emergencia revela el agotamiento y el fracaso de toda la cultura precedente. De esta debilidad, designada por Nietzsche con el término *décadence*, emana el nihilismo, que es, por tanto, una consecuencia de la decadencia, su *lógica*, como Nietzsche afirma en una ocasión. La decadencia es inevitable, ya que es un proceso irrefrenable y fatal. En este punto, Nietzsche acusa un agudo influjo de las tendencias biologistas. De aquí a la tesis del derecho del más fuerte a la existencia, de que a los débiles hay encima que ayudarlos a caer, de que la decadencia es un acontecimiento alegre –tesis que ya defendió en *Así habló Zaratustra* y que desde esa obra está siempre presente– no hay más que un paso. La idea de *La voluntad de poder* derivada del nihilismo se convierte, de hecho, en una transmutación de todos los valores:

«El sentido del título con el que debe ser denominado este evangelio del futuro no deja lugar a dudas: "La voluntad de poder. Intento de transmutación de todos los valores"; esta fórmula revela un movimiento antagónico, que desea devenir en principio y fin; un movimiento que en algún momento del futuro reemplazará aquel perfecto nihilismo, y que lo presupone desde un punto de vista lógico y psicológico; un movimiento que sólo puede surgir del nihilismo. Pero ¿por qué se aboga ahora por la necesaria instauración del nihilismo? Porque todos nuestros valores anteriores desembocan y concluyen en él; porque el nihilismo es la consecuencia lógica, el final de nuestros grandes valores e ideales: hay que experimentar el nihilismo para desentrañar el secreto de esos valores, para ver en qué consiste realmente el valor de esos "valores"... Necesitamos, en cualquier momento, nuevos valores...»

El nihilismo, en cuanto acontecimiento inaplazable y necesario, no es, al igual que el bien y el mal, un valor en sí mismo: es simplemente un síntoma revelador que Nietzsche diagnostica con esa agudeza y sagacidad a las que debe su fama, aunque sus pronósticos son muy discutibles. Si la interpretación consiste en una reordenación o disposición de los valores, la concepción nihilista del mundo está, en sí misma, desprovista de valor. Entonces, el historicismo y la moderna ciencia de la naturaleza son formas nihilistas de expresar nuestra actitud ante el mundo. El diagnóstico es concluyente. Pero, ¿es apropiada la terapéutica que recomienda?

La voluntad de poder como principio terapéutico

Es una cuestión muy debatida si Nietzsche pretendió realmente desarrollar en una obra fundamental su teoría sobre la voluntad de poder. La idea pertenece al círculo temático central de la década de los ochenta. El punto de partida podría situarse en la necesidad, reconocida tiempo atrás, de sustituir la voluntad abstracta de Schopenhauer por un principio más concreto. Nietzsche lo intenta en *Más allá del bien y del mal* –y no sólo en esta obra– recurriendo a concepciones de marcado tinte biologista:

«En fin, suponiendo que se pudiera explicar toda la vida instintiva del hombre como la ampliación y ramificación de la forma primitiva de la voluntad (de la voluntad de poder, como yo la denomino); suponiendo que todas las funciones orgánicas pudieran reducirse a esa voluntad de poder y que también encontrasen en ella solución los problemas de la procreación y de la alimentación –tarea problemática, como se ve–, entonces sería lícito definir de manera unívoca cualquier fuerza eficaz como voluntad de poder. El mundo visto desde dentro, el mundo según su "carácter inteligible", sería pura y simplemente "voluntad de poder". Nada más.»

Cabría aducir numerosas citas similares a ésta. Hasta la nutrición sería una consecuencia de esta insaciable voluntad de poder: es «la voluntad de vivir, inagotable y que se sostiene a sí misma», el «principio de la vida» por antonomasia; el hecho originario de toda la historia, que los hombres geniales subliman en el arte, una embriaguez de la voluntad, que anhela el arte. Nietzsche escribe en *Crepúsculo de los ídolos:*

«El supremo sentimiento de poder y seguridad se expresa en todo lo que tiene un gran estilo. El poder, que no necesita demostración alguna; que desdeña el agradecimiento; que reacciona con rudeza; que se experimenta en sí mismo, sin testigos; que vive sin saber que hay fuerzas antagónicas contra él; que descansa en sí mismo, fatalista, como una ley entre leyes: todo esto lleva dentro de sí el sello del gran estilo.»

Los mismos aforismos revelan la aversión antigua por el carácter socrático, por la racionalidad y el conocimiento. La voluntad ciega, enteramente instintiva, no es sólo el principio de la vida, sino también del proceso creador. Estas interpretaciones, llenas de saga-

cidad, fueron formuladas una generación antes que la de Freud, pero a pesar de que cuestionaban la concepción de los valores hasta entonces admitida, no lograron ser lo que pretendían: el preludio de una filosofía del futuro.

Elitismo

La transmutación de todos los valores supone la instauración espontánea de otros. Aparentemente, el carácter revolucionario y original de Nietzsche consiste en esto: él, el enfermo, el solitario, el incomprendido e ineficaz durante toda su vida, celebra al fin el triunfo de la fuerza. Desde la filosofía dionisíaca de *El origen de la tragedia*, pasando por *Así habló Zaratustra*, hasta sus últimas creaciones, todo es un flujo, una tensión hacia el poder, una exaltación del poder bajo múltiples formas. El nuevo evangelio es una apología de la fortaleza física y espiritual, y la futura elite que detente el poder reunirá ambas cualidades: será una aristocracia de los señores, que aceptan con total tranquilidad el sacrificio de los débiles, de los esclavos. El superhombre, el hombre superior –aristócrata, dominador tiránico, héroe– es el valor máximo, la culminación de la sociedad humana y de su historia:

«La revolución, el caos y la miseria de los pueblos carecen, en mi opinión de importancia. Lo importante es la miseria y el desamparo de los grandes hombres en su camino... Las miserias de los demás hombres, aun tomadas en conjunto, nada significan en sí mismas si no se relacionan con el sentir del hombre poderoso. Pongamos un ejemplo concreto: La revolución hizo posible a Napoleón; fue su justificación. Si hubiera una recompensa parecida, habría que desear el derrumbamiento anárquico de toda nuestra civilización. Napoleón hizo posible el nacionalismo: ésa es su excusa.»

Nietzsche pretendía ser el profeta de una elite futura, minoritaria, privilegiada, la clase dominante. Sin embargo, a dicha elite le esperaba un camino duro y austero:

«A tales hombres, que son los que me interesan, les deseo sufrimientos, abandono, enfermedades, pesares y humillaciones:

Friedrich Nietzsche, *por Edward Munch. Thielska Galleriet, Estocolmo.* ▶



les deseo que aprendan a saborear el desprecio hacia sí mismos, el tormento de la desconfianza en sí mismos, el dolor del vencido; no me inspiran compasión alguna, porque les deseo lo único que puede demostrar hoy si el hombre tiene valor o no, es decir, la firmeza.»

Este lema del estoicismo por el estoicismo puede ser considerado como uno de los postulados básicos de las ideas existencialistas del siglo XX: con esta concepción de la grandeza individual del hombre aristocrático, Nietzsche se revela como uno de los más importantes precursores de una rama de la filosofía futura, sobre todo en Alemania. Para él los poderosos, la elite, son «fieras» para las que la divisa de «vivir peligrosamente» se convierte en la clave para acceder al secreto de una vida aceptable. Frente a esto, el código moral del esclavo, del animal gregario, expresa su debilidad:

«Las sensaciones agradables que nos inspira el hombre bueno, amistoso, justo (mientras el nuevo hombre superior provoca tensión y pavor) denotan seguridad e igualdad; el hombre gregario ensalza su propio carácter gregario porque en él se siente a gusto. Esta opción cómoda se enmarca con bellas palabras, y surge la "moral".»

Nietzsche, que en *El Anticristo* se desata en furibundas invectivas contra el cristianismo, se atreve a adentrarse al mismo tiempo en la especulación teológica y pergeña aforismos muy sagaces que impresionan a cualquier creyente: «Es un puro disparate considerar la "fe", por ejemplo, en la redención por Cristo, como la esencia del cristianismo: el cristianismo sólo es una práctica, es decir, llevar una vida semejante a la de Aquel que murió en la cruz...» Y de pronto suenan acordes que armonizan misticismo y romanticismo, tan característicos de Nietzsche: «El "reino de los cielos" es un estado del corazón, no algo procedente de "más allá de la tierra" o "más allá de la muerte". El concepto de la muerte natural falta en el Evangelio: la muerte no es un puente, ni un tránsito, sino ausencia de ellos, porque no existe otro mundo distinto; su existencia es pura ficción, mero símbolo. La "hora de la muerte" no es un concepto cristiano, porque la "hora", el tiempo, la vida física y sus crisis, no existen en absoluto para el Maestro del Evangelio... El reino de Dios es nada, espera y espera de la nada; no tiene pasado ni futuro;

Nietzsche asistió a veinte representaciones de Carmen, *de Bizet.* ▶


CARMEN
Opéra-Comique en quatre actes.
I. MEILHAC ET L. HALÉVY.
MUSIQUE DE GEORGES BIZ

no vendrá en "mil años": es una experiencia del corazón; está en todas partes, y en ninguna.»

A la vista de tales manifestaciones, uno se puede sentir tentado a definir a Nietzsche como el paradigma del ateo moderno cercano a Dios; con todo, no debe olvidarse el contenido global de sus manifestaciones sobre el cristianismo. El amoralismo de Nietzsche consiste hasta el final en una oposición extrema a las ideas cristianas. Y esto sucede incluso si analizamos la última conclusión de *El Anticristo*, que supone casi la inversión de lo anterior y un indicio claro de la locura que se le avecina a pasos agigantados.

La fase final de Nietzsche parece un intento de recapitulación, de aclarar cosas en las que nunca se había detenido a pensar. Sería erróneo justificar ese fenómeno aduciendo que presentía el final. En 1888, Nietzsche experimenta el último acceso de una furia creativa sin precedentes, pero sus escritos muestran ya las sombras fantasmales de la inminente noche. Wagner había muerto en 1883; cinco años más tarde, Nietzsche vuelve a entablar una disputa con ese hombre, ya desaparecido, a quien debía tantas cosas, pero a quien no había dejado de considerar su más importante enemigo intelectual. En la primavera de 1888 escribe un libelo titulado *El caso Wagner*; pero, no contento con esto, hacia finales de año recopila argumentos de sus escritos anteriores dirigidos contra su pretendido antagonista y unifica todos estos apuntes en un manuscrito titulado *Nietzsche contra Wagner*, concluido en navidades. Es la última obra de Nietzsche. En *El caso Wagner* no disimulaba el odio contra el compositor, y la utilización de Bizet como arma arrojadiza en contra de Wagner demuestra la ofuscación que el resentimiento y la envidia del filósofo infundían en su capacidad, generalmente muy acusada, para discernir las obras musicales de calidad. Nietzsche decidió asistir a veinte representaciones de *Carmen*. Pero *Ecce Homo*, esa obra autobiográfica, quizá la más extraña de todas, revela que sus apreciaciones en cuestiones de música se habían transformado por completo: «Una palabra más dirigida a oídos selectos: espero verdaderamente de la música la serenidad y profundidad de una tarde de octubre; la singularidad y alegría de una mujercita dulce, desenvuelta y atractiva...» Nietzsche desprecia en conjunto a Wagner, tachándole de comediante y conceptuándole un artista que revela calidad en contadas ocasiones, en detalles, es decir, un genio malogrado. En su crítica le acusa de contener rasgos patológicos:

«El arte de Wagner está enfermo. Los temas que lleva al esce-

nario –problemas de personajes históricos–, su pasión convulsiva, su sensibilidad enfermiza, su gusto estético, que introducía especias cada vez más fuertes, su inestabilidad que disfrazaba de normas, y sobre todo la elección de sus héroes y heroínas, considerados como tipos fisiológicos, (¡una galería de enfermos!): todos estos elementos juntos componen un cuadro clínico que no deja lugar a dudas: *Wagner est une névrose.*»

De manera inconsciente, Nietzsche reviste a Wagner de los rasgos de su propio estado mental.

7. El final: Dionisos contra el Crucificado

El 3 de enero de 1889 Nietzsche envió desde Turín tres misivas. En una de ellas afirma que «un cierto bufón divino de estos días ha concluido los *Ditirambos de Dionisos*». Se refiere a poemas suyos compuestos entre 1884 y 1888 y que acababa de corregir y de darles forma definitiva. En clave cifrada, dichos poemas aluden a su relación amistosa con Cosima Wagner, que aparece bajo el símbolo de Ariadna. Esta personificación simbólica ilustra sobremanera el estado en que se encontraba Nietzsche a causa de su ruptura con sus amigos de Bayreuth. He aquí un fragmento del poema titulado «Lamentación de Ariadna»:

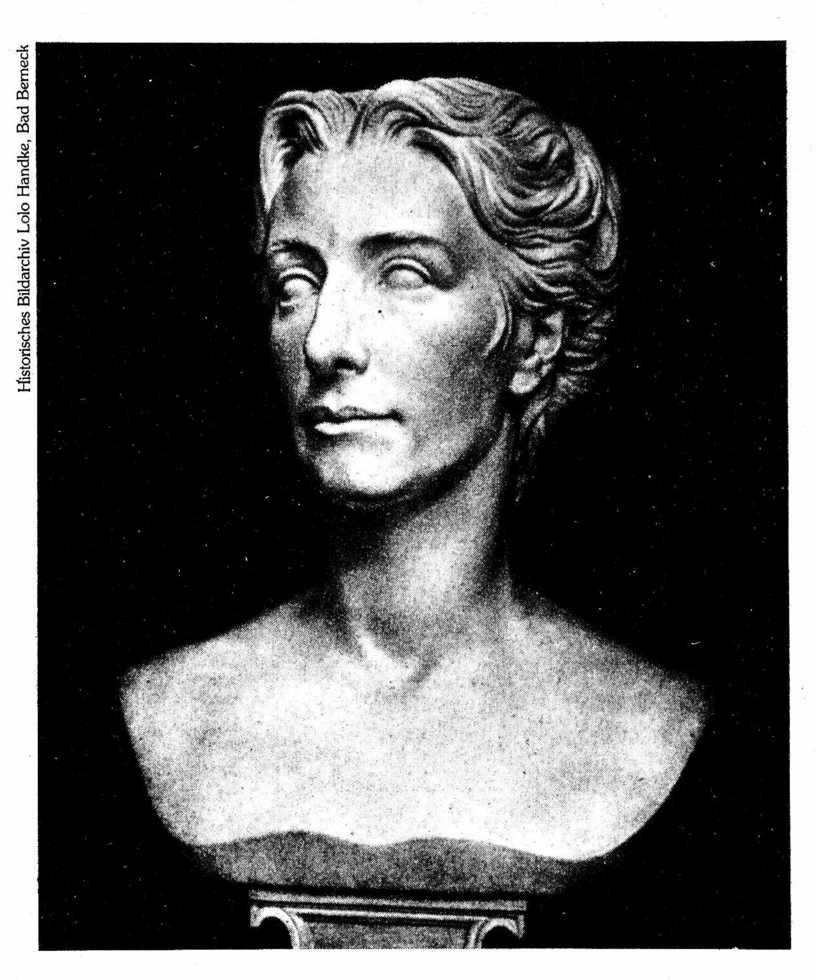
¡No!
¡Vuelve!
Con todos tus tormentos, ¡pero vuelve! [...]
Son mis lágrimas un río
que corre hacia ti;
aviva el corazón sus últimos
rescoldos para ti.
¡Ay! ¡Vuelve
tú, mi dios desconocido! ¡mi dolor!
¡mi felicidad postrera!

En *Ecce Homo* Nietzsche, mirando retrospectivamente a la «Canción de la noche» de *Zaratustra,* escribe: «Jamás anteriormente fueron puestos en verso, ni sentidos, ni padecidos los sufrimientos de un dios, los sufrimientos de Dionisos. La respuesta a semejante ditirambo que escenifica el crepúsculo del sol y la inminencia de las sombras sería Ariadna... Pero ¡nadie sabe, excepto yo mismo, quién es Ariadna!...» Este secreto lo reveló Nietzsche en su última carta a Burckhardt, escrita ya en plena demencia: «El resto queda para Cosima... Ariadna.»

La belleza llena de aristas de los *Ditirambos dionisíacos*, publi-

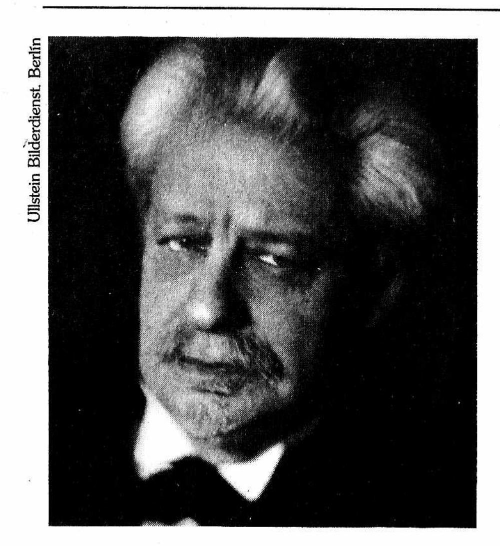
cados por Gast en 1891, ha extasiado y fascinado siempre a los admiradores de Nietzsche. Los poemas no alcanzan las dimensiones que se les ha querido dar, pero muestran la trágica envergadura del sufrimiento al que estuvo expuesto su autor durante su última fase creativa. Nietzsche intentó en vano conjurarlo, porque no podía luchar contra su propia naturaleza. Al final le quedó un asidero, una tabla de salvación, a la que quiso agarrarse:

Historisches Bildarchiv Lolo Handke, Bad Berneck



Busto en mármol de Cosima Wagner, la misteriosa Ariadna de un Nietzsche que ya mostraba síntomas de enajenación.

Ullstein Bilderdienst. Berlin



Georg Brandes, con sus conferencias sobre Nietzsche en la Universidad de Copenhague, marcó el comienzo de una fama de la que el filósofo no pudo disfrutar.

Carta de Nietzsche a Peter Gast, fechada en Turín el 4 de enero de 1889. ▶

«Dionisos contra el Crucificado: ésta es la dicotomía. El primer término indica el camino hacia una existencia santa; el segundo considera la existencia lo suficientemente santa en sí como para justificar el dolor más inmenso. La persona trágica opta por presentar cara al dolor más amargo, porque es lo bastante fuerte, íntegra y divina en sí para resistirlo; el hombre cristiano niega la felicidad en la tierra: es débil, pobre y suficientemente miserable para soportar la vida en cualquiera de sus formas. El Crucificado es una maldición contra la vida, un aviso para desembarazarse de El: Dionisos, aun descuartizado, es una promesa de vida, porque se renace eternamente para ser aniquilado de nuevo.»

En 1888, el último año de lucidez, Nietzsche volvió a viajar de nuevo y atravesó por una nueva etapa vital. Tras pasar el invierno en Niza, llegó el 5 de abril a Turín. La ciudad le causó tan grata impresión que, en una carta posterior a su madre, la definió como una «verdadera ganga» para él. A su estancia se sumó pronto una noticia muy satisfactoria: Georg Brandes había anunciado que la Universidad de Copenhague daría unos cursos sobre el filósofo alemán Friedrich Nietzsche. Esta noticia pudo sonar en sus oídos como el presentimiento de una fama futura que él ya no disfrutaría. Su estado de salud había vuelto a empeorar en 1888. Exceptuando los breves periodos de exaltación obsesiva, se sentía pobre y miserable. En verano regresó, por séptima vez en su vida, a Sils-Maria,

Nietzsche Archiv, Weimar

Meinem maëstro Pietro

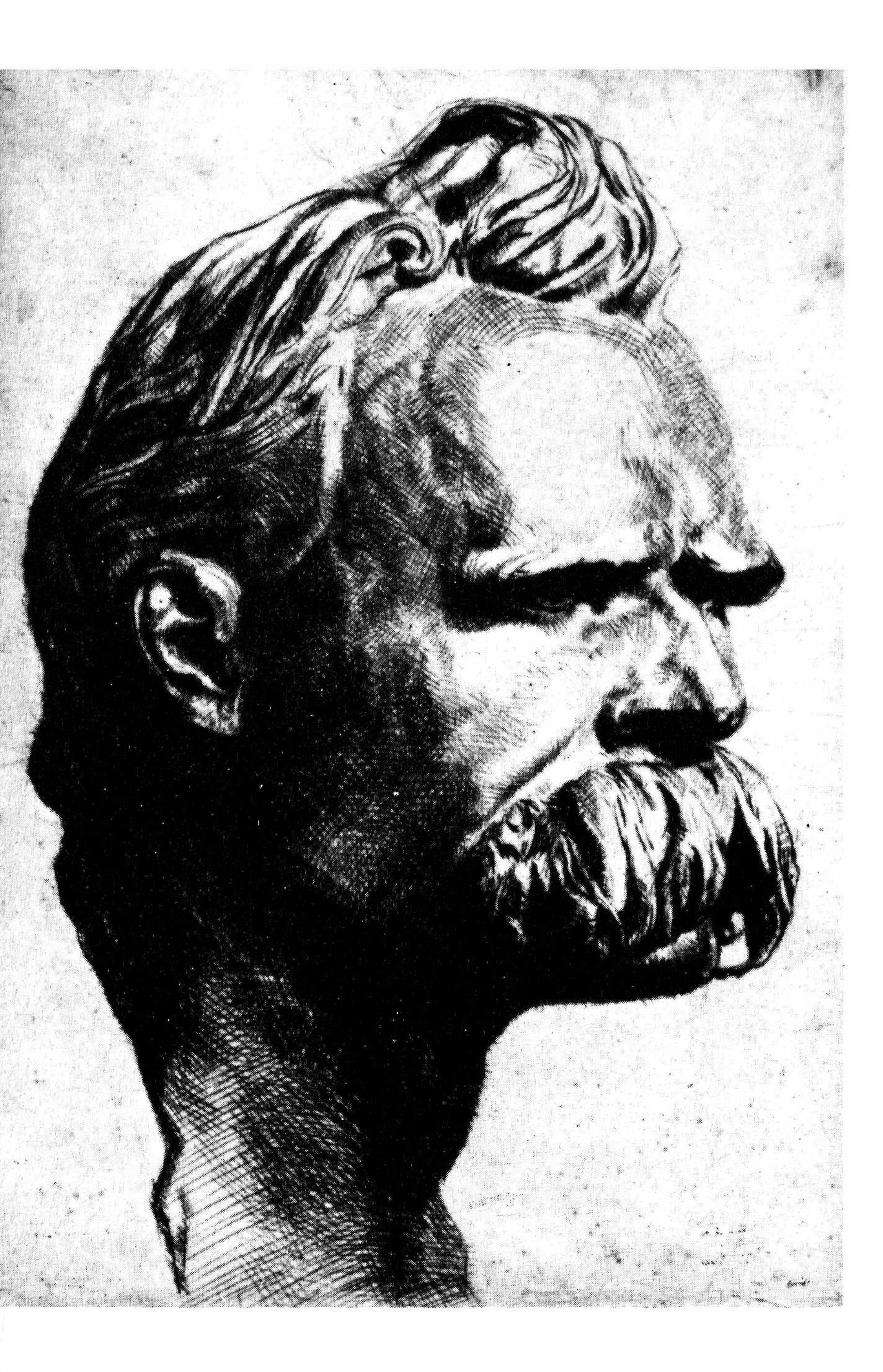
Singe mir ein neues Lied: die Welt ist verklärt und alle Himmel freuen sich

lugar tan querido para él. El 21 de septiembre viajó a Turín. Durante los meses siguientes se dedicó intensamente a sus últimos manuscritos, pero en su vida ya se veían las trazas del cambio, mientras su autoestimación aumentaba de manera desorbitada. No hay demasiados datos sobre el periodo comprendido entre las navidades de 1888 y la primera semana del año siguiente. Pero no cabe duda de que la enfermedad debió de manifestarse entonces con toda su crudeza. Nietzsche, en una carta a Overbeck, le revela su propósito de encargarse él mismo de la política mundial:

«Trabajo ahora en un primer memorándum para las cortes europeas con la intención de crear una liga antialemana. Quiero enclaustrar al Imperio en una camisa de hierro y forzarle a una guerra desesperada. No tendré libertad absoluta hasta no tener en mis manos al joven emperador con todos sus atributos.»

Esto lo escribía Nietzsche el 28 de diciembre. El día de San Silvestre respondió a una postal de Peter Gast con las siguientes líneas: «¡Oh, amigo! ¡Qué momento! Cuando me llegó su postal, lo que hice... Era el famoso Rubicón [...] Ya no sé mi dirección, pero convengamos en que debería ser, al menos, el Palazzo del Quirinale.»

El 4 de enero de 1889 envió una postal con las siguientes palabras:



«A mi maestro Pietro:
»Cántame una canción nueva: el mundo está transfigurado y los cielos se alegran.

»El Crucificado.»

Nietzche había alcanzado el último estadio de su megalomanía. El derrumbamiento final ocurrió el 3 de enero, en la Piazza Carlo Alberto de Turín. Acababa de salir de su casa, cuando vio cómo un cochero maltrataba a un caballo. Nietzsche, llorando y con grandes gritos de dolor, se abrazó al cuello del animal y se desmayó. Algunos días más tarde, Overbeck fue a buscar a Nietzsche y le llevó a una clínica para enfermos mentales en Basilea. El médico anotó en su informe:

«Pupilas diferentes, la derecha mayor que la izquierda, que reaccionan con lentitud a los estímulos. *Strabismus convergens.* Fuerte miopía. Lengua sucia; no manifiesta desvío, ni temblores. Inervación facial poco alterada; [...] reflejos rotulares acusados; [...] no tiene conciencia de estar enfermo, por el contrario, se siente muy bien, muy entusiasmado. Declara que debía de estar enfermo desde hace ocho días y que ha padecido a menudo dolores de cabeza. El paciente manifiesta haber tenido también algunos ataques durante los cuales había sentido una extraordinaria exaltación y bienestar, estado durante el cual le hubiera encantado abrazar y besar a las gentes que pasaban por la calle y trepar por las paredes.»

A mediados de enero su madre y Overbeck lo recogieron y emprendieron viaje hacia Jena, ingresándole en la clínica del profesor Binswanger. El diagnóstico de Basilea rezaba así: «Parálisis progresiva». Posteriormente, la enajenación mental de Nietzsche cobró mayor auge, al mismo tiempo que se tranquilizaba y decrecían paulatinamente sus ideas megalomaníacas. En marzo de 1890 su madre, que se había quedado a vivir en Jena, obtuvo permiso para llevárselo consigo y cuidarle en su casa. Deussen, que le vio por última vez el 15 de octubre de 1894, día en que cumplía 50 años, informa al respecto:

«Llegué muy temprano, porque no podía demorarme mucho. Su madre le hizo pasar a la habitación; yo le felicité porque cumplía

◀ *Muchas veces oscuros y contradictorios, los escritos de Nietzsche, que tanto influyeron en las generaciones posteriores, recibieron lecturas muy diversas, sirviendo de base y referencia a las posturas ideológicas más encontradas.*

50 años y le entregué un ramo de flores. No entendió ni una palabra de lo que le dije. Tan sólo las flores parecieron atraer, por un momento, su interés, pero inmediatamente después fueron ignoradas.»

La demencia de Nietzsche se prolongó durante más de una década. Tras la muerte de su madre, acaecida en 1897, su hermana, que entretanto había enviudado en Paraguay, se encargó de su cuidado. Elisabeth Förster-Nietzsche se había instalado en Weimar. En su casa, al mismo tiempo que cuidaba a su hermano, reunía sus libros, manuscritos y notas. Muy pronto Elisabeth, incluso en vida de su hermano, comenzó la comedia y la falsificación que sería el origen de la leyenda de Nietzsche. El nunca llegó a saberlo. Murió el 25 de agosto de 1900, y fue enterrado junto a su padre en el cementerio de Röcken. Pocos años después se extendería por todo el mundo la fama del mejor augur del nihilismo europeo.

Cronología

1844 15 de octubre: nace Friedrich Nietzsche en Röcken, cerca de Lützen (Sajonia), donde su padre era pastor protestante.

1849 30 de julio: muere su padre.

1850 La familia se traslada a Naumburgo.

1858 Comienza sus estudios en el instituto de Schulpforta, próximo a Naumburgo.

1864 Estudios de teología y filología clásica en la Universidad de Bonn.

1865 Prosigue sus estudios en Leipzig. Primer contacto con la obra de Schopenhauer.

1866 Comienza su amistad con Erwin Rohde.

1868 8 de noviembre: primer encuentro con Richard Wagner en Leipzig.

1869 Catedrático supernumerario de filología clásica en la Universidad de Basilea.
17 de mayo: visita a Wagner por primera vez en Tribschen, cerca de Lucerna.
28 de mayo: discurso inaugural en la Universidad de Basilea sobre «Homero y la filología clásica«. Comienza su amistad con Jacob Burckhardt.
Creación de *El origen de la tragedia* (aparece en el día de año nuevo de 1872).

1870 Marzo: catedrático numerario.
Agosto: participa en la guerra franco-prusiana como enfermero voluntario; contrae una grave enfermedad.
Octubre: retorno a Basilea. Comienzo de su amistad con el teólogo Franz Overbeck.

1872 Febrero-marzo: conferencias en Basilea «Sobre el futuro de nuestros centros docentes» (publicadas dentro de sus obras póstumas).
Abril: Wagner abandona Tribschen.
22 de mayo: colocación de la primera piedra del teatro del festival de Bayreuth; Wagner y Nietzsche se encuentran en Bayreuth.

1873 Primera y segunda de las *Consideraciones inactuales: David Strauss, creyente y escritor* y *De las ventajas y desventajas de la Historia para la vida*

(aparece en 1874). Escribe *La filosofía en la época trágica de los griegos* (publicado en sus obras póstumas).

1874 Tercera de las *Consideraciones inactuales*: *Schopenhauer, educador.*

1875 Escribe la última de las *Consideraciones inactuales*: *Richard Wagner en Bayreuth.*
Octubre: conoce al músico Peter Gast (Heinrich Köselitz).

1876 Agosto: primer festival de Bayreuth. Nietzsche en Bayreuth.
Septiembre: comienzo de su amistad con el psicólogo Paul Reé. Progresa su enfermedad.
Octubre: la Universidad de Basilea le concede un permiso por enfermedad. Pasa el invierno en Sorrento con Reé y Malwida von Meysenbug.
Octubre-noviembre: Nietzsche y Wagner se ven por última vez en Sorrento. Finaliza la primera parte de *Humano, demasiado humano.*

1878 Wagner escribe a Nietzsche por última vez y le envía el *Parsifal* (3 de enero).
Mayo: última carta de Nietzsche a Wagner, enviándole *Humano, demasiado humano.*

1879 Agravamiento de su enfermedad. Abandona su cátedra de la Universidad de Basilea.

1880 *El viajero y su sombra.* Segunda parte de *Humano, demasiado humano.*
Marzo-junio: primera estancia en Venecia.
Desde noviembre: primer invierno en Génova.

1881 *Aurora. Meditación sobre los prejuicios humanos.*
Primer verano en Sils-Maria.
27 de noviembre: Nietzsche escucha en Génova por primera vez *Carmen* de Bizet.
La gaya ciencia.

1882 Intento de una transmutación de todos los valores (hasta 1888).
Marzo: viaje a Sicilia.
Abril-noviembre: amistad con Lou Salomé. Pasa el invierno en Rapallo.

1883 Febrero: escribe en Rapallo la primera parte de *Así habló Zaratustra* (impresa en 1883).
Desde diciembre: primer invierno en Niza.

1884 Enero: escribe en Niza la tercera parte de *Así habló Zaratustra* (impresa en 1884).
Agosto: Heinrich von Stein le visita en Sils-Maria.
Noviembre-febrero de 1885: escribe en Menton y Niza la cuarta parte de *Zaratustra* (edición particular en 1885).
Más allá del bien y del mal (aparece en 1886).

1886 Mayo-junio: último encuentro con Erwin Rohde en Leipzig.

1887 *La genealogía de la moral.*
11 de noviembre: escribe su última carta a Erwin Rohde.

1888 Abril: primera estancia en Turín. Georg Brandes da en la Universidad de Copenhague unos cursos sobre «el filósofo alemán Friedrich Nietzsche».
Mayo-agosto: *El caso Wagner*. Termina los *Ditirambos dionisíacos*.
Agosto-septiembre: *Crepúsculo de los ídolos* (aparece en enero de 1889).
Septiembre: *El Anticristo. Un intento de crítica del cristianismo* (Transmutación de todos los valores I).
Octubre-noviembre: *Ecce Homo* (aparece en 1908).
Diciembre: *Nietzsche contra Wagner. Documentos de un psicólogo*.

1889 Enero: estancia en Turín; pierde la razón.

1897 Pascua: fallece su madre. Se traslada con su hermana a Weimar.

1900 25 de agosto: muerte de Nietzsche, en Weimar.

Testimonios

Karl Jaspers

Filosofar con Nietzsche supone una constante afirmación contra él. En el fulgor de su pensamiento la misma existencia, analizada con esa ilimitada sinceridad no exenta de riesgos que entraña la metodología asistemática de Nietzsche, se acrisola hasta descubrir la verdadera autoconciencia de ser. Esta autoconciencia de ser sólo puede experimentarse como lo que no se disipa en la existencia, ni en la objetividad del mundo ni en la subjetividad del ser social, sino sólo en la trascendencia, en la que Nietzsche desemboca directamente y de la que quiere a toda costa liberarse. Pero el rigor de la entrega total, tal como la llevó a cabo Nietzsche, es –a pesar de su rechazo de la trascendencia– una alegoría y un arquetipo involuntario del destruirse *por medio de* la trascendencia: ante Nietzsche crece el respeto como ante un fenómeno incomprensible que fue diáfano en sus orígenes, pero no en nosotros.

Karl Löwith

En cuanto crítico de lo establecido, Nietzsche es al siglo XIX lo que Rousseau al XVIII. Es un Rousseau invertido: Rousseau por su crítica penetrante de la civilización europea, e invertido porque sus normas críticas son exactamente opuestas a la idea del hombre que tiene Rousseau.

En *Zaratustra* Nietzsche escarneció a este mundo de humanidad carcomida, y acuñó la imagen del «último hombre». Su contrafigura es el superhombre. Esta idea, en cuanto concepción filosófica para superar el nihilismo, no tiene un valor intrínseco social ni un sentido político, pero de alguna forma se concreta indirectamente en las reflexiones históricas de Nietzsche para «hombres excepcionales», y en su idea del futuro «hombre dominador», que tendrán la misión de encauzar la existencia del hombre gregario de la democracia hacia una meta.

Martin Heidegger

No se ha alcanzado aún una opinión unánime sobre Nietzsche, ni tampoco existen todavía los requisitos previos para ello. Hasta ahora Nietzsche ha sido alabado e imitado, o bien denostado y utilizado. Su pensamiento y sus palabras gravitan aún sobre el presente. Aún no estamos lo bastante lejos, históricamente, como para hacer madurar un juicio crítico sobre qué es lo que hace tan poderoso al filósofo. Desde hace mucho tiempo se dice en las cátedras de filosofía de Alemania que Nietzsche no es un pensador riguroso, sino un «filósofo poeta». Nietzsche no es de esos filósofos dedicados a cuestiones abstractas, vagas y alejadas de la vida. Aun cuando se le defina como filósofo, debería concretarse más y entenderlo como un «filósofo práctico». Este calificativo acreditado fomenta a la vez la sospecha de que la filosofía sería para los muertos, y por ello, en el fondo, inútil y superflua. Este modo de ver las cosas concuerda por completo con la opinión de aquellos que celebran a

Nietzsche como el «filósofo práctico» que habría liquidado por fin el pensamiento abstracto. Juicios como éstos sobre Nietzsche son tan corrientes como erróneos. Y este error sólo será reconocido cuando el acuerdo con Nietzsche inicie a su vez un acuerdo dentro del ámbito de la cuestión fundamental de la filosofía.

Ernst Bertram

Nietzsche parece aunar en su persona, tan alabada como vilipendiada, el destino y el recuerdo de muchos de sus precursores. Nietzsche aparece hoy como el último gran heredero de los que llevan dentro de sí el espíritu de oposición luciferino, una oposición inexplicablemente unida a la nostalgia divina y que es casi idéntica a ella; es el heredero del orgullo prometeico, de la tendencia prometeica hacia el nuevo hombre divinizado y sin dioses, el heredero de la orgullosa resignación prometeica. Heredero y hermano en el destino de todos aquellos que no sólo aspiran, como Goethe, a la luz desde la oscuridad, sino que también, una vez en ella, sienten cómo una profunda necesidad les impulsa de nuevo hacia la oscuridad, hacia la duda; de aquellos cuya naturaleza «una y doble», como la de Proserpina, pertenece a dos reinos del alma. Nietzsche, el asesino de Dios, es también, a su modo, el anunciador de un dios, un dios él mismo, con dos nombres: diáfano uno, oscuro e inextricable el otro. Es como el Eros de Platón y el «dos veces nacido» Dionisos.

Georg Lukács

En Nietzsche, el principio de la apologética indirecta se trasluce también en el estilo: su actitud agresiva y reaccionaria hacia el imperialismo se expresa a través de gestos hiperrevolucionarios. Ataca a la democracia y al socialismo, y estos ataques, junto con su mito del imperialismo y su invitación a una actividad bárbara, pretenden una revolución sin precedentes, una «transmutación de todos los valores», un «crepúsculo de los ídolos»: es la apologética indirecta del imperialismo en cuanto pseudorrevolución demagógicamente eficaz.

Gottfried Benn

Realmente todo lo que mi generación discutía, rumiaba en su interior, experimentaba y analizaba en detalle, ya lo había explicado y apurado antes Nietzsche, le había encontrado una formulación definitiva; todo lo demás era exégesis. Su naturaleza brillante, tempestuosa y amante del peligro, su elocución llena de nervio, su privación de cualquier idilio o de cualquier argumentación o razón genérica, su interpretación de la psicología del instinto, de lo constitucional como causa, de la psicología como dialéctica –el «conocimiento como compasión»–, todo el psicoanálisis, todo el existencialismo: he aquí su obra. Nietzsche es, y esto se ve cada día con mayor claridad, el gran gigante de la época posterior a Goethe.
Ahora hay quienes afirman que Nietzsche es un político peligroso. Bajo este criterio hay que examinar, en realidad, a los políticos. Son personas que, cuando utilizan la retórica, se esconden siempre tras los argumentos de espíritus a los que no comprenden, de los genios del intelecto. ¿Qué culpa tiene Nietzsche de que los políticos se encarnasen en él? Nietzsche intuyó el fenómeno, cuando en junio de 1884 escribió a su hermana que le horrorizaba pensar cuántas veces en el futuro se apoyarían en él para intentar probar cosas sin fundamento y ajenas a su pensamiento. Decía además que quería cercar su pensamiento «para que no irrumpan en mis jardines los cerdos ni los fanáticos». A pesar de todo es digno de reseñar que, durante uno de sus periodos creativos (*Zaratustra*), Nietzsche estuvo sometido a ideas darwinistas: creía en la selección de los fuertes, en la lucha por la existencia, en la que sólo vencen los mejores. Fue éste el prisma que adoptó para enriquecer su

visión y no la contemplación de las leyendas de santos. Con toda seguridad, Nietzsche hubiera abominado de la bestia rubia que vendría después. Como persona, Nietzsche era un menesteroso, un hombre íntegro y puro: un gran mártir y un gran hombre. Podría añadir aún que fue un terremoto que convulsionó a mi generación, y el mayor escritor en lengua alemana desde Lutero.

Thomas Mann

La filosofía no es, para la humanidad, fría abstracción, sino vida, sufrimiento y sacrificio: así podrían resumirse las ideas y el ejemplo de Nietzsche. Ha sido empujado hacia las orillas del malentendido grotesco; en realidad el país al que tendía con todas sus fuerzas era el futuro; y a los ojos de gentes que ya habitan su futuro –como nosotros, que hemos contraído tantas deudas con él en la juventud–, Nietzsche aparece como una figura de tragedia, llena de ternura y respeto, iluminada por el relámpago de esta época de transición.

Bibliografía

Algunas ediciones en castellano de obras de Nietzsche

Obras completas, Madrid, Aguilar, 1932. Trad. de E. Ovejero y Maury.
El Anticristo. Madrid, Alianza, 1981.
Así habló Zaratustra. Madrid, Alianza, 1981.
Aurora. Meditación sobre los prejuicios morales. Barcelona, Olañeta, 1978.
Canciones del príncipe proscrito. Barcelona, Olañeta, 1979.
Correspondencia. Barcelona, Labor, 1974.
Crepúsculo de los ídolos. Madrid, Alianza, 1981.
Ecce Homo. Madrid, Alianza, 1982.
En torno a la voluntad de poder. Barcelona, Edicions 62, 1973.
Federico Nietzsche. Inventario. Madrid, Taurus, 1973.
La Gaya Ciencia. Barcelona, Olañeta, 1979.
La genealogía de la moral. Madrid, Alianza, 1981.
Humano, demasiado humano. Madrid, Edaf, 1980.
El libro del filósofo. Madrid, Taurus, 1974.
Más allá del bien y del mal. Madrid, Alianza, 1982.
Mi hermana y yo. Madrid, Edaf, 1981.
El nacimiento de la tragedia. Madrid, Alianza, 1981.
Opiniones y sentencias. Barcelona, Mateu, 1970.
Poemas de Nietzsche. Pamplona, Peralta, 1979.
Sobre el porvenir de nuestras escuelas. Barcelona, Tusquets, 1980.
Sobre verdad y mentira en sentido extramoral. Universidad de Valencia, 1980.
El viajero y su sombra. Barcelona, Ricou, 1980.

Obras sobre Nietzsche

ANDREAS SALOMÉ, LOU: *Nietzsche.* Bilbao, Zero, 1980.
BRITON, C.: *Nietzsche.* Buenos Aires, Losada, 1947.
CUEVA, A.: *La psicopatología de Nietzsche.* Cuenca, Universidad, 1950.
DELEUZE, G.: *Nietzsche y la filosofía.* Barcelona, Labor, 1974.
DELHOMME, J.: *Nietzsche.* Madrid, Edaf, 1981.
FOUCAULT, M.: *Nietzsche, Freud, Marx.* Barcelona, Anagrama, 1981.
GAOS, J.: *El último Nietzsche.* México, Facultad de Filosofía y Letras, 1945.
HALEVI, D.: *La vida de Federico Nietzsche.* Buenos Aires, Emecé, 1946.
JASPERS, K.: *Nietzsche y el Cristianismo.* Buenos Aires, Deucalión, 1955.
JIMÉNEZ MORENO, L.: *Nietzsche.* Barcelona, Labor, 1972.
KLOSSOWSKI, P.: *Nietzsche y el círculo vicioso.* Barcelona, Seix Barral, sin a.
MANN, H.: *El pensamiento vivo de Nietzsche.* Buenos Aires, Losada, 1947.
SAVATER, F.: *Nietzsche y su obra.* Barcelona, Dopesa, 1979.
SOBEJANO, G.: *Nietzsche en España.* Madrid, Gredos, 1967.
THIBON, G.: *Nietzsche, o la decadencia del espíritu.* Bilbao, Desclee de Brouwer, 1960.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.



Nietzsche

"Todos hablan de mí cuando por la noche se reúnen en torno al fuego; pero nadie *piensa* en mí. Tal es el nuevo silencio que he descubierto: el murmullo que hacéis a mi alrededor tiende un velo sobre mi pensamiento." Este es el lamento de Friedrich Nietzsche, el filósofo marginado e incomprendido que hubo de afrontar en soledad su tormentoso destino y que acabaría precipitándose en los abismos de la locura. Su individualismo a ultranza se fue forjando en el esteticismo trágico de sus primeros años, cuando las fuerzas vitales, orgiásticas y desenfrenadas, pugnaban en su interior por romper toda barrera a la "voluntad de vivir". Y culminaría, en la segunda etapa de su vida, con su afanosa búsqueda del espíritu libre y capaz de ejercer, por encima de los prejuicios, su voluntad de dominio. La búsqueda, en definitiva, de lo que él concibió como *superhombre.*

Ivo Frenzel ha sabido describir magistralmente la profunda imbricación existente entre la vida y el pensamiento de Nietzsche, ofreciéndonos paso a paso, con toda su trágica belleza, los acontecimientos biográficos y la evolución de su espíritu independiente y solitario.

